

LIBRO DE MEMORIAS

M V  
30-3  
11  
11

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

R.: 12396

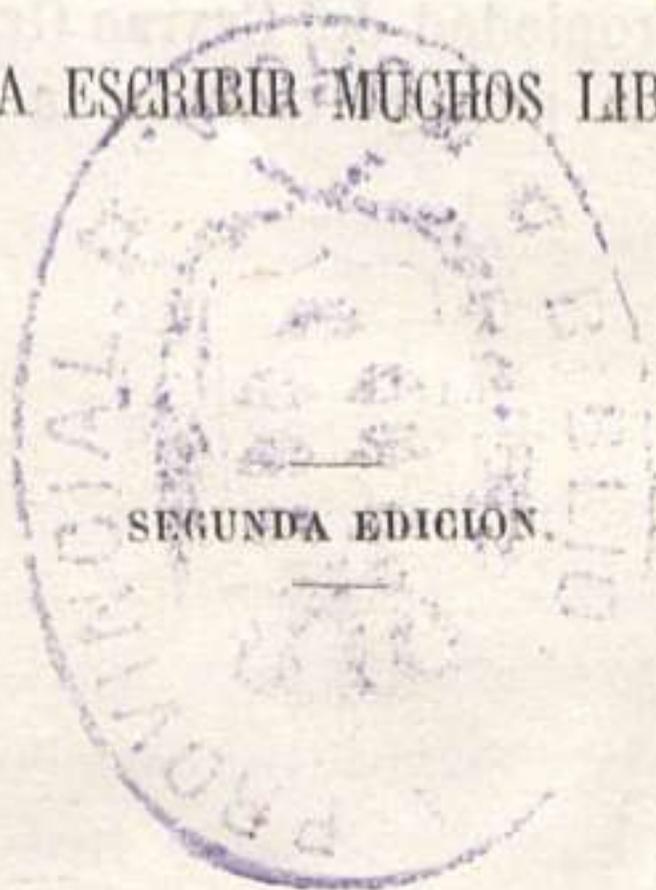
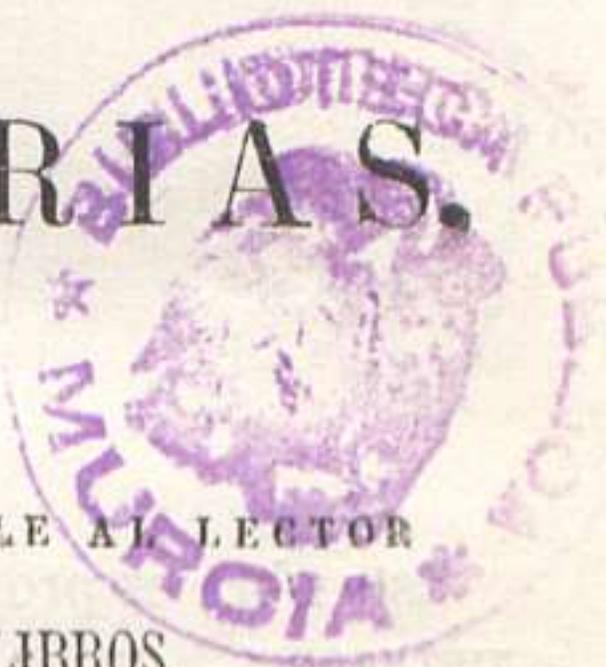
LIBRO

DE MEMORIAS.

APUNTES

QUE PUEDEN MUY BIEN SERVIRLE AL LECTOR

PARA ESCRIBIR MUCHOS LIBROS.



SEGUNDA EDICION.

MADRID

CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE

Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 8.

1866.

LIBRO DE CUENTAS Y CONTABILIDAD

1539/10 R.

LIBRO

DE CUENTAS Y CONTABILIDAD

LIBRO

---

Esta obra es propiedad del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

---

---

---

CUESTION LUMINOSA



Los que empezaban á espantarse de la oscuridad de los tiempos en que vivimos han tenido una doble ocasion para ver con claridad los estragos de la luz.

En la historia de las iluminaciones espontáneas, que el vulgo poco metafísico llama incendios, deben colocarse en lugar preferente las dos últimas que casi aun tenemos á la vista.

Hace tiempo que humeaba, digámoslo así, entre la multitud una cuestion medio política medio económica, que traia revueltos á todos los que hemos convenido en que el hombre debe constituirse lo menos dos veces por hora en cañon de chimenea.

Se trataba de averiguar si el tabaco que recibimos por conducto del gobierno llenaba

todas las condiciones necesarias para la mejor satisfaccion del vicio de fumar.

La cuestion era medio política, pues por una parte se reclamaba la libertad del tabaco; y era medio económica porque por otra se buscaba por medio de esa libertad la baturatura del combustible.

Y aquí salta á mis ojos una consideracion igualmente económica y política que abandono por ahora á la reflexion desocupada de los lectores que no tengan prisa.

Yo digo : se pretende la libertad del tabaco por la razon verdaderamente económica de que el cigarro libre valdrá ménos. Pues bien ; aplíquese al hombre este principio económico-político y resultará necesariamente que cuanto más libre sea el ciudadano, ménos debe valer.

La cuestion se me presenta así : políticamente hablando, el hombre libre es un tesoro ; económicamente hablando, el hombre libre no vale dos cuartos.

Esto me parece á mí tan concluyente, que me atrevo á definir la Economía política diciendo : es una ciencia por medio de la que la sabiduría humana aspira á hacer al hombre libre para que no valga nada.

Tan sublime aspiracion de la ciencia ha debido tropezar con uno de esos obstáculos que la ignorancia arroja en el camino de la sabiduría ; ha debido estrellarse en esa sentencia vulgar que dice : « lo barato es caro », resultando la ciencia atascada en este pantano ; el ser libre, vale ménos, pero cuesta mucho más.

Dejando aquí á la ciencia volvamos al tabaco.

El espíritu de partido decia por una parte, el tabaco del estanco es veneno ; y añadia, no solamente es veneno, sino que no arde. « Admito la cuestion en ese terreno, debia replicar el gobierno ; el tabaco es veneno ; perfectamente ; pero no arde ; ese es mi argumento. ¿ Si no arde, qué os importa que sea veneno ? Vosotros decís : el tabaco que vende el gobierno es un veneno que está imposibilitado de envenenar. ¿ Qué más que-reis ? ¿ Tiene nadie derecho á quejarse de que el tabaco no envenene ? »

En verdad esto no tiene réplica.

Aquí estaba la cuestion entre los fumadores y los estancos, mientras el tabaco irritado meditaba un golpe decisivo.

Al fin sintió dentro de sí mismo la chispa

precursora del rayo de luz que habia de iluminar el asunto; y seguramente debió decir para sí: «Veneno ó no veneno, verémos á ver si ardo;» y á la mañana siguiente apareció la fábrica de tabacos fumándose á sí misma.

Las bocanadas de humo se levantaban hasta las nubes diciendo: «aquí está la luz,» y las campanas y las autoridades y la multitud, convencidos de que verdaderamente ardía el tabaco, gritaban por todas partes: «fuego, fuego».

Las llamas rasgaban de vez en cuando sus cortinas de humo, y asomando sus semblantes encendidos y balanceándose en el aire, los movían como diciendo: ¿qué tal?

Convertida en escombros la fábrica, en ceniza el tabaco, y en furias las cigarreras, la cuestion quedó resuelta: el tabaco arde.

Permitaseme que no pase de los umbrales de este incendio, porque es un asunto que quema.

Respetemos los ocultos secretos del fuego y vea cada uno lo que quiera á la claridad de este incendio.

---

---

---

## FAUSTO.

---

Desde que los carteles del teatro de Rossini anunciaron por todas las calles de Madrid la representacion del *Fausto*, sospeché yo que este espectáculo haria una gran fortuna.

No calculaba yo eso por el interés del drama ni por la novedad ó grandeza de la música ; lo deduje pura y simplemente del sentido de la palabra que servia de título á la funcion.

Fausto : esta es una combinacion mágica de sílabas cuyo atractivo no podia ménos de ser irresistible.

Es, digámoslo así, un sér que va tirando de nosotros por medio de ese mismo aparato con que una luz cualquiera tira de la primera mariposa que se le pone á la mano.

Mecanismo igual al de esas telas finísimas y frágiles que las arañas tienden como un encaje en los marcos de todas las ventanas, y en las que se enredan todas las moscas que quieren entrar y que quieren salir, dándose la singular circunstancia de que las moscas no saben buscarse la vida más que entrando y saliendo.

¿Cómo no había de llenarse de gente una y otra noche el teatro de Rossini, atraída por el anuncio del *Fausto*?

Es preciso pasar muy de prisa por el estrecho camino de la vida que hacemos, para no reparar que el fausto es el que nos lleva á todas partes, pues ha venido á ser la fórmula comprensiva de todos nuestros deseos.

Fausto, según Goethe, desesperado de haber vivido tanto, celebra un pacto con el demonio.

Admirable cosa es el corazón del hombre! Fausto desesperado de haber vivido tanto celebra ese pacto con el demonio para vivir más!

A punto el tal Fausto de quitarse la vida por la suprema razón de que ya no podía con ella, ajusta con el diablo el absurdo negocio de continuar viviendo.

Pensando en acabar de vivir, le asalta el demonio de la idea de adquirir una nueva vida.

Le agobia el peso de una triste vejez, y se puso resueltamente en camino en busca de otra.

La idea, verdaderamente, no podia ser más diabólica.

Observemos la propiedad con que para nosotros resulta bautizado este doble personaje, este jóven viejo.

Fausto se ve arruinado; la vejez es la ruina del hombre, y este iba á quebrar; echa sus cuentas, suma sus deudas, y decide restarse la vida.

GOETHE supone que el demonio aparece repentinamente delante de Fausto bajo el nombre de *Mephistópheles*; pero en mi opinion no debió ser el demonio el aparecido, sino un usurero.

Una vez frente á frente estos dos personajes, se trata el negocio y se plantea un préstamo como otro cualquiera, bajo la garantía de una hipoteca segura.

Fausto recibe unos cuantos dias más de vida en papel, de juventud, y asegura el pago de este anticipo con la finca de su eternidad.

Aquí el tanto por ciento de la ganancia sube á una proporción incalculable, y preciso es convenir en que si Mephistópheles era el diablo en persona, ese diablo tenía por lo ménos un usurero dentro del cuerpo.

Este episodio será literario, será filosófico, será poético, será dramático, será todo lo que se quiera; pero en el fondo no encierra más que una cuestión económica, que es, por una parte, una especie de empréstito, una operación de crédito, y por otra, una especie de desamortización.

Dado el personaje á todos los demonios, dígaseme si podía llevar otro nombre que no fuera el de *Fausto*.

El empeña su alma por lucir unos cuantos días más el lujo de su juventud.

El se despoja de lo que no es suyo por adquirir lo que no puede conservar.

Vende su alma, en fin, por un poco de cuerpo.

Es un negocio semejante al que podría hacer una lámpara vendiendo toda la luz para comprar un poco de aceite.

Negocio enteramente igual al que hacen muchas mujeres vendiendo su cuerpo para comprarse un vestido.

Este es el *Fausto*; profunda alegoría económica política.

Fausto es ese soberbio camino que nos conduce á todas las miserias.

Este nombre solo habia de llevar al teatro Rossini á la multitud; esto para mí era evidente.

El fausto es el que llena las avenidas de la civilizacion á donde acudimos á buscar el último lujo.

El diablo tuvo que tomar la forma de un hombre para hacer su negocio; ahora toma las formas de las cosas para seguir más cómodamente el curso natural de sus especulaciones.

*Mephistópheles* es un aderezo, un vestido, un baile, un coche.

*Fausto*, como espectáculo teatral, ha sido una funcion de lujo, y por consiguiente la *partitura* ha hecho furor, aunque apenas la habrán comprendido uno por cada ciento.

La moda es así.

Debe ser digna de admiracion la ciencia musical empleada en interpretacion del *Fausto*; pero el público por regla general no ha entendido ni una nota,—iba á decir ni una palabra.

Musicalmente hablando, puede decirse que ha prestado su oído á una conversacion en aleman que era imposible que entendiera.

Yo tengo un amigo—¿quién no tendrá alguno?—que veia junto á mí la representacion del *Fausto* con un entusiasmo tan falto de razon, que me pareció conveniente hacerle contrapeso á ver si lo detenia en la pendiente de su locura.

Era uno de esos espacios vacíos donde retumba el estrépito de todo lo que suena.

No sabe en punto á armonía más que lo que sabe cualquiera de esas cajas que repiten un trozo de música despues que se ha tenido cuidado de darles cuerda.

Este amigo incapaz de entusiasmarse por sí solo con nada; este ciego que necesita los ojos de los demás para ver algo y que sale todos los dias de su casa á buscar en los cafés, en las tertulias ó en los teatros el pensamiento que aquel dia le corresponde; esta inteligencia callejera que se alimenta de lo que los demás desperdician, estaba furiosamente entusiasmado con la música del *Fausto*.

Yo le hice algunas observaciones para que cayera en la cuenta de que á él le era imposible entender aquello,

—Desengañese usted, me dijo, así hablan los ángeles.—En aquel momento acababa el diablo de cantar su diabólica serenata.

Esta oportunidad me ahorró una contestacion.

---



---

## CUENTA DE UNA SEMANA.

La última semana ha transcurrido como todas, llenando con admirable exactitud la medida de sus siete días.

El espacio comprendido entre el sábado anterior al último lunes no se puede considerar como tiempo perdido, pues aunque los días han pasado desapareciendo en el abismo que todo se lo traga, algo han dejado con que puedan señalarse en la historia las huellas de sus pasos.

Al liquidar la cuenta de esta última semana nos encontramos con tres sucesos particulares, que, clasificados según el orden de sus respectivas naturalezas, arrojan á las mi-

radas del público estos tres espectáculos :

Un magnífico incendio, dos soberbios asesinatos y un interesante suicidio.

La calle del Fucar apareció una noche repentinamente iluminada por la claridad de unas cuantas llamas, que en uso de su derecho campeaban airosas sobre la oscuridad solitaria del tejado de una casa particular.

El fuego, fatigado sin duda por el calor del día, aprovechó el fresco de la noche y salió, digámoslo así, á tomar el aire.

Necesitaba respirar y respiró; estaba en su derecho.

Tan incontestable debia ser ese derecho, que los vecinos de la casa comenzaron apresuradamente á desalojarla, como si se consideráran obligados á dejar al fuego en el inviolable ejercicio de su libertad absoluta.

El reconocimiento de este deber pasó de las personas á las cosas, por esa fuerza incontrastable con que lo avasallan todo las grandes ideas.

Así es que las vigas de los techos comenzaron á desplomarse y los techos á undirse, proclamando el libre imperio del incendio y confesando que habian perdido el pleito.

El edificio empezaba á abandonar á las

llamas el espacio que antes él le había usurpado al aire.

La luz estaba hecha.

Ante tan invencible claridad las casas contiguas se vieron al borde de la verdadera igualdad, de la igualdad completa, de esa igualdad que el fuego, semejante á la idea luminosa, realiza convirtiendo en escombros los lugares por donde pasa, y en ceniza todo lo que toca.

Pero hé aquí que la tiranía se presenta en la calle del Fúcar, bajo la forma de la autoridad, seguida de la guardia, acompañada de las bombas.

Aquí empieza una lucha heróica entre el fuego que todo lo ilumina y el agua que todo lo ahoga.

Al fin, oh ignominia! triunfó la fuerza bruta.

El incendio hizo su último esfuerzo, y desapareció dejando en las paredes abrasadas por el fuego las señales de su paso como si hubiera querido decir:

«Hasta aquí llegué yo.»

---

Algunas noches antes aparecieron en el Campo del Moro dos cadáveres como los testigos mudos de dos asesinatos.

El primero de estos cadáveres era de una mujer que habria vivido unos veinte años.

El segundo era un hombre que no habria vivido muchos más.

Estaban tendidos sobre la tierra con ese terrible abandono con que el cuerpo se desploma resuelto á descansar de las fatigas de la vida.

Ambos habian caido agobiados bajo el peso de unas cuantas puñaladas.

La sangre se asomaba atropelladamente por las heridas como si quisiera ver por fuera el estrecho calabozo donde habia vivido tanto tiempo encerrada.

Por un fenómeno, cuyo secreto pertenece á la química, esa misma sangre se detenía en los bordes de las heridas, aglomerándose como espantada de la impresion del aire libre.

Ella que por espacio de tantos años habia circulado rápidamente por las complicadas ramificaciones de las venas se encontraba detenida, maniatada, perdida en el momento en que se abrian, digámoslo así, las puertas

de su prision y se rompian las cadenas de su esclavitud.

Se iba descomponiendo en la misma proporcion que iba siendo libre.

Parece como que en su esclavitud consiste su vida.

Saliendo mataba y al salir moria.

El primero de estos ensangrentados cadáveres se encontró á gran distancia del segundo, como si la tierra se hubiera interpuesto dudando de que en tan pequeño espacio pudieran caber dos crímenes tan grandes.

Esto cuando menos prueba el atraso de la tierra en materia de geometría, pues es cosa resueltamente averiguada que en ese puñado de barro que se llama hombre, caben muy bien los crímenes más grandes.

A pesar de la distancia que separaba á uno y otro cadáver, se comprendia que ambos estaban estrechamente unidos por el vínculo de un mismo crimen.

Se echaba de ver al instante la misteriosa relacion que existia entre uno y otro.

Cada uno de estos cadáveres decian claramente á cuantos ojos los miraban :

«Aquí ha sido una mujer asesinada.»

«Aquí ha sido asesinado un hombre.»

Y mostrando sus respectivas heridas declaraban cómo habían sido asesinados.

Y el calor de la vida apenas apagado en ellos decía cuándo.

Pronto se averiguaron estas tres cosas importantes :

Dónde? Allí.

Cómo? A puñaladas.

Cuándo? Hacia una hora.

El cadáver del hombre fué encontrado en el momento en que la vida iba á desaparecer, y antes de enmudecer para siempre sus labios pudieron pronunciar una palabra.

Esta palabra fué : «Navarro.»

Navarro puede ser cualquiera, y en España hay una provincia entera en que todos son navarros.

La luz que podia recogerse de estos datos era bastante oscura y con ella solo habia la absolutamente necesaria para ver dos cadáveres.

Entónces habló con más elocuencia que el más grande de los oradores...

—Quién?

—La garita de un centinela próxima al lugar del crimen.

De su soledad salió una voz.

De su oscuridad brotó la luz.

La garita demostró claramente que estaba abandonada.

Para tener valor en juicio necesitan juntarse tres hombres y sostener bajo juramento su palabra si quieren ser creídos, aquí habló una garita y fué inmediatamente creída bajo su palabra.

Nadie puso en duda que el criminal era el centinela.

Cómo se ha tejido este sangriento drama?

¿Es una misma mano la que ha consumado los dos asesinatos?

Estas preguntas tienen que quedarse aquí hasta que hable el proceso; los procesos son muy curiosos y todo lo averiguan, y además son muy habladores y todo lo dicen.

Nuestra sumaria no puede pasar de esta doble suma; dos asesinatos y dos cadáveres.

---

Tres dias despues ocurre el tercer caso.

Un jóven atenta á su vida en el portal de una casa donde sin duda alguna se estaba esperando á sí mismo y se asesta una detrás de otra, por no podérselas dar todas á un

tiempo, tres puñaladas que lo derriban bañado en sangre.

Esto es lo que se llama un suicidio, es decir, tres delitos en un solo crimen, porque el suicidio se consuma siempre con las tres circunstancias agravantes de alevosía, premeditacion y sobre seguro.

En todo suicidio hay un asesino y una víctima, y la víctima está dominada por el asesino que cuenta con la impunidad segura.

Aquí se abre una cuestion de derecho materialista.

Puede el hombre disponer de su vida?

Los materialistas tienen que decir que sí, ó no saben lo que se dicen; pero digan lo que quieran, sumada la cuenta de la semana arroja la cantidad siguiente:

**UN MAGNÍFICO INCENDIO, DOS SOBERBIOS ASESINATOS Y UN INTERESANTE SUICIDIO.**

---

## MR. PIETRÓPOLIS.

---

Tenia yo por cosa segura que no habia nada tan dislocado como la sociedad en que vivo y el mundo en que me encuentro.

No se me habia ocurrido nunca la idea de sospechar que pudiera haber una relajacion de vínculos mayor que la relajacion que desde hace mucho tiempo observo en todas las coyunturas del cuerpo social que se agita á mi alrededor ejecutando las más maravillosas contorsiones.

Mis conocimientos acerca de la elasticidad de los cuerpos no habia pasado del triste estudio á que se presta la fabulosa flexibilidad que han adquirido todos los sentimientos.

Ignoraba yo que en punto á dislocaciones pudiera presentarse un ejemplar más acaba-

do, y digámoslo así, más perfecto que este nudo espantoso de pasiones y de intereses, de vicios y de errores, que enroscándose entre sí forman el conjunto animado de esta revuelta Babilonia.

Pero este error en que yo vivia se ha desvanecido.

Hay algo más dislocado que esta reunion de seres humanos que formamos la presente sociedad y ese algo es un hombre y este hombre se llama Mr. Pietrópolis.

Mr. Pietrópolis es un hombre; á lo ménos un naturalista no tendria inconveniente en asegurar bajo juramento que examinado en todos los pormenores de su estructura, monsieur Pietrópolis está construido en el taller donde se construyen los hombres.

Pero Mr. Pietrópolis posee hasta el último secreto de la dislocacion, y de su conjunto de hombre forma, segun su voluntad ó su capricho, una série sucesiva de conjuntos monstruosos en los que la figura del hombre desaparece retorciéndose y anudándose sobre sí misma con tan prodigiosa facilidad, que la culebra mas ágil se veria muy apurada para hacer otro tanto.

Hasta ahora el hombre se habia golpeado

la frente con la palma de la mano como si la frente fuera la puerta de la casa, y la mano el único aldabon con que pudiera llamarse á la puerta de esa casa.

Mr. Pietrópolis ha descubierto que habíamos equivocado el camino, y lo demuestra golpeándose la parte posterior de la cabeza con la planta del pié con mas facilidad que nosotros nos golpeamos la frente con la palma de la mano.

Este hombre, digámoslo así, tiende una alfombra sobre la arena del circo y se destornilla á la vista del espectador, ofreciendo al asombro público las diferentes maneras por medio de las que el hombre puede deshacerse de su noble figura para convertirse en un verdadero lio de formas humanas.

Observando atentamente las trasformaciones que Mr. Pietrópolis ejecuta sobre sí mismo, parece que asistimos al momento misterioso en que dejando el hombre de ser hombre se convierte en monstruo.

Dios hizo al hombre de un puñado de barro, pero Mr. Pietrópolis parece que se ha hecho á sí mismo empleando con prevision admirable en la construccion de su propio sér la goma y el acero.

Dios hizo al hombre para que no pudiera ser más que hombre, pero Mr. Pietrópolis se ha construido á sí mismo con todas las condiciones necesarias para ser *saltimbanquis*.

Y aquí tiene el materialismo neto un caso evidente de generacion espontánea.

Mr. Pietrópolis ha escondido bajo la forma comun de un hombre toda la rara organizacion de su particular especie.

Se ha emboscado, digámoslo así, en la figura humana para entretenerse en dislocarla.

Mr. Pietrópolis es un caso en que el hombre es la careta, el disfraz, y el individuo es el *saltimbanquis*.

En presencia del público Mr. Pietrópolis se desnuda del traje de hombre y se presenta al asombro de los concurrentes, no como Dios quiso hacerlo, sino como él mismo se ha hecho.

Este prodigio causa una gran admiracion que todos experimentan y que ninguno examina, porque siendo tan alegre la superficie de la vida, á nadie le gusta descender al fondo de las cosas, que es siempre triste.

La admiracion que causa Mr. Pietrópolis

consiste en lo inverosímil de sus monstruosas dislocaciones.

◀ La admiracion viene, pues, de que la multitud no ha llegado á comprender todavía cómo un hombre puede dejar de serlo. 7

Cuando Mr. Pietrópolis se desembaraza del horrible anudamiento á que condena la noble forma de su sér para admirar y divertir á la multitud, parece como que su figura se levanta más airosa y más gallarda, como si el hombre, tal como Dios lo hizo, se irguiera indignado contra la profanacion consumada en su noble figura por la fuerza brutal del *saltimbanquis*.

Mr. Pietrópolis como hombre, acaso no pudiera vivir y ha tenido que dislocarse de una manera bárbara para adquirir una profesion capaz de ponerlo en actitud de ganarse la vida.

Respetemos este secreto de la industria en que viene á ser un arte la degradacion pública de la figura humana.

Pero al fin Mr. Pietrópolis no hace más que poner su cuerpo en el tormento de la necesidad; ha hecho de la elasticidad de sus músculos los instrumentos de su oficio; ha dislocado sus miembros para poder vivir,

eligiendo el oficio más inútil para los demás y más útil para sí mismo.

Al fin, sea como quiera, Mr. Pietrópolis no hace más que escarnecer la figura humana; es una cara que hace muecas horribles y prodigiosas, es un hombre, en una palabra, que juega con su vestido de hombre.

Pero eso mismo que hace Mr. Pietrópolis con los músculos, lo están haciendo muchos hombres con el entendimiento.

Hay inteligencias completamente dislocadas que están arrojando constantemente á la arena de este circo en que vivimos las más monstruosas combinaciones.

Hay *saltimbanquis* como Mr. Pietrópolis que hacen de su cuerpo lo que quieren; hay entendimientos que hacen de la lógica lo que les trae cuenta.

Hay tambien inteligencias de goma.

Mr. Pietrópolis se burla de la forma; esos entendimientos se mofan de la esencia.

Mr. Pietrópolis pisa su propio cuerpo; esos hombres pisan su propia alma.

El uno es un hombre que se ha hecho *saltimbanquis*; los otros son *saltimbanquis* que se han hecho hombres.

---

---

---

## EL CARNAVAL DE 1866.

---

Muchas razones habia para presumir y aun para creer que el Carnaval de 1866 seria un Carnaval poco divertido.

La primera razon que se destaca en el órden categórico de esas razones pertenece á esa série de conocimientos con que la sabiduría humana tropieza al andar por el mundo de la historia con la luz de la filosofia en la mano.

Es una razon deducida de la filosofia aplicada á la historia.

Es la razon poco más ó menos que tendria un sábio cualquiera para deducir todos los pasos andados en el camino de una larga vida con solo aplicar á la historia de un

semblante lleno de arrugas la luz de una mirada.

La razon de que hablo está sacada de la naturaleza misma del progreso humano.

Es esa averiguacion de que sabemos darnos cuenta siempre que en presencia de algun suceso extraordinario abrimos la boca como si nos faltara aire para respirar, y moviendo la cabeza lentamente con grande admiracion decimos :

A dónde hemos llegado!

Habia, pues, para presumir y aun para creer que el Carnaval de 1866 seria poco divertido; la razon de que las máscaras están en decadencia.

La costumbre de cubrirse la cara para hacer durante tres dias varias locuras, no tiene ya razon de ser.

Es un efecto que sobrevive á su causa.

Es una fiesta absurda.

Es un anacronismo.

Taparse la cara es un acto que en primer lugar supone verguenza ; y yo pregunto :

Bajo el imperio de la razon soberana, en medio del ejercicio de todas las libertades, en la plenitud de una civilizacion cuyo espíritu de igualdad llega por una parte, segun

las últimas especulaciones del racionalismo puro, á confundir en una misma especie á Dios y al hombre; y por otra llega segun las últimas deducciones del materialismo neto, á confundir al hombre con el bruto; ¿qué hay que pueda avergonzarnos?

Dígame francamente.

¿Qué especie de Dios, qué divinidad puede ser el hombre si hay un momento en su vida en que se avergüenza de ser quien es?

Y si esto *racionalmente* es imposible, *materialmente* es más imposible todavía.

Es preciso que el hombre comprenda bien la posición en que lo ha colocado eso que se llama *ciencia moderna*, para que no se desmienta con alguna imprevisión la verdad científica de su doble naturaleza.

El racionalismo lo ha elevado á la primera categoría; lo ha transformado en Dios.

Pues bien: para ser Dios es preciso no tener nada de que avergonzarse.

El materialismo lo ha hecho descender á la última categoría; lo ha convertido en bruto.

Pues bien: para ser bruto es preciso no tener vergüenza.

El hombre condenado ántes á la dura esclavitud de no poder ser más que hombre,

encerrado en la cárcel estrecha de la humanidad, colgado, digámoslo así, entre el cielo y la tierra, ignorando por una parte que podía ser Dios y no sabiendo al mismo tiempo que podía llegar á ser el último de los brutos, solia avergonzarse.

Considerado en esa situación, nada más natural que de vez en cuando quisiera huir de sí mismo, escondiendo el rostro á toda mirada humana.

Las máscaras entonces eran lógicas,

El hombre avergonzado de lo que habia hecho ó de lo que pensaba hacer se escondia detrás de una careta.

Pero hoy quién se avergüenza?

Qué hay que pueda avergonzarnos?

¿Qué cosa se puede hacer ó decir con un tafetan delante de los ojos que no se pueda decir ó hacer sin disfraz y sin careta?

¿A quién se le ocurre que nosotros *espíritus fuertes* habíamos de tener la debilidad de taparnos la cara?

Por esta razon, arrancada de la filosofia de la historia, debia presumirse y aun creerse que el Carnaval de 1866 fuera poco divertido.

La segunda razon que acudia á confirmar

el anuncio pertenece al orden de las ideas económicas.

Habia corrido de casa en casa, de boca en boca y de bolsillo en bolsillo el último descubrimiento práctico de esa ciencia admirable, y gozando de todo el beneficio del crédito resonaba por todas partes la voz del descubrimiento, repitiendo incesantemente:

«No hay un cuarto.»

De aquí se deducía fácilmente que el Carnaval había de ser muy pobre.

Lo cual bien mirado era tanto como advertir que la broma de nuestra prosperidad pública empezaba á ser una cosa muy seria.

Aspecto grave que generalmente adoptan más tarde ó más temprano todas las bromas pesadas.

Verdaderamente nuestra prosperidad aparecía como en los últimos momentos de un magnífico Carnaval, y causada de divertirse con todos, dejándose caer ya sobre un banco, ya sobre otro, se arrancaba la careta diciendo:

«No me conoces.»

Esta razon por sí sola bastaba para que el Carnaval de 1866 fuera poco divertido, porque, en honor de la verdad, debemos decir

que no hay nada que pueda presentarse á los ojos de estos tiempos más desconsolador y más triste que el fondo oscuro y solitario de un bolsillo vacío.

Pero hé aquí lo que son las cosas.

Estaba reservado al Carnaval de 1866 una novedad extraordinaria.

El genio melo-dramático del autor más patibulario no hubiera concebido una idea más feliz bajo el punto de vista de los grandes contrastes.

Las cosas tienen muchas veces más talento que los hombres, y suelen combinarse con toda la perfeccion con que el arte más refinado ordena sus creaciones.

Singular cosa es esta. Un autor dramático fatiga su entendimiento por concertar una fábula que sea verosímil; hilo por hilo y dia tras dia teje la trama de una bella mentira.

Todo su trabajo, todo su talento y toda su paciencia dan el total de una suma que puede traducirse de este modo: «Es posible.»

Las cosas se reúnen, se combinan, se ordenan por un método misterioso, cuyo secreto no llega nunca á sorprender el hombre, y arrojan de repente á la admiracion pública ó privada un suceso inverosímil.

Aquello, sin embargo, es verdad.

¿Por qué lo verosímil ha de ser más difícil que lo verdadero?

Si á un tejedor de melo-dramas se le hubiera ocurrido presentar la acción de su pensamiento ó de su obra en el teatro de los tiempos presentes combinando el efecto maravilloso de un contraste dramático, atando dentro de los estrechos límites de un mismo nudo el loco tumulto de un Carnaval con el triste espectáculo de un reo en capilla; esto es, si hubiera elegido un baile para levantar un patíbulo; si hubiera puesto la justicia en medio de la locura; hubiéramos dicho todos: eso es inverosímil; y saliendo á la defensa de estos hermosos tiempos en que vivimos, porque al fin y al cabo no tenemos otros en que vivir, habríamos añadido: «eso no puede pasar hoy en España.»

Pues bien, aquí se han combinado las cosas de tan hábil manera, con tan agudo ingenio, con tan profundo conocimiento de la escena, de los caracteres de los tiempos y de las costumbres, que en medio del Carnaval, entre el tumulto de las máscaras; desgarrado el aire por los cien mil ruidos de la fiesta, ha visto Madrid la ejecución de un reo de muerte.

Hé aquí á lo inverosímil convertido en verdadero, la fábula trasformada en historia, el drama en realidad, la bella mentira en una verdad bien triste.

Al autor del melo-drama le hubieran preguntado la razon, la crítica y el sentimiento. ¿Qué necesidad de justicia, de moral ó de conveniencia puede aconsejar que se elija un dia de Cárnaval para llevar un reo al patíbulo? Y si ni la justicia, ni la moral, ni la necesidad, ni la conveniencia siquiera obligan á que un reo de muerte sea ejecutado en un dia de máscaras públicas, ¿cómo, diria la crítica, se atreve usted á mofarse de la razon en nombre del arte?

El sentimiento á su vez diria: ¿Quién le ha dado derecho á ese autor dramático para convertir el patíbulo en una especie de broma y al reo en una máscara más?

Y todos diríamos: ¿Cómo, la escena más triste que puede presentarse á los ojos de un pueblo civilizado se la encaja en el dia de todas las locuras y de todos los desórdenes?

¿Cómo, se ha elegido para el acto más terrible de la justicia humana el dia de la licencia?

Y diríamos tambien: ¿A quién se le ocurre

que un pueblo culto, sorprendido en medio de una fiesta por el sombrío espectáculo de un reo condenado á muerte, no cambiaria en el acto mismo su alegría en tristeza, su tumulto en silencio, su locura en pena?

De cualquier modo que se mire, añadiríamos : ese recurso melo-dramático está fuera de la razon, lo condena la crítica y lo rechaza el sentimiento.

Y por último diríamos : esa escena en Madrid es imposible. En Marruecos podria pasar; pero ni ese escape tiene ese autor dramático, porque no hay Carnaval en Marruecos.

Sin embargo, eso ha sucedido y nadie ha dicho una palabra.

Qué silencio tan elocuente! Dice todo lo que calla.

---

the first part of the century, the British government was engaged in a series of wars with France, which led to the French Revolution and the Napoleonic Wars. The British government was forced to pay large sums of money to France, which led to a severe financial crisis. The government was forced to raise taxes, which led to widespread discontent and the formation of the Reform Bill of 1832. The Reform Bill was a landmark piece of legislation that gave the vote to a larger section of the population. It was a result of the pressure exerted by the middle class and the working class. The Reform Bill was a turning point in the history of the British constitution, as it marked the beginning of the era of mass politics.

The Reform Bill of 1832 was a landmark piece of legislation that gave the vote to a larger section of the population. It was a result of the pressure exerted by the middle class and the working class. The Reform Bill was a turning point in the history of the British constitution, as it marked the beginning of the era of mass politics. The Reform Bill was a result of the pressure exerted by the middle class and the working class. The Reform Bill was a turning point in the history of the British constitution, as it marked the beginning of the era of mass politics.

The Reform Bill of 1832 was a landmark piece of legislation that gave the vote to a larger section of the population. It was a result of the pressure exerted by the middle class and the working class. The Reform Bill was a turning point in the history of the British constitution, as it marked the beginning of the era of mass politics. The Reform Bill was a result of the pressure exerted by the middle class and the working class. The Reform Bill was a turning point in the history of the British constitution, as it marked the beginning of the era of mass politics.

---

---

## LA ACADEMIA DE MEDICINA

### DELANTE DE LA TÍISIS.

---

La Academia de medicina continúa discutiendo si la tísisis es ó no una enfermedad incurable, habiendo averiguado que, aunque por ahora se obstina en ser un padecimiento mortal, hay esperanza de que con el tiempo se descubrirá la manera de curarlo.

Con este dato, me parece muy oportuno recomendar á todos los que se sientan más ó ménos inclinados hácia esa enfermedad, que la aplacen por algunos años, mientras la Academia de medicina sorprende oculto el secreto en que se esconde, y tropieza con los medicamentos que en su día le han de decir cuántas son cinco.

Por ahora debemos contentarnos con la esperanza de que mañana ó el otro la tísis entregará la carta y descubrirá el pastel.

A los enfermos afligidos actualmente por ese mal debe ocultárseles el descubrimiento de tan dulce esperanza, ó más bien de ese jarabe de pico con que la Academia se propone curar las tísis futuras, empezando desde donde Dios quiera.

Debe ocultárseles esa dulce esperanza, porque les ha de amargar mucho tener hoy que morirse de una enfermedad que la Academia espera destruir mañana.

Aquí, por lo que se ve, no hay más que un secreto obstinadamente guardado, que la policía de la ciencia se ha propuesto descubrir, con un objeto que yo no puedo ménos de denunciar por reaccionario.

La ciencia, parece mentira, ha fraguado por medio de la Academia una conspiracion para detener los progresos de la tísis, como si esta enfermedad no formara parte del mundo y se la quisiera poner fuera de la ley, que en los tiempos presentes lo empuja todo á su completo desarrollo por el camino del progreso.

No sé yo por qué, mirando la cuestion

por el vidrio turbio del derecho moderno, ha de permitirse que la salud ejerza el monopolio de la vida del hombre, que es indudablemente una de sus más sagradas propiedades.

Me parece á mí retrógrado y tiránico el empeño de combatir y aniquilar á unos pobres tubérculos que engendrados en los pulmones de cualquier hombre, nacen por la fuerza irresistible de su propia naturaleza y aspiran á desenvolverse por la ley poderosa del progreso universal; mientras se permite que esos otros tubérculos que nacen en el alma bajo la forma de pensamientos se propaguen produciendo la enfermedad moral que se llama tisis del alma, que corroe el espíritu como la otra corroe el cuerpo.

Si el error ha de tener los mismos derechos que la verdad, ¿por qué las enfermedades no han de tener las mismas prerogativas que la salud?

Y téngase en cuenta que la tisis, por lenta que sea, es una manera abreviada por medio de la que el hombre llega antes al término de su carrera.

Si el pensamiento, que lo mismo puede ser bueno que puede ser malo, y más fácilmente malo, es libre, ¿por qué no han de

ser igualmente libres la salud y las enfermedades?

La Academia de medicina está discutiendo un tema peligroso por una parte, é inútil por otra.

Sin embargo, se lo agradecemos, aunque seria mucho más de agradecer que en vez de reunirse la ciencia bajo la forma de unos cuantos médicos para estudiar, digámoslo así, los medios de impedir el progreso—no encuentro otra palabra—de la tisis, se reuniera la moral bajo cualquier forma para discurrir la manera de evitar, no los adelantos físicos de la tisis, sino sus causas morales.

El vicio hace más tísicos que la naturaleza y las costumbres; perdóneme la ciencia, el vicio entierra más gente que los errores de los médicos.

Todos los adelantos de la química, mejor dicho, todas las boticas juntas no bastan á contener los estragos de esa epidemia que se llama corrupcion de las costumbres.

La tisis es precisamente la enfermedad que más constantemente sigue al libertinaje.

Pero ¿quién se atreve á prohibir, no tanto, á impedir al vicio los medios de propagacion que ha conquistado?

Y además ¿*libertinage* no es una palabra que viene por línea recta de libertad?

¿Quién se atreve á limpiar las calles de Madrid de la abundante inmundicia de todas esas mujeres que pasean su desvergüenza por en medio de la multitud á título de *libres*?

¿Quién se atreve á tapiar esas innumerables puertas que se abren en las calles principales, y por las que se entra la codicia y sale la deshonra?

¿Quién se atreve á contener el afán inmoderado de placeres, de lujo y de goces que lleva á la multitud de los garitos á las cárceles, de los lupanares á los hospitales, de los salones á los cementerios, de la opulencia á la miseria, de la miseria á la deshonra?

¿Quién se atreve á echar una gota siquiera de agua en el incendio de este sensualismo que nos consume?

¿Qué más calentura que esta fiebre continua de gozar que nos devora?

No es esta una tisis universal?

No hablemos en nombre de la moral y de la decencia; por si estas dos cosas son ya demasiado antiguas, pero hablemos siquiera en nombre de la higiene.

Digamos á lo ménos que esta época no

tiene más que un solo defecto: que es poco sana.

No sé que decir contra el desprecio que mostrais por la salud del espíritu; pero ¿no os dice nada la salud de vuestro cuerpo?

La medicina acabará por hacerse cómplice de los vicios.

Y en honor de la verdad, es muy justo que en el equilibrio de estos tiempos suba la medicina tanto como la moral baja.

Vamos á escape camino del hospital.

---

---

## LA HOMEOPATÍA.

El gobierno, por medio de una real órden, ha autorizado la creacion de cátedras de homeopatía, esto es, ha declarado oficial la ciencia de los glóbulos.

La alopátia ha puesto el grito en los periódicos y en el Parlamento, y nos hemos encontrado de la noche á la mañana con una cuestion más en la interminable série de las cuestiones que sirven de pasto á la insoponible locuacidad de estos tiempos, y con otros dos partidos más que vienen á disputarse, como los otros, el monopolio de la salud pública.

Yo no sé cómo se le puede tomar el pulso á esta cuestion.

No hay desatino que no se enseñe á título de ciencia, no hay error que no tenga su correspondiente maestro y su respectiva cátedra, no hay barbaridad, en fin, que á nombre de la civilizacion y de los adelantos del siglo no se predique y se propague por el triple magisterio de la cátedra, de la tribuna y del periódico.

Yo les pregunto á los alópatas :

¿Si el gobierno en vez de autorizar la enseñanza de la homeopatía hubiera autorizado la enseñanza pública del racionalismo, qué hubieran hecho?

Probablemente todo lo contrario de lo que están haciendo.

La prueba es esta.

Estudiantes de medicina son los que más se distinguieron en los diferentes levantamientos estudiantiles con que se pretendió ahogar las reclamaciones elevadas al gobierno en contra de los errores que se enseñaban en más de una cátedra pública.

Catedráticos de medicina habrá que verán á sus discípulos hacerse materialistas, que es lo mismo que si los vieran convertirse en bestias, y nada tendrán que decir ni al gobierno ni á sus propias conciencias; pero

esos mismos catedráticos serán capaces de revolver el mundo, si observan que el último de sus discípulos se inclina á la homeopatía.

La razon en que se fundan los alópatas para pedir la proscripcion de la homeopatía, es que el sistema homeopático arranca de un principio absurdo, y en buena lógica esa es precisamente la razon que debe tener el gobierno para concederle no solamente libertad, sino proteccion.

Qué error no es libre? ¿Qué absurdo no se vé protegido?

¿Hay un principio más absurdo que el principio de que arranca la ciencia económica de estos dias?

¿El que más debe, no es, segun la ciencia, el que más tiene?

La prosperidad de los pueblos se mide por la extension de su deuda.

El crédito es la gran frente de la riqueza pública, y el crédito, no es una suma, sino una resta.

Si el sistema homeopático arranca de un principio absurdo, ¿quién se atreverá á negarle la libertad de extenderse y el derecho de propagarse?

Por otra parte, qué es la homeopatía? la

menor medicina posible; una cosa muy parecida al crédito; poca realidad y mucha ilusión; un medicamento nominal; digámoslo así, la medicina en papel.

La virtud medicinal de una serie de específicos aplicada á las enfermedades por medio de una saludable operacion de crédito.

Casi, casi la supresion de la medicina y la abolicion de la botica.

Observad bien la gran filosofia de este descubrimiento.

La alopátia ataca á la enfermedad; busca los elementos que le son más contrarios, los combina de la manera que puedan ser más eficaces, la persigue hasta en sus últimas trincheras.

La homeopatía procede de distinta manera, en vez de atacar el mal, lo adula.

Esto constituye todo un sistema de filosofía.

En la lucha entre la medicina y la enfermedad, la homeopatía se lava las manos, y el enfermo se muere, ó vive, segun caen las pesas.

El bien, reducido á glóbulos, administrado por átomos imperceptibles, diluidos en una reunion de vasos de agua, no es

solamente un sistema médico, no es solamente un plan curativo; es más bien un sistema político, un plan de gobierno.

Es la transacción, es una negociación que el médico verifica entre la enfermedad y la medicina, en la que el enfermo paga el pato.

Una ciencia tan en armonía con el espíritu del siglo, económica, política y socialmente considerada, no podía menos de obtener el pase oficial.

Los alópatas tendrán toda la ciencia del mundo, pero no tienen razón.

No pueden oponerse á la corriente del siglo.

La homeopatía es un progreso de la medicina.

Estaba escondida detrás de la esquina de estos tiempos, como detrás de la esquina de su propia casa, y al pasar la sabiduría moderna se ha puesto delante de la ciencia.

Resuelto este punto con arreglo á las exigencias de la época, hay que admitir para las enfermedades del cuerpo el mismo sistema que se aplica á las enfermedades del alma.

Descubramos todo el secreto de ese prodigioso adelanto á la luz, de la historia, ó mejor dicho veamos una aplicación práctica de esta maravilla.

Más claro, pongamos á la homeopatía en escena.

En esta empresa viene á ayudarnos la empresa de un gran teatro.

El caso es como sigue.

La empresa del teatro real habia prometido, yo no sé cuántas funciones en que la Patti haria los admirables prodigios que la fama le atribuye.

Esperando á la Patti, pasan los dias y lo que es peor las noches, y lo que es peor que los dias y las noches, las funciones del Teatro Real, y la Patti no llega.

De repente aparece en Madrid la señora Lagrange. Esta cantante vale tanto como la Patti y hay momentos y ocasiones en que vale más; pero es preciso ser justos, no es la Patti.

La empresa habia prometido á la Patti y la señora Lagrange no es la Patti.

Ante este *quid pro quo* empieza á levantarse la sospecha de que la Patti no viene ya este año.

La sospecha crece y se propaga fundándose en el siguiente razonamiento:

Puesto que ha venido la señora Lagrange, ya no debe venir la señorita Patti.

La razon no es concluyente, pero ha servido de motivo á esa pieza musical que cantan los públicos y que se conoce bajo el nombre de *rum rum*.

El *rum rum* ha llegado á los oidos de la empresa, y conociendo que el asunto se ponía malo, ha acudido á los recursos de la homeopatía, administrando al público el siguiente glóbulo diluido en las gacetillas de los periódicos.

«Se ha supuesto que con motivo de la venida de la señora Lagrange, la célebre Patti no cantará ya este año en el teatro Real, sin embargo, creemos que la noticia no es cierta, y que la distinguida cantante, de quien tantos recuerdos conserva el público madrileño, llegará á la córte de un dia á otro.»

Hé aquí la Patti administrada homeopáticamente.

Es el verdadero *similia similibus*.

Enfermedad : el público espera á la Patti.

Medicamento : que siga esperándola.

Curacion : de un dia á otro.

Estudien los alópatas en este caso la virtud medicinal del sistema que quieren proscribir.

La irritacion nace de que la Patti no viene, la medicina deberia ser que la Patti viniera, pero se interpone la homeopatía y diluye á la Patti en este vaso de agua tibia : la Patti vendrá.

Con este ejemplo sacado del teatro Real, comprenderán los alópatas, que están tocando el violon, queriendo oponerse á la consagracion oficial de un sistema médico que arranca de un sistema universal.

La homeopatía es la medicina vaciada, en la turquesa de los tiempos modernos.

Por un contraste lógico de las cosas, en estos tiempos tan positivos, todo es apariencia.

O de otra manera :

En estos tiempos tan verdaderos, todo es mentira.

---



---

## ADELINA PATTI Y MARIO

Ó SEA

UNA TIPLE QUE EMPIEZA Y UN TENOR QUE ACABA.

---

Adelina Patti ante todo es un nombre que según los periódicos llena el mundo musical, de lo que debe inferirse que el mundo musical es un mundo que se llena con poco.

Delante de su aparición va el correspondiente anuncio, como delante de la aparición de un periódico va el correspondiente prospecto. Parece que ha enviado previamente su pasaporte, cuyas señas particulares vienen á ser las siguientes:

Adelina Patti nació en Madrid en 1843 de padres italianos, cantantes, que por entonces

se hallaban escriturados en el teatro del *Circo*.

Sus padres, cansados de este mundo, determinaron irse al otro, y Adelina Patti dió á conocer en el nuevo mundo que llegaría á cantar en la mano, mostrando extraordinarias disposiciones para la escena.

El tiempo no se hizo esperar, y la niña Patti *debutó* como *prima-donna*, causando un entusiasmo que la declaró por unanimidad la primera entre todas.

Apareció en Europa, y ya se comprende que viniendo del otro mundo su presencia en este sería una verdadera aparición.

En el teatro de Lóndres produjo una locura general. Jamás, dicen los periódicos, se han visto allí mayores triunfos artísticos ni tan unánimes ovaciones.

Con estas noticias debe inferirse que no habrán faltado algunos ingleses que se hayan ahorcado con toda la sangre fría de su entusiasmo artístico, al reconocer que despues de haber visto y oído á la Patti, nada tenían ya que hacer en el mundo ni con sus oídos ni con sus ojos.

En Paris obtuvo un éxito semejante, y debe sorprendernos, que hasta ahora tan extraordinario triunfo no lo haya inmortalizado

algun francés por medio del Vaudeville ó con alguna coleccion de caricaturas.

La diferencia entre los ingleses y los franceses consiste en que los primeros se ahorcan por todo, y los segundos de todo se rien.

Ya hay un periódico francés que llama á la Patti *diablillo*; los periodicos ingleses la llamarian probablemente *desesperacion* y nosotros dentro de poco la llamaremos *ángel*.

Y realmente Adelina Patti es una verdadera maravilla.

El señor Saldoni, con un celo extraordinario por el arte, ha tenido la ocurrencia de sacar varias copias de la partida de bautismo de la Patti, como si el haber nacido en Madrid, á 19 de Febrero de 1843, haber recibido el santo bautismo en la parroquia de San Luis, fueran datos para inferir que la Patti era necesariamente una buena cantante.

Ignoro qué tiene que ver la partida de bautismo con las partituras, ni qué relacion pueda haber entre las circunstancias de su nacimiento y su escuela de canto.

A no ser que el señor Saldoni haya querido dar á entender con la exhibicion de ese documento, que la *divina Patti* tuvo hace veinte

años la condescendencia de venir al mundo como una simple mortal.

Esto puede servir á la vez de problema á cualquier naturalista; pues no deja de ser raro que habiendo la Patti nacido niña, haya llegado á los veinte años á ser un ruiñeñor.

Y en efecto lo es. La Patti ha nacido para cantar; su escuela no es de un gusto esquisito ni su figura de un mérito sobresaliente, pero canta y domina, se hace dueña del que la escucha y triunfa del público á pesar de sus defectos y tal vez por ellos mismos.

Segun estos datos, esta criatura, *desesperacion* en Lóndres, *diablillo* en Paris y futuro *ángel* en España, tiene veinte años de edad, y ésta, dicen los periódicos, que es su cualidad más envidiable, como si veinte años no los tuviera cualquiera.

Mas, la maravilla está en que segun esos mismos periódicos canta y representa sin esfuerzo alguno, *sin estudio, casi sin arte* y hace prodigios de vocalizacion con la mayor naturalidad del mundo y como la cosa más sencilla.

No falta más que decir que la Patti puede cantar y representar dormida, que es capaz de andar sin moverse, que algun dia va á

hablar clara y correctamente sin menear ni los lábios ni la lengua, que hace las escalas con los dedos, y los trinos con la punta del pié.

Verdadera maravilla es esta.

Hacer prodigios de arte sin arte ni estudio, es andar sin piés, volar sin alas, vivir sin dinero.

Si en esta época de ridículos y fugitivos entusiasmos se creyera en algo, ya nos habrían dicho que la Patti había recibido en el otro mundo una divina revelación.

Pobre Patti! nos la quieren presentar como un ruseñor que canta sin saber cómo, y trina sin saber por qué.

Quieren hacerla una especiē de divinidad musical, y la hacen pájaro cuya jaula es el teatro.

La mayor parte de los artistas silbados que andan por el mundo, deben su desgracia á no tener ni arte ni estudio y la mayor parte de los que son justamente admirados, deben sus triunfos al arte y al estudio, mucho más que á sus propias facultades.

Nadie quería creer que Ronconi en sus primeros años llegaría á ser un gran cantante; hoy todos tenemos que confesar que lo ha sido y que aun lo es.

Ahí está Mario que todavía encanta y suspende despues de haber perdido la voz.

Para encomiar á la Patti vamos á llegar al extremo de decir que no tiene ni talento.

El pasaporte no acaba aquí : en la vida privada dice que es un modelo de amabilidad, de sencillez y de modestia ; lo cual aunque muy admirable no es lo que constituye en ella el mérito que las empresas pagan y el público aplaude.

Hay muchas mujeres de veinte años amables, sencillas y modestas que no saben cantar.

Esta es la tiple que empieza, vamos á ver al tenor que acaba.

Los periódicos han unido estos dos sucesos contrarios por medio de una noticia que aunque no fuera cierta seria verdadera.

Todos ellos han dicho : *la Patti* viene y *Mario* se va.

Y en efecto, aunque la Patti no hubiera llegado y Mario permaneciera en Madrid toda su vida, la noticia no dejaría por eso de tener la misma exactitud.

Hay cosas en el órden musical que se realizan sin acuerdo de los cantantes y sin contar para nada con los cálculos de las empresas.

Supongamos que el empresario del teatro Real no hubiera podido verificar esa operacion de crédito por medio de la que liquidando á Mario realiza á la Patti.

Supongamos que por una de esas eficaces exigencias que suelen tener las especulaciones, el interés del negocio hubiera puesto mala cara ante la negociacion de ese cambio de papeles.

Supongamos que la famosa tiple no viene y que el célebre tenor se queda.

Supongamos, en fin, que no hubiera nada de lo dicho.

A pesar de eso el hecho seria el mismo : la Patti llega y Mario se vá.

La empresa del teatro Real ignora positivamente cómo podria suceder eso sin su consentimiento; porque en su vanidad de empresa cree que ella sola puede disponer de los cantantes.

Sin embargo, allá en el fondo de su conciencia quizá se levante alguna voz de tiple, de tenor ó de bajo que le advierta los diferentes casos en que los negocios de las empresas más fuertes se ahogan en las gargantas de los cantantes más célebres.

El empresario ajusta una voz más ó menos

famosa, pero esa voz tiene que pasar como un tren de mercancías por el túnel de una garganta, y ni el médico más sábio tiene previstos los mil incidentes que de un momento á otro pueden fraguarse en la oscuridad de una garganta.

Un simple constipado puede arruinar á una empresa.

¿Dónde está el valiente empresario que puede decir : «á mí no me tose nadie?»

El que mete su dinero en la encrucijada de la Bolsa comprometiéndolo con el papel que sube ó con el papel que baja, pone indudablemente su capital al borde del primer suceso que ocurra en cualquier parte del mundo.

Es más; lo expone á la eventualidad de sucesos que no ocurran en ninguna parte.

Esto viene á ser como colgar el bolsillo en el alambre del telégrafo; ó á lo que es igual, tener el alma en un hilo.

Es un albur como otro cualquiera.

Pues bien, el empresario de un teatro lírico pone su dinero en el aire.

Alquila una voz de tenor ó de tiple, que es tanto como jugar á la alza, y ajusta voces de bajo, que es tanto como jugar á la baja.

El día que la tiple no puede subir, los fondos del empresario empiezan á bajar; el día que el bajo no puede bajar, los fondos de la empresa no pueden subir.

Por una combinacion inevitable que hace desesperar á los empresarios más serenos, cuando el tenor se constipa el público es el que tose.

Pero la cuestion es otra.

Aunque la Patti no hubiera venido y Mario no se fuera, podria decir que la Patti viene y Mario se vá, porque estos dos cantantes son el sol que nace y el sol que se pone.

Mario acaba y la Patti empieza.

Mario se vá porque no hay otro Mario; él mismo no puede ya sustituirse, y no hay otro que lo sustituya.

Y no obstante, en Mario hay dos Marios, ó mejor dicho, ántes hubo uno y ahora hay otro.

El Mario actual es casi todo lo contrario del Mario de ántes; es como si dijéramos su propio Sila.

El gran mérito del primer Mario consistia en lo que cantaba; el gran mérito del segundo Mario consiste en lo que deja de cantar.

Mario triunfaba de las notas atacándolas

con bizarría en cualquier punto del pentágono donde su voz tropezaba con ellas; hoy ese mismo Mario vence también, pero huyendo de las notas que no puede dominar.

En este cantante hay que observar dos escuelas: la primera, por medio de la cual cantaba lo que quería; la segunda, por medio de la que canta lo que puede.

Solo un gran capitán sabe vencer con una retirada, y es verdaderamente un golpe de genio hacer una victoria de una derrota.

Pues este es Mario.

Posee tan perfectamente el arte de esconder lo que no puede cantar, que no hay manera de echarlo de menos.

Al tropezar con las notas que caen precisamente en los hundimientos y baches que el tiempo ha abierto en el camino de su voz, Mario sabe huir el cuerpo, bordear la dificultad, costear el abismo de la nota en que naufragaría su fama, y seguir adelante.

Casi es más admirable en lo que no canta que en lo que canta; se defiende como un héroe.

Considerado mercantilmente el cambio que se presenta entre la Patti y Mario, ocurre preguntar: Perdemos ó ganamos?

Quitándole á la Patti ese irresistible atractivo que tiene todo lo nuevo, seria difícil resolver el problema de esa pregunta.

Por de pronto ganamos á la Patti; á la larga caerémos en la cuenta de que hemos perdido á Mario.

La fórmula definitiva del resultado de esa operacion no puede ser más que esta :

«Una tiple más y un tenor ménos.»

Yo no sé cuándo es más bello el día, si cuando nace ó cuando muere.

---

The following is a list of the names of the members of the American Medical Association who have been elected to the office of President for the year 1917.

The names are listed in alphabetical order of their last names.

The names are: [Illegible names]

The following is a list of the names of the members of the American Medical Association who have been elected to the office of President for the year 1917.

The names are listed in alphabetical order of their last names.

The names are: [Illegible names]

---

## HAR-HEE y SAM-HUNG.

---

Qué es esto? Estos son dos nombres diabólicos que cada uno de ellos pertenece á un chino.

La fama ha hinchado su inmensa trompeta con el viento de la celebridad y *Har-hee* y *Sam-hung* aparecen ante nosotros como dos maravillas. El primer prodigio que se nos presenta aquí es el de la fama, porque ésta es la gran prestidigitadora que juega con los hombres subiéndolos y bajándolos segun su capricho.

*Har-hee* y *Sam-hung* hacen milagros de agilidad y de destreza.

El primero de estos dos grandes chinos,

que probablemente habrán nacido en algun arrabal de Paris, toma cuatro bolas enormes de cobré bruñidas. Cuatro bolas, vulgarmente hablando son cuatro mentiras, grandes, quiere decir, que las bromas pesadas ó no gastarlas, de cobre, para que todo el mundo comprenda que si pudieran serian de oro, y bruñidas, para que se vean, pues en estos tiempos se ha resuelto que lo que no brilla no se vé.

Con estas cuatro bolas *Har-Hee* hace cosas que espantan. Primero las lame, para lo que no se necesita más que la lengua, luego las junta—esto lo hacen diariamente los periódicos con todas las bolas que ruedan por el mundo,—despues las esparce—idem, idem,—las entrelaza—enteramente lo mismo—y las hace girar al rededor de un globo que sirve de centro á este sistema planetario de bolas. Este globo debe ser la opinion á cuyo alrededor ruedan las bolas enormes, que tiene constante en circulacion la doble fuerza centrífuga y centrípeta de la publicidad.

*Har-Hee* viene á ser un publicista mecánico, un apóstol de la nueva religion que anda por el mundo comulgando á las gentes con ruedas de molino.

Ante semejante maravilla chinesca es casi seguro que los cinco leones de Mr. Price se quedan con la boca abierta. Y esta es la cuestion, porque lo temible de los leones no es que abran la boca, sino que la cierren, distinguiéndose en esto de esas otras preciosas fierecillas que se llaman mujeres, que precisamente cuando cierran la boca es cuando no muerden; porque estas hermosas criaturas tienen los dientes en la lengua.

*Har-Hee* hace más todavía; coge una taza de porcelana, la llena de agua, la coloca en una lazada de bramante como una piedra en una honda y la balancea y la sacude de manera que no pueda derramarse ni una gota de agua.

La maravilla no puede ser mayor. Figúrense ustedes una taza llena de agua que no se derrama porque—esto es admirable—porque no se puede derramar.

Verdadera maravilla seria lo contrario, seria hacer que una taza vacía se derramara.

Se rien ustedes? pues ahí están las cajas del Tesoro público que no me dejarán mentir; todos los dias están derramando oro sin tener un cuarto. Eso si que es grande.

*Sam-hung* es más metafísico, se llena la

boca de papel y seda—esa es la Bolsa—lo enciende—ahí está el crédito—se lo come con voraz apetito—esa es la época—y de las cenizas saca una cinta interminable de color de rosa que se derrama por el suelo como una madeja, nó, como una culebra que se enreda á los piés—esa es nuestra prosperidad. El chino brinca ágilmente y saca sus piés del enredo como el que sale del dia, dejando intacto el enredo de cintas de color de rosa, y mirando á los espectadores como quien dice : «ahí queda eso.» Esa es la deuda flotante.

Pero *Sam-hung* no se para en esto y sigue adelante su maniobra. Mete el monton de cintas de color de rosa en un sombrero, las oprime, las prensa y las trabaja, como si quisiera sacarlas la última gota de jugo y saca otra série de millones de cintas, con la diferencia de que el color de rosa se ha convertido en azul. Esto es la realidad en esperanza ; una especie de desamortizacion, más claro : trampa adelante.

Para que la figura sea completa, las cintas van desarrollándose hasta perderse de vista como un plazo que nunca se cumple, como una deuda que nunca se paga, formando un

huevo colosal del cual sale un ánade con las alas de esmeraldas. Este es un modo poético de echar á volar la bancarrota.

Detrás de esto *Har-Hee* y *Sam-hung* preparan el juego de los puñales como el complemento filosófico de su pensamiento chino, que traducido al castellano quiere decir: «donde no hay harina todo es mohína».

Ya nos anuncian los periódicos que este juego no es tan alegre como el otro.— Ya lo creo, ¿hay algo más triste en el mundo que no tener sobre qué caerse muerto?

Por eso, sin duda, pasan los cuchillos rozando la piel del chino, sin atreverse á herirle por no matarle, y aparece al fin *Sam-hung* coronado de puñales por la diestra mano de *Har-Hee*.

---



---

## ALCALÁ GALIANO.

---

En pocos meses han desaparecido de la escena del mundo, detrás del oscuro telon de la muerte, cuatro celebridades, dos políticas y dos literarias : Alcalá Galiano, el duque de Rivas, Pacheco y Ventura de la Vega.

El primero superaba la palabra á la razon y la memoria al entendimiento ; hablaba mejor que discurria, y aun puede decirse que decia más de lo que pensaba.

No sé qué servicios le debe la política, pero sé que la lengua castellana no le debe ningun ultraje.

Para ser hombre de Estado le faltaba ca-

rácter, para ser hombre de letras le sobraba política.

Sabia todo lo necesario para distinguirse en la conversacion del trato familiar y en la escena de la tribuna pública, pero á mi juicio ignoraba todo lo que es indispensable para ser de algun modo un grande hombre.

A mi ver, Alcalá Galiano era inferior á sí mismo, estaba por decirlo así debajo de su elocuencia.

No pretendo disminuir ni un átomo la celebridad de que goza su palabra ni la estimacion de que goza su talento; pero yo lo admiro con tristeza.

No se puede decir que Alcalá Galiano se ha malogrado, puesto que ha vivido todo lo que es lícito vivir; pero leyendo sus libros, repasando sus discursos y recordando su vida política no puede uno ménos de exclamar: Lástima de hombre!

Porque en verdad, ¿para qué ha servido el rarísimo don que el cielo le concedió á Alcalá Galiano? Para muy poco.

Fué una luz sin reflejos, que brilló únicamente para dejarse ver; no es por eso ménos admirable, pero sí es mucho ménos útil.

Alcalá Galiano vale más por lo que pudo hacer que por lo que hizo; mas de todos modos entre el monton de las glorias parlamentarias que el oleaje de las pasiones políticas y el tumulto de los partidos está levantando todos los dias, la de Alcalá Galiano será una de las pocas que pasarán á la posteridad.

No hizo todo el bien que pudo haber hecho. Pero acaso no quiso hacerlo? Y por otra parte, ¿no estamos obligados á agradecerle y aun admirarle por el mal que pudo hacer y que no hizo?

Si hubiera pensado tan correctamente como hablaba, valdria más; pero los defectos de su inteligencia no eran suyos, eran los defectos de su época.

¡Qué singular contraste ofrece esta rara inteligencia! Fué siempre reaccionario en la palabra y casi siempre revolucionario en el pensamiento.

Era un compuesto de ideas nuevas y de palabras viejas; era, si puedo decirlo así, realista en la palabra y liberal en el pensamiento; sostenia el régimen parlamentario sin hacer el sacrificio del régimen gramatical; era hablador y hablista.

Partidario de la libertad del pensamiento, sujetaba, sin embargo, su palabra á la ley de la más severa censura.

En fin, hablaba como Cervántes, y pensaba como cualquier periodista.

---

---

---

## EL DUQUE DE RIVAS.

---

Despues de Alcalá Galiano, murió el duque de Rivas.

El duque deja su título, el banquero sus millones, el hombre su descendencia, esto es, otro duque, otro banquero, otro hombre; pero el talento no se deja, no se trasmite, el talento no tiene hijos.

Con Homero murió Homero, Virgilio dejó un nombre, pero un nombre que nadie lleva, un nombre sin descendencia.

No sé si Dante tuvo hijos, pero si los tuvo es cosa averiguada que los hijos de Dante no fueron Dantes.

Murió sin sucesion y su heredero no ha nacido todavía.

Es posible que Napoleon al hacer su testamento en la solitaria roca de Santa Elena dejara un imperio; yo de esto no estoy todavía plenamente convencido, pero si dejó un imperio es indudable que se llevó su genio.

Para mí Napoleon murió con Napoleon, como César murió con César.

Don Angel Perez de Saavedra lo ha dejado todo; títulos, honores y grandezas; solamente él es el que se ha ido.

No han muerto ni su nombre ni su apellido, ni el duque, ni el académico; ha muerto el poeta.

Más difícil es todavía encontrarle sustitucion en esa pequeña sociedad que se encierra todas las noches entre las cuatro paredes de una casa y que se llama familia.

Cosa admirable! el mundo está lleno de padres; desde Adan hasta la consumacion de los siglos, la humanidad ha sido, es y será una sucesion no interrumpida de padres; pues bien, el que pierde á su padre no encuentra otro.

Un padre puede tener muchos hijos, pero los hijos no pueden tener más que un padre.

El padre se parece á la vida en que solo es posible tener una.

Esta pérdida no tiene reparacion.

Nadie ha calculado todavía la inmensa soledad que hay encerrada en la palabra *huérfano*.

Pero la muerte es así; no se detiene ante ningun respeto, no se para ante ningun dolor; es una hora que cuando debe sonar, suena irremisiblemente.

Hora que todos tenemos señalada en el reloj de nuestra vida.

Nadie quiere morir.

Esto es evidente; está comprobado por una série continua de experimentos que lo atestiguan cada dia, cada hora, cada instante.

Sin embargo, desde que el hombre aparece en el umbral de la vida empieza á dar pasos hácia la muerte.

Cualquiera que sea el camino que elija, sea cualquiera la direccion que tome, la muerte ha de salirle al paso.

La vida no es más que el camino que hay entre la cuna y el sepulcro; nacer es empezar á morir.

Hé aquí una verdad universalmente rechazada.

No hay uno á quien se le pregunte : «¿Qué tal?» que no conteste : «Vamos viviendo.»

Un niño que nace y un moribundo que espira son dos frases que completan un pensamiento.

El primero abre los ojos y dice llorando :  
«Esto empieza.»

El segundo cierra los ojos y dice balbuciendo :

«Esto acaba.»

La vida; hé aquí el gran edificio que la medicina quiere conservar.

Es un empeño curioso.

La ciencia trabajando para que el hombre viva, parece como que está empeñada en que no se borre el camino de la muerte.

La vida es la enfermedad mortal que todos padecemos.

La muerte; hé ahí una herencia forzosa cuyo título de pertenencia es la vida.

Don Angel Perez de Saavedra ha pagado este tributo.

Deja un nombre ilustre, un puesto en la Academia, un vacío, un inmenso vacío en su familia y un recuerdo permanente en la memoria de sus amigos.

Tambien este hombre ilustre fué político,

tambien fué ministro y orador, pero sobre todo fué poeta.

Nació y murió en nuestra época, lo hemos visto entre nosotros; su memoria está viva en el recuerdo de todos, apenas se ha cerrado su sepultura, y sin embargo el alma del duque de Rivas, ha vivido en otros tiempos.

En el órden cronológico de los hombres que han honrado las letras patrias, el duque de Rivas viene detrás de Calderon y de Lope.

Nació en el siglo de las luces, pero pertenecia al siglo de las letras.

No era esta su época, por más que haya vivido en ella.

Su muerte nos quitó un hombre y nos dejó una gloria.

---



---

## PACHECO.

---

Pacheco es la tercera celebridad que ha desaparecido.

Tambien un hombre político, sin llegar á ser un hombre de Estado, habiendo podido ser un gran jurisconsulto.

Su palabra era hábil, su talento fácil y su carácter débil.

Sabia mucho, queria algo, podia poco.

Como la mayor parte de los hombres políticos de estos tiempos, Pacheco servia más para destruir que para fabricar.

Su elocuencia parlamentaria podia muy bien acabar con el Gobierno, pero á él le era imposible crear otro.

Atacaba muy bien y no sabia defenderse ;  
temible en frente, inútil al lado.

Era en el Parlamento lo contrario de lo  
que era en el foro ; allí triunfaba acusando ;  
aquí vencía defendiendo.

Como ministro era un ministro más entre  
la turba ya innumerable de los ministros.

Quizá si Pacheco no hubiera sido un hom-  
bre político hubiera llegado á ser un grande  
hombre.

Su muerte ha sido una pérdida sin duda.

Para el Gobierno?—Cá!

Para los partidos?—Puede.

Para su familia una pérdida inmensa.

Para el foro una gran pérdida.

---

---

## VENTURA DE LA VEGA.

---

Ventura de la Vega es el que últimamente ha pagado á la muerte el tributo de la vida.

El viénes último presenció Madrid la triste ceremonia de su entierro; y el carro fúnebre que llevaba sus despojos mortales al último asilo llegó cubierto de flores y de coronas que á su paso le arrojaron desde los balcones enlutados del teatro del príncipe.

Ventura de la Vega no era un gran poeta, pero era un gran literato; su talento consistia más en la calidad que en la cantidad.

Si el duque de Rivas viene despues de Calderon y de Lope, Ventura de la Vega está delante de Moratin; á lo ménos es su rival.

Resplandecía en el claro ingenio de este español ilustre un gusto esquisito.

Poseía como ninguno el sentimiento del arte, rindiendo á la forma un tributo casi pagano.

Para Ventura de la Vega era bueno todo lo que artísticamente fuera bello; porque el arte era su gran secreto y su gran medio.

El artificio de sus creaciones está escondido tan maravillosamente dentro de la naturalidad, que engañan á primera vista.

Conocía el teatro como un actor consumado, y nadie como él sabía acomodar mejor las creaciones dramáticas á los recursos de la escena.

*El hombre de mundo es un modelo, y La muerte de Julio César un esfuerzo.*

Esta pérdida esperada y temida hace mucho tiempo, es quizá más sensible porque Ventura de la Vega ha muerto joven todavía, y porque ha dejado empezadas dos obras que hubieran completado su justísima fama y hubieran enriquecido la literatura española.

Se han encontrado entre sus papeles un acto de *Cervantes* primorosamente escrito, y que alguna vez habia leído á sus amigos, y ha dejado tambien otro acto y todo el plan de

una comedia que habia de titularse *La mujer de mundo*.

Ventura de la Vega no perdía nunca las condiciones de su ingenio, y hacia gala de su peregrino talento, lo mismo escribiendo que hablando.

Hay una cosa en la cual se conoce la claridad con que veía el uso á que estaba destinada su inteligencia. Jamás quiso ser hombre político.

Supo librarse de este funesto contagio en que tantos ganan lo que no merecen y tantos pierden todo lo que tienen.

La muerte de Ventura de la Vega, casi nos ha sorprendido; pues aunque la esperábamos, aunque la estábamos viendo llegar, no es lo mismo lo que se espera que lo que sucede.

Ya está enterrado; los hombres lo olvidarán pronto, pero las letras lo recordarán siempre.

---





---

## QUÉ HAY?

---

Esta es la pregunta que se escapa de todos los labios y que ha venido á constituir la fórmula precisa de todo saludo.

Se encuentran en la calle dos personas conocidas, se encaran la una con la otra, se dan la mano y á la vez se dirigen la misma pregunta.

Una y otra esclaman á un mismo tiempo :  
Qué hay?

El hombre más sábio no tiene inconveniente en descubrir toda la profundidad de su ignorancia preguntando incesantemente ¿qué hay?

Esta pregunta en virtud de una multiplica-

cion prodigiosa está á un mismo tiempo en todas partes.

Es más; cuando no hay á quién dirigirla ó cuando nadie contesta á ella, el hombre ménos reflexivo se detiene delante de sí mismo preguntándose: qué habrá?

Parece que ha llegado el momento de señalar la altura comun de los conocimientos universales que el mundo posee y que se ha abierto el periodo de un exámen general.

Por lo visto la matrícula de vecindad en que todos nos hallamos inscritos nos impone la obligacion de conocer á fondo la espinosa materia que diariamente se enseña en el curso de los sucesos.

No hay manera de entrar en una casa, de acercarse á un carro, de penetrar en un café, sin que la familia, los amigos ó los circunstantes no lo rodeen á uno encerrándolo en el circulo de esta pregunta:

Usted, qué sabe?

Y en verdad, qué hay que saber? ¿no lo hemos aprendido ya todo?

¿Qué extraña curiosidad es esta que se ha despertado repentinamente? ¿Qué rayo de luz ha venido á demostrarnos la oscuridad que nos rodea?

Y lo curioso es que esa pregunta no tiene más que una contestación.

Qué hay?

Nada.

Las conversaciones se agitan estancadas en el círculo estrecho que forman esa pregunta y esa respuesta.

Si los sucesos no fueran tan serios se reirían de los hombres.

Qué hay?

En sustancia nada de particular.

En rigor no sucede nada extraordinario.

Lo único raro, lo único que tal vez sea inexplicable, lo que acaso puede ser un verdadero misterio es nuestra curiosidad.

Imaginémonos un hombre que emprende un viaje y que toma el camino que más derechamente conduce al punto á donde se dirige.

A cada paso encuentra datos seguros de que aquel es el camino; pero este hombre repentinamente agitado por una extraña perplejidad se para y pregunta: á dónde voy?

Hace muchos años que vivimos en España; día por día se han ido tejiendo estos años delante de nuestros ojos; los hemos visto pasar uno á uno, pero hoy de repente como

acometidos de una duda terrible nos preguntamos unos á otros con inquietud profunda :

Dónde estamos?

Descendiendo al fondo de esa pregunta se encuentra la respuesta.

Dónde estamos? es una duda que afirma, una interrogacion que contesta, una sombra que nos alumbra.

Lo mismo decimos preguntando : ¿dónde estamos? que exclamando : ¡estamos perdidos!

Qué hay?

La cosa más natural del mundo, la más precisa para el órden de todas las cosas.

Hay esa relacion inevitable que encadena los sucesos ensartándolos unos detrás de otros como las cuentas de un collar, sin que ninguno pueda anticiparse al que lleva delante, ni posponerse al que le sigue.

Hay esa correlacion inflexible de la numeracion, en que el uno es el primero, el dos el segundo, el tres el tercero.

Hay esa continuacion irrevocable por medio de la que cada especie engendra á su especie, ese sistema de sucesion inalterable por medio del que todo hijo tiene padre, todo efecto causa.

Hay esa razon suprema que obliga á ser iguales entre sí á dos cosas que á la vez sean iguales á una tercera.

Hay en fin que el fuego quema.

Que la semilla brota.

Que el sol alumbra.

Que los ojos ven.

Que el cólera mata.

Que tres y dos son cinco.

Hay lógica.

Esto es, sucesos fatalmente incubados en el seno de otros sucesos.

Efectos producidos por causas que una vez puestas en accion no podian producir otros efectos.

Consecuencias rigorosamente deducidas de sus legítimos principios.

Hay lógica, esto es, hay lo que era imposible que no hubiera.

Hay esa sucesion de gotas de agua que llenan el vaso.

Hay lo que ha habido siempre, lo que habrá eternamente.

Eternamente el mal será mal sin que haya química posible que lo convierta en bien.

Hay órden ese órden profundo que los hombres no pueden alterar; ese órden que

ha puesto la muerte al fin de la vida como una consecuencia inexorable.

Hay lo que hemos hecho.

Se reúnen todas las circunstancias necesarias para que una cosa suceda; se combinan todos los pormenores indispenables para que un hecho se realice; tejemos uno á uno y poco á poco todos los hilos de la trama, pero cuando la cosa sucede, el hecho se realiza, el tejido se muestra, preguntamos llenos de asombro : qué es esto!

Cogemos un fusil, lo cargamos hasta la boca, lo disparamos y la detonacion nos llena de espanto y de sorpresa.

Qué hay? preguntamos llenos de afan, llenos de inquietud, precisamente cuando hay ménos que nunca, cuando no hay nada, nada, porque parece que todo se ha perdido.

Un escritor muy notable, más conocido por lo que podia escribir que por lo que escribe, dice que en los primeros dias del diluvio debió andar la gente por aquellos mundos llena de alegría.

Los más indiferentes á las prosperidades de la tierra ó como si dijéramos los más estraños al bien público no podrian ménos de asomar de vez en cuando las cabezas por los

agujeros de sus viviendas y restregándose las manos exclamar : « ¡qué buena cosecha vamos á tener este año ! »

Eran gentes ignorantes, y no pudieron pensar que aquellas que veían caer como un beneficio, eran las primeras aguas del diluvio en que se había de anegar la tierra.

Debe presumirse que algunos días después cambiáran de opinion, pues no debieron tardar mucho en encontrarse con el agua al cuello.

No es posible que después de tantos siglos nos encontremos nosotros ahora en una situación idéntica, pero la verdad es que hace mucho tiempo que andamos por el mundo restregándonos las manos y diciendo : « ¡ que buena cosecha vamos á tener este año ! »

Entre tanto el agua sube y sube y sube y parece como que ha llegado el momento de tenerla al cuello.

En vista de esto vuelvo á mi pregunta.

—Qué hay?

La misma pregunta exige la misma respuesta.

—Nada de particular ; lo que ha sucedido siempre, lo que no dejará de suceder nunca.

Que lo que es, es.

Que el diluvio es el diluvio.

Esto es lo que hay.

Ya sé yo que esa respuesta no puede satisfacer la minuciosa curiosidad de las gentes que se deshacen preguntando : qué hay? ¿pero esa pregunta, tiene acaso otra respuesta?

En resúmen.

—Qué hay?

—Nada.

—Qué se sabe?

—Todo.

—Dónde estamos?

—Donde debemos estar, porque no podíamos estar en otra parte.

---

---

## LO BUENO y LO NUEVO.

---

Cuentan, y debe de ser verdad, que asistiendo *Rossini* al ensayo de una ópera de *Verdi* desearon algunos amigos ó algunos enemigos de la música de este compositor saber la opinion del gran maestro acerca de la *partitura* que se estaba ensayando.

Casualmente este deseo les ocurrió cuando se estaba ejecutando el último acto, y tuvieron que esperarse á que concluyera.

Como todo tiene fin en este mundo, tambien lo tuvo el ensayo de aquella ópera, y entonces los curiosos acudieron á rodear á *Rossini*, esperando oír de su boca un fallo adverso ó favorable; pero el gran maestro

tuvo por conveniente no dar ni siquiera una nota.

Los amigos ó los enemigos de Verdi comprendieron que Rossini le habia puesto la sordina á su juicio, y que el gran instrumento no sonaba.

Entonces uno ó más curioso, ó más terco, ó más amigo, ó más enemigo de Verdi, se dirigió á Rossini y le dijo :

—Qué tal, maestro?

—Muy bien, contestó Rossini.

—Es admirable, replicó el curioso.

—Sí lo es, añadió Rossini; ya cuento setenta años y mi salud está firme como una roca.

Los circunstantes se quedaron con la boca abierta, pero pronto comprendieron *el quid pro quo* y soltaron la carcajada.

Rossini se volvió á su interlocutor y le preguntó :

—De qué se rien estos señores?

—Se rien, contestó éste, de que habeis tomado vuestra salud por la *partitura* que acabamos de oir.

Ah! exclamó el maestro, dándose un golpecito en la frente. Vos preguntábais por...?

—Cierto, dijeron todos.

—Qué graciosa equivocacion! prosiguió Rossini; pero crean ustedes, señores, que es muy natural; los viejos no pensamos más que en vivir; es el egoismo de los años, y estoy seguro de que me disimulareis esta equivocacion, si no ahora porque sois jóvenes, luego que sereis viejos. Para evitar la vejez no hay más remedio que la muerte, y he aquí la cuestion, nadie quiere morirse; los jóvenes no piensan en ello y nosotros sí, esa es la diferencia. Nosotros somos hoy lo que vosotros sereis mañana. Somos una gran cosa si se nos observa, y no somos nada si no se nos estudia; porque no somos más que un ejemplo. Conque imitadme, andad despacio y llegareis; para vivir mucho, creedme, hay que gastar poca vida.

Aquí hizo punto tomando el ademan del que se va. Uno solo se atrevió á detenerlo diciéndole:

—Pero nada nos decis de la partitura.

—Nada! replicó Rossini, os parece poco?

—Quisiéramos saber vuestra opinion.

—Mi opinion os la diré, puesto que quereis saberla. Hay en esa partitura mucho bueno y mucho nuevo. Estáis contentos?

Todos se inclinaron ante el gran maestro,

le abrieron paso con ese respeto que solo infunde el verdadero talento, y Rossini se dirigió á la calle.

Antes de atravesar la puerta le detuvo uno de sus amigos — iba á decir admiradores me he detenido, porque de Rossini es admirador todo el mundo—y le dijo *sotto voce*:

—He oido vuestra opinion. ¿Es esa en efecto?

—Esa misma, contestó Rossini.

—Me obligareis á creerlo?

—Lo creereis.

—Mucho bueno y mucho nuevo! Maestro, hablais sériamente!

—Voy á convencerlos, dijo Rossini.

—Veamos.

—Rossini le indicó algunos pasajes de la *partitura* preguntándole:

—No es esto nuevo?

—Nuevo es en efecto, le contestó su amigo, pero...

—Esperad.

Señaló otros pasajes y volvió á preguntarle:

—No es esto bueno?

—Bueno es sin duda alguna, pero Maestro...

—Qué! interrumpió Rossini, ¿mi opinion es falsa?

—No es falsa; hay en efecto mucho bueno y hay en efecto mucho nuevo; pero á vuestra opinion le falta algo.

—Completadla, pues.

—He ahí mi dificultad.

—Pues oid: Hay mucho nuevo y mucho bueno, pero entended que lo bueno no es nuevo ni lo nuevo es bueno.

No sé si ésto ha sucedido, pero puedo asegurar que pudo suceder. Ignoro si en caso de ocurrir, ocurriria de la misma manera que yo lo cuento, pero esto se salva, tomando el que lo lea la precaucion de no creerlo.

Pero cierto ó falso, auténtico ó inventado, así ó de otra manera, yo lo he referido porque vuelta del revés la partitura de Verdi viene á ser una cosa parecida á la situacion de estos dias.

Supongamos que Rossini es todo el mundo; que el curioso es cualquiera, y que la ópera que se ensaya es la ópera que se está ejecutando.

Sale un hombre de su casa y se encuentra con una milésima parte de Rossini bajo la forma de otro hombre.

Los dos se paran y se saludan.

—Qué hay? pregunta el primero.

—Nada nuevo, le contesta el segundo.

Se separan y cada uno sigue su camino.

A la vuelta de una esquina ó de otra ó en medio de una calle, ó al atravesar una plaza ó al entrar en una casa, ó al salir de ella, ó al subir una escalera, ó al bajarla, en fin, en cualquier sitio, el mismo de antes se encuentra á otro despues.

—Hola Mengano!

—Hola Zutano!

—Qué hay?

—Nada bueno.

Esto es lo que se repite por todas partes. La partitura de Verdi tenia mucho bueno y mucho nuevo; en la partitura que estamos cantando no encuentra nadie nada nuevo, ni nada bueno.

Esta opinion no es de Rossini, pero es unánime.

Sin embargo estamos tan contentos; cada uno canta su parte á toda orquesta y trina *piano*, *pianísimo*.

---

---

---

9 DE AGOSTO DE 1865.

Estamos frescos.

Escribo la frase anterior bajo el influjo de una temperatura de treinta grados, que si bien no son todos los grados de calor que se necesitan para que hierva el agua, son sin embargo suficientes para tener en activa ebullicion todas las malas pasiones que suelen esconderse en el fondo del corazon humano, como se esconde el cieno en el fondo de los estanques.

Es verdad que las malas pasiones no necesitan para hervir ninguna especie de auxilio de calor extraño, pues las vemos agitarse lo mismo en Julio que en Diciembre, lo mismo

en una temperatura de cuarenta grados centígrados que bajo cero.

Las malas pasiones llevan en sí mismas, ó mejor dicho, son ellas mismas el fuego que las hace hervir, así es que ó hierven ó no existen.

Pero sea la que quiera la causa íntima de este fenómeno, ello es que el estanque hierve profundamente removido, y que por una operacion inevitable y puramente mecánica el cieno, elevándose á favor del movimiento, se ha estendido majestuosamente por toda la estension de la superficie.

Si el caso pudiera encerrarse dentro del recinto de un individuo, este desgraciado sentiria inmediatamente la sospecha de que se hallaba enfermo, y el médico no tardaria mucho tiempo en asegurar que allí no veia él más que una espantosa revolucion de humores.

Un trastorno general.

La piel ardiente y abrasada por la accion de un fuego oculto dirá : «por aquí debajo va el incendio.»

El pulso impaciente, atropellado, tumultuoso, batiendo las venas en accesos bruscos é irregulares, dirá : «aquí está la calentura.»

En el largo catálogo con que la medicina ha clasificado las diferentes formas con que la vida dice: «Esto se acaba», semejante desorden tiene cien mil nombres, y lo que es más tiene cien mil causas, y lo que es más todavía tiene cien mil remedios, porque hay cien mil enfermedades, cien mil médicos y cien mil boticas.

En el fondo el hecho es siempre el mismo: un hombre que se muere.

El hecho tiene que ser esencialmente el mismo, porque sean los que quieran los términos en que el problema se plantee, no puede salir de la forzosa alternativa de dos soluciones que son siempre las mismas: ó el enfermo sana ó el enfermo muere; ó vive ó lo entierran.

Esta doble solución es la solución de toda lucha y toda enfermedad no es en el fondo más que el encuentro de dos enemigos irreconciliables: la vida y la muerte.

Ese fenómeno trasplantado del orden puramente físico al orden moral es el mismo fenómeno; es la misma enfermedad en distinta región; es la misma lucha en otro terreno; es el mismo problema planteado en diversa pizarra; es el mismo problema con sus mis-

mas soluciones, los mismos términos y la misma alternativa.

Allí se desencadenan los malos humores; aquí están desatadas las malas pasiones.

Aquello tiene cien mil nombres, dadle, pues, uno, cualquiera de los cien mil en que están clasificados los padecimientos humanos; esto no tiene ya más que un nombre, y por consiguiente no podeis darle otro; se llama la revolucion y es la revolucion, como el cólera se llama el cólera y es el cólera.

Si las enfermedades, sean los que quieran sus nombres, tuvieran voz, gritarian: «muera,» muera éste, muera aquel, muera el otro, muera ese, mueran todos.

Pues bien; la revolucion tiene voz y grita por todas partes: «muera,» muera esto, muera aquello, muera eso, muera lo otro, muera todo.

Bajo esta temperatura en que solo se respira de noche, como si fuera preciso esconderse para vivir, como si respirar fuera ya un delito.

Sobre este terreno encendido sobre el que todas las cosas andan como sobre ascuas.

En esta atmósfera en que relampaguean las miradas, abrasan las palabras y quemán

las manos, en que todo parece que ha adquirido la cualidad de ser combustible, en medio de esta hoguera tan bien dispuesta y tan pronta á encenderse, yo insisto en mi tema y repito mi fórmula : Estamos frescos.

Y no digo, que estamos frescos porque nos abrasamos; eso lo diría cualquiera; yo lo digo porque sé positivamente que detrás del verano está el otoño, y sé que para el otoño tendremos abierta una nueva válvula, para que puedan respirar con más desahogo, ¿quién diran ustedes? las ciencias, las artes y la literatura.

Al sentir esa ráfaga futura con que han soplado mis ojos las emborronadas letras de un periódico de esta mañana no he podido menos de exclamar : Estamos frescos.

Sí; se ha pedido autorizacion para abrir desde el otoño próximo un salon de conferencias públicas en esta córte, destinado á leer y pronunciar discursos científicos, artísticos y literarios con exclusion de toda idea política.

Como se trata de abrir una puerta y yo tengo observado que por las puertas abiertas unas cosas entran y otras cosas salen, unas cosas vienen y otras cosas se van, al ver venir una nube de discursos científicos, artísti-

cos y literarios, capaz de oscurecer la luz misma del sol, me he puesto á discurrir qué es lo que tendrá que irse.

Y dándole vueltas al asunto por los escondrijos de mi entendimiento, como se le dá vueltas entre las manos á un estuche, cuyo boton artificialmente escondido se escapa á la solicitud de los dedos que lo buscan, he caido en la cuenta de que no hay peor cuña que la de la misma madera.

Oprimiendo sobre sí mismo este extraño resorte se ha abierto á mis ojos la caja misteriosa, he visto todo lo que queria ver, y he dicho :

Adios ciencias, adios artes, adios literatura.

El charlatanismo puro y neto es la forma del nuevo diluvio.

Las ciencias hace tiempo que han empezado á sumergirse en el gran charco de la palabra, en el mar negro de los discursos.

Palabras, palabras, palabras.

Para la ciencia que es toda observacion.

Para el arte que es todo inspiracion.

Para la literatura cuyo secreto es el buen gusto.

Qué es esto?

Esto es una esposicion de sábios sin ciencia, de artistas sin arte, de literatos sin letras.

Qué es un discurso?

Un discurso son treinta ó cuarenta ó cincuenta hojas arrancadas del diccionario de la lengua, que están siempre á disposicion de cualquiera.

Son chaparrones de palabras, nubladados de frases que el orador hace descender sobre el concurso con la voz hueca y el aire hinchado.

Voces, ruido, gestos, manoteo y los aplausos de los amigos.

Qué es eso que se llama ciencia?

Son treinta ó cuarenta ó cincuenta años de silencio, de meditacion y de estudio.

Es toda la vida de un hombre, es toda la atencion de una vida, es el gran amor de un entendimiento, la gran pasion de las grandes inteligencias.

La ciencia es la verdad.

Qué es eso que se llama arte?

Arte es un secreto incomunicable que Dios ha depositado en el alma del hombre, para que dé al mundo testimonio de su alto origen.

Es un germen creador que se fecunda en

el espíritu humano cubierto con el velo de un misterio impenetrable.

Arte es la poesía, arte es la música, arte es la pintura.

El arte es el *quid divinum* que nadie aprende, que nadie enseña.

Es una concepción muda, lenta y solitaria que solo se realiza en el seno de las vastas inteligencias.

Es la triple visión de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.

Qué es literatura?

Una facultad exquisita, un tino particular, un tacto fino.

Una cosa muy rara, rarísima que se llama buen gusto.

La ciencia estudia, medita y descubre.

El arte se inspira y crea.

La literatura lima.

Son la sabiduría, el genio y el talento.

Hé aquí lo que está amenazado de un salón de conferencias públicas de una nube de discursos.

Y quién vá á dcurrir?

Los sábios, los artistas, los literatos? Imposible. Además, hay tan pocos! por otra parte, ¡ piensan tanto!

Hay sábios, hay artistas, hay literatos que hasta tienen el buen sentido de no *saber hablar*.

Quién charlará pues? claro está, los charlatanes.

Si no fuera la apertura de ese salon una imitacion reprobada de la industria que ha descubierto en Francia la codicia de algunos escritores, diria que era una invencion ridícula.

Pero ¿quién en estos tiempos de prosperidad se atreverá á llamar ridículo á un medio sea el que quiera de sacar dinero?

Este es el nuevo teatro que tenemos anunciado para el otoño.

---



---

---

## EL CAFÉ.

---

Por más que la admiración haya llegado á ser una cosa, digámoslo así, de mal gusto; por más que la demostración más patente de la ignorancia sea el asombro; por más que admirarse de esto ó de lo otro sea tanto como confesar que se está fuera del círculo luminoso de nuestra gran civilización, ó lo que es lo mismo, que no se sabe de la misa la media, hay sucesos que paran, que detienen al hombre en medio de su precipitada carrera y dándole una palmada en la frente con su propia mano le dicen: «admírate» y le obligan á admirarse.

Sí, la admiración es un síntoma de atraso, una señal de ignorancia, una muestra, lo diré, de embrutecimiento.

Es pasearse por el siglo anterior, viviendo en el siglo presente; es ir detrás de la sabiduría de la época, sin saber que ella va delante.

La admiracion es una forma de la sorpresa, y aun me atrevo á sostener que es la sorpresa misma.

Causan admiracion todas las cosas imprevisas, y si no se quiere así lo espresaré de otra manera, que aunque sea distinta, para el caso es lo mismo; todo lo que nos admira nos sorprende.

Lo inesperado es lo que causa en nosotros verdadera admiracion; lo que se espera no sorprende, lo que se sabe no admira.

Ahora bien; es preciso ser de todo punto ignorante ó imbécil para admirarse ó sorprenderse.

Los chinos han concebido la idea de la felicidad de un modo tan sóbrio que la representan bajo la imágen de una boca entreabierta llena de arroz.

Ahora bien; suprimase el arroz de esa boca entreabierta, y la imágen de la felicidad china se convierte inmediatamente en la imágen de la estupidez.

¿En qué se conoce al infeliz provinciano

que trasportado desde el rincón de su aldea se encuentra de repente y por primera vez en medio de la brillante y agitada capital de la monarquía?

Se conoce en que discurre por las calles mirando de un punto á otro encogido de hombros y con la boca abierta.

De esta manera espresa su ignorancia y su admiración, que viene á ser una misma cosa.

La admiración y la estupidez tienen una forma común, ambas se espresan de un mismo modo.

Una boca abierta, lo mismo pertenece á un hombre admirado que á un estúpido. Qué más da?

Pues bien; admirarse es un delito de lesa civilización, es un acto contrario á todas las leyes en que el hombre ha decretado la perfección de la humanidad.

Ante un prestidigitador que realiza cualquiera de las maravillas cuyo secreto ha sido descubierto por la agilidad de las manos, se admiran los niños y se sorprenden las mujeres; pero el hombre propiamente dicho ve los raros prodigios del prestidigitador sin admiración y sin sorpresa, porque está, digámoslo así, al fin de la calle.

Lo ménos á que queda reducido el hombre que tiene la simpleza de admirarse ó sorprenderse de algo, es á la condicion de niño ó de mujer.

Y los niños y las mujeres forman las dos colas de la humanidad, los dos grupos rezagados en este desfile humano.

Y en honor de la verdad, ¿de qué puede ya admirarse el hombre civilizado? ¿Qué puede suceder en el órden de lo extraordinario, de lo escandaloso y de lo absurdo que sea motivo verdadero de admiracion ó de sorpresa?

Pues hé aquí una noche en que aparece una gran masa de gente agolpada alrededor de la casa construida en el lugar que antes ocupaba el Buen-Suceso, y que con la boca abierta, contempla las mesas de mármol, los espejos y las molduras del nuevo café, que con el título del Imperial acababa de abrirse en la Puerta del Sol.

Quinientas personas trasportadas repentinamente de las últimas aldeas de España á la Puerta del Sol, no hubieran mostrado más admiracion que quinientos vecinos de Madrid, que empujándose y codeándose se disputaban la primera fila invadiendo las avenidas de la

calle de Alcalá y de la Carrera de San Gerónimo, estendiéndose en ancho semicírculo delante de las puertas de este nuevo café.

¿Qué habia que ver al través de aquellas puertas por las que entraban las curiosas miradas de la multitud, al mismo tiempo que salían el reflejo de las luces y el murmullo de la concurrencia?

Un café. Esto es, un salon cubierto de mesas y de banquetas, rodeado de divanes y de espejos, iluminado por numerosas luces de gas, dentro del que hervia otra multitud que, repartida en grupos al rededor de las mesas, bebia y fumaba, charlaba y comia.

Un café más en una poblacion donde apenas se puede dar un paso sin caer en un café, no se puede considerar como un espectáculo extraordinario bastante á despertar ni siquiera la impertinente curiosidad de esa multitud que hay siempre en Madrid dispuesta á pararse en la primera esquina donde encuentre el más ligero pretesto para matar el tiempo.

Qué es el café Imperial? Una multiplicacion de luces, de espejos, de banquetas y de mesas; una ampliacion de la Iberia, del Suizo, de cualquiera de los cien mil cafés en

que Madrid trasnocha, como si no tuviera nada que hacer al día siguiente, ó mejor dicho, como si no hubiera de amanecer.

Un lugar más ancho, donde con más lujo pueden los ociosos de todas especies consumir su vida so pretesto de matar el tiempo.

Pero en verdad, si por esta parte un nuevo café no es un suceso verdaderamente nuevo, es indudable que, marchando la presente humanidad al término supremo de sus grandes destinos de café en café, un nuevo café es un paso más en el camino del progreso.

Cualquiera que sea la admiración que el lujo deba despertar por sí mismo, es claro como la luz del gas, que la murmuración, hija de la ociosidad, que el movimiento activo de esta vida vagamunda que lo más florido de las letras, de la política, de la banca y de la elegancia hace en Madrid, tiene un nuevo templo donde ir á rendir culto á los dioses del siglo.

Ha coincidido con la aparición de este gran café el anuncio de un gran periódico; de manera que, al volver, digámoslo así, la esquina de estos últimos días, nos encontramos con dos elementos más de civilización y de adelanto.

Un café y un periódico vienen á ser dos cosas semejantes; son como las dos grandes válvulas por donde respira la sociedad moderna.

La única diferencia que hay entre estas dos instituciones consiste en que en los cafés se dice todo, y en los periódicos no se dice más que lo que se puede.

El café es una fórmula privada que ha tomado la vida pública de todos, mientras el periódico es una fórmula pública de que se ha revestido la vida privada de unos cuantos.

El café es al periódico lo que la palabra al pensamiento; todo lo que se piensa en las redacciones de los periódicos se dice en los cafés. La política al pasar de las hinchadas columnas de un periódico á las entretenidas conversaciones de un café varía completamente de aspecto.

Los cafés son el periodismo con notas, la sociedad ilustrada, el mundo moderno retratado por la luna de un espejo.

Hay periódicos que aspiran á la libertad del pensamiento; apenas hay café donde esa libertad no se realice.

Estos dos elementos se necesitan, porque uniéndose se completan.

Cada ciudadano necesita estar suscrito á un periódico; pero no hay ciudadano que no esté suscrito á un café.

Los cafés son los centros nerviosos del cuerpo social; una noticia dejada caer en un café, es recogida por la multitud antes que lanzada por un periódico.

En los cafés se sabe todo.

El café nuevo viene á ser como un nuevo centro de instruccion pública, y al mismo tiempo, oh combinacion de las grandes cosas! los cafés son asilos de beneficencia, donde pasan la noche muchas gentes que no tienen casas, donde encuentran amigos muchos hombres que no tienen ninguno, donde se dejan ver todos esos que se pierden de vista; donde, en fin, se encuentran unos y se pierden otros.

El dinero que consume un café no vale ni la mitad del inmenso caudal de órden, de amor al trabajo, de virtud y de talento que devora.

Ese mármol blanco, al rededor del que se sientan seis personas en medio ó en el rincón de un café, es insaciable, atrae como un abismo, y sujeta como una cadena.

Entrar en un café es como entrar en un

laberinto, del cual no se sabe salir; sentarse en la silla de un café, equivale muchas veces á quedarse cojo.

Un café es un libro lleno de citas.

Parece que el mundo se ha quedado á oscuras y que no hay más luz que la de los cafés.

Dice cualquiera : Dónde nos veremos?

Y dicen todos : En el café.

Parece que no pueden verse en otra parte.

Bajo el punto de vista del negocio, no hay especulación más productiva.

Para caer en la cuenta de los beneficios que produce este adelanto, hay que hacer el cálculo de esta manera : todo lo que pierde la concurrencia lo gana el café.

Diez mil cafés ganando incesantemente, suponen una población de 300,000 almas perdiendo progresivamente.

Qué es un café? Una costumbre en la apariencia, un vicio en el fondo. Véase ahora si costará caro.

El café es una parte privada de la calle, una casa donde se junta el público como en familia.

Es el primer escalon por donde se descien- de á los sótanos de la sociedad. Del café á la

casa de juego, de la casa de juego... etc.

Sí; los cafés pagan todos los años una contribucion de estudiantes reprobados, que se hacen unas veces periodistas, otras veces jugadores, otras veces empleados, segun caen las pesas.

Tambien recoge de los talleres su buena cosecha de menestrales, que al cabo de algun tiempo cambian la costumbre del trabajo por la costumbre del café, y si no se hacen periodistas, ni jugadores, ni empleados, se hacen políticos y viven esperando la primera barricada que se presente á la puerta del primer café que encuentran á la mano.

Tambien suelen dar por los salones de los cafés los primeros pasos de su carrera las mujeres que quieren añadir al comercio los artículos de su juventud y de su hermosura abriendo tiendas de encantos ambulantes.

Ellas suelen pasar por estos salones iluminados é hirvientes diciendo á la multitud con la sonrisa, con la mirada ó con el aire :  
«Allá voy.»

Cuantos las ven saben dónde van.

Pero esto no es más que un lado del asunto. Visto por el otro lado, un café es un rio de oro.

Y no sigo adelante porque he pronunciado la última palabra del *credo* moderno, es el símbolo de la fe de nuestros tiempos; el oro es la última espresion de nuestro siglo. Más allá del oro no hay nada.

---



---

---

UN VIAJE EN CUATRO CARTAS.

CARTA PRIMERA.

Vitoria, 16 de Agosto de 1865.

A mí tambien me ha tocado este verano salir de Madrid, sin duda alguna para que se verifique que este año esté todo fuera de su centro.

Y no es porque Madrid por ser Madrid sea mi centro de gravedad, pues creo que abandonado á mí mismo, como un cuerpo que se arroja al espacio caería en todas partes ménos en Madrid.

Pero es el caso que Madrid es una poblacion, y en esa poblacion hay una calle y en esa calle hay una casa y en esa casa hay un cuarto.



En ese cuarto hay un poder que me domina, una fuerza que me atrae, una voz que me llama; en ese cuarto vive todo lo que constituye mi vida; fuera de ese cuarto estoy como fuera de mí.

Ese cuarto es mi casa, en esa casa está mi familia.

La atracción ejerce su fuerza según dicen los matemáticos en razón directa de las masas y en razón inversa del cuadrado de la distancia.

Esto quiere decir que cuanto mayor es una masa más fácilmente atrae hacia sí á otra menor, y que cuanto mayor es la distancia entre una y otra la atracción es más débil.

Esta ley, que es, digámoslo así, la ley de orden público del universo, falla completamente en el orden de las atracciones morales, pues resulta que en este orden la atracción se verifica en razón inversa de la masa y en razón directa de la distancia.

Por eso un niño que es la menor cantidad posible de masa humana se ve que ejerce sobre su madre, que es una masa diez veces mayor, una atracción irresistible, y cuanto mayor sea la distancia que se interponga entre la madre y el hijo, mayor será la

atraccion . que el hijo ejerza sobre su madre.

Hé aquí porque conforme me he ido alejando del pequeño centro de mi casa he ido sintiendo cada vez más viva la atraccion misteriosa de mi familia.

De Madrid á Vitoria habrá poco más ó ménos cien leguas de distancia, que por medio del camino de hierro se corren en diez y siete horas.

Esto es alargar el tiempo ó acortar el espacio, y se verifica por medio de un mónstruo de cien ruedas que sale rugiendo y se lanza ciego, saltando unas veces por encima de los abismos, que parece que se cierran para que pase, hundiéndose otras en el seno de las montañas, cuyas rocas parece que se abren al sentirlo, dejando siempre en pos de sí la ráfaga fugitiva del humo de su respiracion ardiente como si quisiera dejar por un momento en el aire la señal de su paso.

El viajero encerrado en uno de los coches que forma los anillos de la inmensa serpiente, queda entregado á la voluntad ciega de la fuerza bruta, que arrastra un cordon de coches obedientes, prontos á hacerse mil pedazos al menor capricho de la formidable máquina, prontos á precipitarse en un abismo

á la menor debilidad de cualquier puente, prontos á estrellarse unos contra otros por el motivo más insignificante, por la indiscrecion más ligera.

La tierra huye espantada y como en tumulto debajo de las ruedas, y el horizonte lleno de curiosidad sigue sosegadamente la direccion del tren, como si dijera : vamos á ver en qué para esto.

Hé aquí todo lo que el viajero puede ver.

Esta manera de trasportarse es, digámoslo así, la fórmula del siglo, que traducida á la palabra significa ganar tiempo.

Tal debe ser el fin ; nadie corre tan desesperadamente si no tiene una urgente necesidad de llegar pronto, y por lo tanto la causa moral de esta velocidad desesperada debe encontrarse encerrada en estos términos : es tarde.

O es esto ó es que huimos espantados de algo que nos aterra ; quizá de nosotros mismos.

El vapor comprimido no es más que el motor inmediato, la fuerza física, y debe haber sobre esta fuerza otra fuerza, la fuerza de alguna razon.

Estas corrientes humanas precipitándose

por todas partes parece como que buscan un equilibrio que no encuentran.

Algo hemos perdido que no encontramos.

Yo me encuentro aquí á cien leguas de Madrid por una parte, á diez leguas de la córte por otra, casi puedo decir que estoy en Madrid.

Las distancias tienen muchas maneras de medirse, y puede uno encontrarse léjos de este punto ó del otro á pesar de la proximidad, ó muy cerca á pesar de la distancia.

No es el kilómetro la única medida.

Yo me pregunto ahora mismo: ¿Estoy en Madrid ó estoy en Vitoria? Es una cuestion de cien leguas más ó ménos.

Yo cruzo estas calles anchas y limpias y me parece que debiera estar en Madrid, pero oigo hablar á estas gentes, oigo sus gritos, sus disputas, sus conversaciones, y no ha llegado todavía á mis oídos ni una blasfemia, ni una palabra indecente, ni siquiera indecorosa; los niños y las mujeres pueden tener aquí los oídos abiertos sin que el pudor se ofenda.

Cuando veo esto me considero á cien millones de leguas de Madrid.

Y hé ahí una cuestion que someto á las

deliberaciones de la Academia de la lengua. ¿Cómo en Vitoria, capital de una de las provincias vascongadas, se habla mejor, mucho mejor que en la capital de la monarquía?

El viajero tiene aquí muchas cosas notables que visitar.

Aquí hay una granja modelo, un hospital modelo, una cárcel modelo, una Florida que es un bellissimo paseo, un Prado que es un prado verdadero; aquí hay, en fin, un pueblo modelo de buenas costumbres, tratable, respetuoso, fino y serio.

En la granja encuentra el viajero las máquinas más perfectas, inventadas para las tareas del campo; en el hospital encuentra un edificio construido con todas las condiciones propias de esta clase de establecimientos; en él todo está previsto.

La cárcel son dos galerías cortadas en cruz que cada una de ellas contiene á derecha é izquierda dos órdenes de calabozos; en el centro de esta cruz se levanta un altar á la altura del segundo orden de calabozos. Todo está combinado de manera que los presos puedan ver el altar sin salir del encierro.

Admira esta manera ingeniosa conque se facilita á los presos el cumplimiento de sus

deberes religiosos, admira el esmerado aseo que por todas partes se respira, la ventilacion y la luz, pero todavía admira más otra circunstancia.

En esta cárcel apenas hay presos; hoy solo encierra la cárcel de Vitoria siete criminales, pero, qué criminales! sus delitos solo merecen el nombre de faltas.

El palacio de la Diputacion es un edificio sencillo, sério; en él se han hospedado los Reyes á su paso para Zarauz, y está alhajado con esquisito gusto.

En el centro del edificio se encuentra el salon de sesiones, en el que se le pide cuenta al diputado general de los actos de su administracion.

Es como si dijéramos el salon de sesiones del Congreso, con muy grandes diferencias.

En primer lugar preside, digámoslo así, el salon una pequeña capilla, en cuyo centro se levanta un altar, y sobre el altar un hermoso crucifijo.

El ornamento principal de las paredes de la sala consiste en nichos, dentro de los que se ven las estátuas de los reyes y señores que juraron los fueros y cumplieron sus juramentos.

En este salon de sesiones no hay tribuna.  
O lo que es lo mismo : aquí no se charla.  
O lo que es más claro : aquí no se engaña á nadie.

Vitoria tiene tambien su casino, aunque los vitorianos tienen el buen gusto de no llamarle casino, sino gabinete de lectura.

En este casino, pásmense ustedes, no se juega.

Hé aquí una poblacion que adelanta sin estrépito, que se mejora sin escándalo, que se civiliza sin corromperse.

La administracion, las leyes, las costumbres, la tradicion, el carácter y las creencias de este pueblo forman una armonía perfecta en la que consiste el secreto de su bienestar, de sus verdaderos adelantos.

Ni un viajero puede detenerse demasiado, ni en el espacio de una carta cabe todo lo que yo quisiera decir en este momento, pero dejo para otra carta todo lo que no cabe en ésta, y concluyo sosteniendo mi tema.

De Madrid á Vitoria hay cien leguas de camino de hierro, pero el viajero vé á Madrid desde Vitoria á diez millones de leguas, que es la distancia que yo calculo que debe haber entre la verdad y la mentira.

---

## CARTA SEGUNDA.

Zarauz, 24 de Agosto de 1865.

El Océano es el más grande y el más profundo de los abismos; Zarauz está en la misma orilla del Océano y en Zarauz está la córte.

Tal es la situacion geográfica de las cosas.

Para venir á Zarauz desde Vitoria hay dos maneras, una tomando el camino de hierro y no parando hasta San Sebastian, y retrocediendo desde allí en la diligencia, en el correo ó en un coche particular hasta Zarauz.

La otra manera consiste en seguir el camino de hierro hasta Zumarraga y tomar allí un coche que pasando por Azcoitia, Azpeitia, Cestona y el pintoresco valle de Oiquina deja al viajero en Zarauz.

Los coches que desde Zumarraga hacen esta espedicion son notables por dos circunstancias; ellos han resuelto dos cuestiones importantísimas que entran como términos precisos en todos los problemas que traen inquieto al mundo moderno; son la base de

todos los cálculos; son dos cantidades indispensables para el desarrollo de todo movimiento.

Se llaman tiempo y espacio.

Los coches de Zumarraga han resuelto la cuestion del movimiento prescindiendo del tiempo y del espacio.

Estos coches salen cuando quieren y llegan cuando pueden.

Esto es en cuanto al tiempo; en cuanto al espacio los coches de Zumarraga no tienen limites, su capacidad es tal que caben en ellos todos los viajeros, sea su número el que quiera.

He dicho que caben y no es exacto; no caben, pero entran.

Salvados estos dos inconvenientes, que en cierto modo se compensan; pues si por una parte el viajero ignora de todo punto la hora poco más ó ménos que llegará al término de su camino, en cambio sabe positivamente que sea la que quiera la hora en que llegue, llegará aplastado por la doble presión del compañero de viaje que lleve á la izquierda y del que lleve á la derecha, salvados, digo, estos inconvenientes, el viajero puede, ya que no otra cosa, tender la vista por el va-

riado panorama que los más caprichosos accidentes de la vegetacion y del terreno van desarrollando sucesivamente á sus ojos como un interminable juego de paisajes.

A cada vuelta del camino, donde parece que la decoracion va á terminar, allí precisamente empieza una decoracion nueva.

Esta variedad resulta de la combinacion constante de unos mismos términos; todo consiste en la manera de presentar las mismas cosas.

Un monte, un valle, un rio; esto es lo que constantemente va viendo el viajero, esto es lo que combinado de mil maneras ofrece á cada momento las más caprichosas y las más risueñas perspectivas.

Los caminos serpentean en dóciles curvas por las faldas de los montes, salvan las alturas, descenden hasta el fondo de los valles y saltan por encima de pequeños rios sobre puentes ligeros y graciosos.

Los caseríos esparramados descubren tímidamente sus paredes blancas, y sus techos rojos medio escondidos entre los castaños.

Es imposible encontrar una soltera de treinta años con más accidentes ni una niña de quince con más caprichos.

La naturaleza se ha entretenido en jugar con la luz, con el aire, con la tierra y con el agua, y ha salido de sus manos esta série interminable y variada de perspectivas.

Por un contraste singular este país siempre verde es pobre, y sobre los caprichos de la naturaleza ha venido la necesidad á hacer útil lo que solo era bello.

La mano del trabajo, esto es, la mano del hombre se ve aquí por todas partes; no hay un palmo de tierra que no esté señalada por el paso de la necesidad, por esa madre activa de la industria.

He visto estensos maizales como suspendidos en las vertientes de los montes y he visto manzanos en sitios donde no sé si se atreverán á subir los pájaros.

Esta es una tierra verdaderamente surcada por el fecundo sudor del hombre.

Y como si la providencia quisiera recompensar pródigamente la dureza del trabajo no ha querido que este país sea rico para hacerlo alegre.

Estos montes no son montes de oro, pero son montes risueños; aquí no hay fausto, pero hay alegría; se trabaja, pero se vive.

Se echan de ver en estos pueblos desde

el momento que se los descubre dos edificios que sobresalen, que se distinguen entre los demás como si fueran las casas de los señores del pueblo.

Estos dos edificios son la iglesia y el municipio.

En Cestona he podido hacer una observación curiosa, que consiste en un dato enviable.

Comprende la feligresía de Cestona un vecindario de mil almas; pues bien, desde el día diez de Abril último que falleció una pobre anciana hasta antes de ayer que murió de sobre parto una jóven vecina casada, no ha tenido que abrirse la tierra para dar sepultura á nadie.

En el camino de Cestona á Zarauz se encuentra el precioso valle de Oiquina.

Hay un momento en que levantándose el camino sobre la falda del monte deja ver un estenso anfiteatro cuya belleza no puedo detenerme á describir, pero que recomiendo á las miradas de todos los que crucen ese camino.

Es una bellísima perspectiva.

Zarauz es un pueblo pequeño en el cual sin embargo cabe esa cosa grande que se llama la córte.

Madrid, pues, está en Zarauz.

La gente palaciega cruzando estos valles con sus trajes cortesanos, con su aire afectado, con sus maneras frias, con sus costumbres esquisitas, forman un singular contraste con los trajes, el aire, las maneras y las costumbres de estos pueblos sencillos, francos y trabajadores.

El frac que me ha parecido siempre ridículo me parece hoy detestable, y sin poderlo remediar me siento inclinado á reirme de los más respetables personajes, que con el frac colgado sobre los hombros discurren por estas calles como séres estraños, como costumbres raras.

La etiqueta no es artista.

La córte está de luto y esto proyecta como una sombra sobre el alegre pueblo de Zarauz.

No se ven más que trajes negros.

Hay gente, mucha gente, no falta ruido, se canta en el ayuntamiento, se baila en medio de la plaza; por las calles unos van y otros vienen; unos se saludan, otros se paran, algunos hablan.

De vez en cuando cruzan ricos uniformes, bandas, cruces; diez ó doce coches entran y salen diariamente.

En medio de esto se vé que no hay animacion ninguna; la córte sigue sus costumbres y el pueblo de Zarauz las suyas.

El luto de la córte ha impedido las fiestas que habia preparadas para obsequiar á los Reyes, y este pueblo tan trabajador y tan activo ha vuelto á sus tareas ordinarias.

Tal es el aspecto que presenta la córte en Zarauz.

Por lo demás las casas que forman la poblacion parecen traídas de una de nuestras mejores ciudades; parecen edificios que están aquí tambien de temporada: son palacios.

De Zarauz á Guetaria hay un camino que se levanta sobre el mar, formando una cornisa pegada á la roca; es como un balcon corrido de legua y media de estension que tiene por calle el mar, el mar tempestuoso de la costa cantábrica.

Para el dia 3 de Setiembre esperan aquí al Emperador y á la Emperatriz de los franceses. No tengo más que decir.

---

## CARTA TERCERA.

Zumaya, 28 de Agosto de 1865.

Hé aquí un punto en que se han juntado unas cuantas casas para formar un pueblo, tres rios para desembocar en el mar, y algunas familias para tomar baños.

Zumaya es un pueblo que, como todos los de estas costas, está situado en la última ondulacion de un valle que termina en el mar, y á la orilla de un rio que se entra en el Océano como Pedro por su casa.

Todo pueblo tiene aquí como circunstancias indispensables un valle y un rio, lo cual se comprende perfectamente luego que se averigua que aquí todo son valles y rios.

No es Zumaya de las mejores villas de Guipúzcoa, pero por lo mismo tiene sus ventajas para los que huyendo de Madrid sinceramente buscan la vida de campo sin los inconvenientes de la vida de la córte.

La buena sociedad, digámoslo así, que suele hacer tan agradable la vida de Madrid, hace insoportable la estancia en estas comar-

cas que invade todos los veranos, apoderándose de la costa desde Deva á Biarritz.

No hay nada más fastidioso que la vida de la córte en el campo, nada más desentonado que las costumbres de las gentes de tono en medio de esta naturaleza tranquila y de estas costumbres sencillas.

Huyendo, pues, de esa incomodidad que Madrid envia todos los años á estas costas, me he refugiado á este pueblo que la moda tiene todavía en un feliz olvido.

Aquí se puede pasar una temporada más ó ménos larga sin necesidad de traerse un gran equipaje, sin sastre, sin modista y sin peluquero.

Aquí no hay necesidad de vestirse más que una vez al dia, escepto los que se bañan, que están obligados á vestirse dos veces por lo ménos.

Es posible que esto sea ménos divertido, de seguro es ménos elegante, pero evidentemente es más cómodo y mucho más barato.

En cambio, los que venimos aquí nos condenamos voluntariamente á una triste oscuridad.

El mundo ignora que hemos venido aquí y que aquí estamos; nuestros nombres no

figuran en las listas de las personas notables y distinguidas que los periódicos de Madrid publican anunciando al mundo que cuarenta ó cincuenta, ó ciento ó doscientas personas más ó ménos distinguidas se bañan en Deva, ó en San Juan de Luz, ó en Zarauz, ó en la concha de San Sebastian.

El que venga aquí tiene que renunciar á esa celebridad.

Nuestras expediciones por la ria quedarán ignoradas, nuestras escursiones á Oiquina, á Arrona, á Cestona, nuestros paseos, unas veces hácia arriba, otras veces hácia abajo, quedarán sepultados en un profundo olvido.

Nuestras conversaciones no tienen eco, nuestras comidas no se ven, nuestros conciertos no se oyen; estamos aquí como escondidos.

Parece que no hay nadie, ni las bellas señoritas de H., ni la hermosa condesa de P., ni la amable vizcondesa de G.; no hay ni un ilustre escritor, ni un distinguido poeta, ni siquiera un opulento banquero, ni aun un ex-ministro, no hay, en fin, ni un diputado.

Estamos solos, tan solos, que no tenemos ni siquiera un cronista que saque á la vergüenza nuestros nombres, nuestros vestidos,

nuestras palabras, lo que hacemos, lo que decimos y lo que pensamos.

Esto es triste y además es injusto, porque nosotros tenemos también nuestro derecho á la celebridad; el mundo debe saber por conducto de cualquier periódico que nosotros estamos aquí tomando baños, que nos vestimos decentemente, que comemos todo lo mejor que es posible, que hablamos, que leemos, que escribimos.

No hay razón para que estando fuera de nuestra casa no haya un periódico siquiera que se meta hasta en lo más íntimo de nuestras acciones y refiera al mundo los interesantes pormenores de nuestra vida en Zumaya.

Pero tenemos que apechugar con este inconveniente; en cambio disfrutamos de una libertad envidiable, por la sencilla razón de que no tenemos ni un periódico siquiera que nos espíe, esto es, no estamos en espectáculo.

Zumaya es un conjunto de casas agrupadas al rededor de una iglesia, como una familia al rededor de la madre.

Se ve perfectamente, y esto hace más propia la comparación, que el edificio de la iglesia es el más antiguo, de la misma manera

que la madre es preciso que nazca antes que sus hijos.

Si yo fuera anticuario haria importantes averiguaciones ante los negros muros de esta iglesia que se levantan sérios y firmes sobre una colina que domina el resto de la poblacion; pero no soy anticuario y por consiguiente no sé hablar de lo que ignoro.

Lo que sé perfectamente, porque lo estoy viendo, es que la iglesia es lo que está aquí más alto, y que por cualquier parte que se dirija uno á ella tiene que subir.

No sé á qué órden de arquitectura pertenece, pero me parece admirablemente construida, pues está por su elevacion entre el cielo y la tierra, como la intermediaria entre Dios y el hombre.

Desde la plaza de la villa se observa en las casas cierto conato de formar calles, pero esta intencion la pierden pronto, y se las ve deramarse en un desórden bastante caprichoso.

Rara es la casa que no tiene delante su poco de huerta.

Por delante este grupo irregular de edificios medio campesinos medio ciudadanos, pasa la ria, que entra sosegadamente en el mar á muy corta distancia; por esta ria hay

que hacer una navegacion de medio kilómetro para ir al baño.

Aquí no hay noticias, ni sucesos; la vida de estas buenas gentes pasa como el agua de la ría, despacio y tranquila, y viven más porque viven mejor.

Estas cartas no son más que las hojas de mi cartera en las que hago mis apuntes, pues la naturaleza y las costumbres de estos pueblos merecen un libro, y yo si puedo he de escribirlo.

En Zumaya, pues, no ocurre nada de particular; aquí no llegan ni el tumulto ni la agitacion de las grandes poblaciones, y sin embargo, los mejores caminos de España son los que bordean estas montañas y saltan por encima de estos valles.

---

## CARTA CUARTA.

Zumaya, 6 de Setiembre de 1865.

Empieza á notarse en estas costas un movimiento verdaderamente reaccionario; obsérvase en casi todos los pueblos esa animacion que la multitud imprime lo mismo cuando se va que cuando llega.

La marea empujada desde Madrid hasta las orillas del Océano, empieza á bajar de la misma manera que subió; todo el mundo empieza á volverse atrás.

Digo todo el mundo, porque las gentes que han venido á pasar el verano á estas orillas han creído sin duda que no hay más mundo que el mundo que ellas llevan consigo.

Así es que si se pregunta:

—Cómo está Deva?

Contestan:

—Ya no hay nadie.

—Y Motrico?

—Desierto.

—Y Zarauz?

—Mañana se va la córte y no quedará ni un alma.

El espíritu ménos reflexivo se aflige ante la consideracion de que estos pueblos se van á quedar solos, porque hemos convenido en que donde no estemos nosotros no debe haber nadie.

Y sin embargo consuela la tranquilidad con que se quedan solos los pacíficos habitantes de estas montañas.

Nos ven ir lo mismo que nos vieron llegar; su ignorancia les oculta la horrible soledad en que vamos á dejarlos.

Ellos no saben que nosotros nos lo llevamos todo, el ruido, el fausto, los placeres, las pasiones y los vicios, la vida en fin, esto es, todas las agitaciones de la vida.

Infelices! Ellos se quedan solos, enteramente solos, sin más compañía que la de su felicidad.

Verdaderamente es extraño esto; nosotros tan poderosos y ellos tan felices; nosotros tan grandes y ellos tan buenos.

Nosotros trabajamos para ser felices, y ellos son dichosos porque trabajan; ellos se quedan y nosotros nos vamos.

¡Cuán difícil les será comprender la felici-

dad que nosotros disfrutamos, y cuán cruel es el tormento que debemos sentir al ver que son más felices que nosotros!

Este tormento consiste en el choque furioso de dos sentimientos contrarios; los compadecemos al mismo tiempo que los envidiamos.

Quisiéramos ser como ellos son, sin dejar de ser lo que nosotros somos.

Quisiéramos poseer la felicidad que ellos disfrutan, sin renunciar á la corrupcion que á nosotros nos consume.

Madrid es un gran pueblo; es la suma total de todas las grandezas; en él se reúne todo el dinero de España; en él se encuentran los hombres más ilustres en ciencias, en artes, en letras, en política; allí están los grandes oradores, los grandes generales, los hombres de estado, los grandes escritores, los grandes de España.

En Madrid se sabe todo, se aprende todo, se discute todo, se enseña todo; la civilización está allí en su punto más alto.

Digámoslo con orgullo: Madrid es un pueblo culto, es un pueblo sábio, es un gran pueblo.

¿Qué son, comparados con Madrid, estos humildes valles, estos pobres pueblos, estas

solitarias montañas, estos escondidos case-  
ríos?

Pues bien, qué diferencia! aquí atraviesa el viajero á pié y solo en medio de la oscuridad de la noche las continuas revueltas de los caminos que van de un pueblo á otro con más seguridad para su persona y para su dinero que el vecino de Madrid que atraviesa la Puerta del Sol á las doce del día.

Aquí no es posible encontrar un coche que nos atropelle ni un ratero que nos libere con mano maestra del peso del reloj, de la impertinencia del bolsillo ó de la incomodidad del pañuelo.

En Madrid se necesitan diez llaves para cada puerta, dobles puertas para cada casa, un sereno para cada calle, dos guardias civiles para cada esquina.

Aquí las puertas no tienen llaves, el sereno no es más que un reloj que canta la hora, una especie de mueble de lujo; la guardia civil tan necesaria y tan útil en las calles de Madrid es completamente inútil, absolutamente innecesaria en estas calles y en estos caminos.

Esto es indudable, pero en cambio el atraso de estos pueblos hace insoportable la

vida del hombre culto; no hay palacios, no hay salones, no hay garitos, no hay... nada.

Aquí no hay donde perder el dinero, ni siquiera donde perder la salud; qué digo, no hay hombres perdidos ni mujeres que se pierdan.

Aun más; no hay manera de perder el tiempo.

Madrid sumado arroja á la deslumbrada vista del aritmético esta suma fastuosa :

Cuánto placer!

Estas montañas, estos valles, estos case-  
ríos, estos pueblos sumados con igual exac-  
titud dan esta pobre suma :

Cuánta virtud!

O de otra manera.

Allí : que grandeza!

Aquí : qué ignorancia!

O mejor dicho :

Allí : qué adelanto!

Aquí : qué atraso!

Ellos se quedan y nosotros nos vamos; nos vamos porque en nosotros todo es fugitivo; se quedan porque en ellos todo es estable.

Y ya que hablamos de idas y venidas, bueno es que se sepa que ya no es Napoleón el que viene á Zarauz á visitar á la Reina,

sino la córte la que va á San Sebastian á recibir á Napoleon.

Media vuelta á la izquierda es lo mismo que media vuelta á la derecha, solamente que es todo lo contrario.

Esto no es más que un rasgo de política propiamente dicha; se trata de un huésped y la cortesía exige que salgamos á recibirle á la puerta de la casa, tanto más cuanto que el que viene es un Emperador y la que va es una Reina.

Quizá ese paso hácia San Sebastian es á la vez un acto de cortesía y una prenda de agradecimiento, porque al fin el Emperador ha tenido la munificencia de compadecernos, lamentándose con nuestro embajador de los continuos cambios de ministerios que se verifican en España.

Escribo estos renglones contemplando los mástiles de un viejo bergantin que está anclado en la ria.

En la punta del palo mayor se agita un gallardete rojo y amarillo.

Estos son los colores de la bandera española; que yo me esplico así en estos momentos:

Amarillo de ira y rojo de vergüenza.

---



---

## CINCO LEONES.

---

### I.

El circo de Price y el del Príncipe Alfonso van á luchar este verano como dos fieras que se disputan una presa. La presa que se van á disputar ya saben ustedes que es ese enorme trozo de carne humana que se llama público.

De manera que nos encontramos como un hueso entre dos perros hambrientos.

El circo de Price se ha preparado á la lucha armándose nada ménos que con las diez formidables garras de cinco leones.

El habrá dicho : «la cuestion es de fuerza ; pues ajustemos una compañía de leones capaces de comerse el mundo ;» y aquí está ya desafiando á su enemigo con toda una dinastía de reyes de la selva.

El leon es el primer cazador de la tierra ;

de manera que, bajo este punto de vista, el espectáculo va á ser curiosísimo.

Anticipándonos á los carteles, bien podemos anunciar la función diciendo: «Deseando Mr. Price complacer á sus constantes favorecedores, no ha omitido gasto ni fatiga para aumentar el interés de sus funciones, y tiene dispuesto un espectáculo permanente, lleno de variados juegos y de grandes emociones. Este espectáculo se titula: «la caza del hombre por medio del leon.»

Digamos, en honra de este saltimbanqui, que no se puede llevar más léjos el ejercicio gimnástico de devorar el dinero del público.

¿Quién tendrá valor para escaparse de las uñas de esta feroz emboscada? ¿Quién está seguro de no sentir en sus entrañas, esto es, en sus bolsillós, las corvas garras de estos formidables animales?

Tomando la cosa por otro lado, se vé que Mr. Price, apurado por el circo del Príncipe Alfonso, ha pedido socorro á las selvas, y han venido en su ayuda cinco leones. ¿Quién le tose ahora á Mr. Price? ¿Quién se atreverá á roncarle á un hombre que puede rujir por cinco bocas á la vez?

## II.

En una jaula proporcionada al número y calidad de esta clase de pájaros aparecen todas las noches con sus enormes garras y sus terribles dientes, con sus feroces miradas y sus profundos ruidos, en medio de un público doblemente animado por la curiosidad y por el miedo.

El terror tiene tan gran atractivo, que mil ó dos mil personas acuden todas las noches al circo de Price ansiosas de disfrutar por unos cuantos minutos el inmenso placer de aterrarse.

Hay una especie de gimnasia moral que debe producir hondas y agradables sensaciones y que consiste en tener el alma en un hilo.

De este hilo tira Mr. Price todas las noches por medio del salvaje mecanismo de sus cinco leones para llenar su circo con todas esas almas.

No hay nada que incomode, que irrite

tanto á los hombres, á las mujeres y á los niños como que los asusten.

¿Quereis tener un lance de honor con el más íntimo de vuestros amigos? Pues ocultaos una noche detrás de una esquina, esperadle y al pasar dadle lo que se llama un susto, y maravilla será que á la mañana siguiente, ó aquella misma noche, ó en el acto mismo, no tengais que mataros para dejar bien puesta la honra de ambos y destruido el susto.

¿Quereis que os aborrezca la mujer más tierna? Pues hacedle ver un dia, cuando más descuidada esté, que asoma por la bocamanga de vuestra levita la cabeza de un raton. Dará un grito, y poco será si no le da una convulsion, ó cuando ménos un desmayo, si no tiene á la mano otro accidente más expresivo.

De cualquier modo, tened entendido que desde ese momento sereis á sus ojos todo un monstruo.

¿Quereis que los niños os aborrezcan, que deseen vuestra muerte, que se alegren de vuestras desgracias y que os miren de reojo? Pues asustadlos con cualquiera de esos mil modos que se han inventado para asustar á los niños.

Yo los he visto en los brazos de sus madres y de sus nodrizas revelarse contra los halagos, contra las caricias, contra todo, resistiéndose al sueño con esa tenacidad perseverante que hasta ahora no se ha descubierto más que en las mujeres, en los niños y en la gota de agua que rompe la piedra.

Agotados todos los recursos, y solo Dios sabe los que tiene una madre para dormir á su hijo, he visto muchas veces apelar al remedio heróico.

Un golpe repentino dado detrás de una puerta inmediata; una voz hueca y cómicamente pavorosa, saliendo de una habitacion próxima, el susto, en fin, bajo cualquier forma, ha hecho el milagro que no habian podido conseguir ni las caricias, ni los halagos, ni el sueño mismo, que seria más tenaz que las gotas de agua que taladran las piedras si al mundo le faltára el doble encanto de los niños y de las mujeres.

Yo los he visto acurrucarse, esconderse en el regazo de sus madres, ahogar los sollozos, cerrar los ojos y dormirse de miedo.

Pues bien; los niños, las mujeres y los hombres acuden todas las noches al circo de Mr. Price á aterrarse por su dinero ante el

espectáculo de estos cinco leones que están haciendo furor.

El corazon humano es un saco lleno de contradicciones.

Los hombres, las mujeres y los niños van allí á comprar cada uno la parte de espanto que le corresponde de esta novedad del dia.

A las doce de la noche es preciso salir del circo de Price perfectamente aterrados.

## III.

Y en honor de la verdad el espectáculo es aterrador.

Ante los cinco leones encerrados en una jaula, el miedo no pasa de una conjetura, que empezando por la consideracion de lo que le sucederia al que se viera metido en aquella leonera, pasa, invirtiéndose los términos, á la posibilidad de que fueran los leones los que, civilizados por su comunicacion con los hombres y comprendiendo bien el espíritu del siglo, encontráran medio de protestar contra los hierros de la jaula, romper la cárcel que los aprisiona y hacerse libres.

El miedo, como se ve, no pasa hasta aquí de ser una hipótesis, por medio de la que cada uno lleva su terror á los términos que resultan de la discusion que consigo mismo entabla.

Mas esto es solo la preparacion mental del espectáculo; es la idea que por su natural

velocidad se anticipa al hecho; es la imaginación que nos asusta previamente, como si quisiera evitar que lo que sigue nos coja de susto.

Prevenido el camino por esas consideraciones, espera el término de la función con impaciente tranquilidad.

De pronto se aumenta el número de las fieras encerradas en la jaula; un nuevo león aparece entre los cinco leones. Este león tiene la barba larga, la piel bronceada, el vestido rojo y brillante; es un león que en medio de la calle cualquiera lo tomaría por un hombre.

Las previsiones del miedo son inútiles, pues apenas aparece dentro de la jaula esta sexta fiera, estalla entre la multitud un murmullo de horror, como si el caso que á su vista se ofrece fuera un suceso completamente imprevisto.

Entonces empieza una escena cada vez más terrible. El domador azota con su látigo los lomos de los leones, que se encogen y rujen y saltan á su alrededor formando una danza verdaderamente infernal.

Esto dura cinco minutos.

Tal es el espectáculo por medio del que Mr. Price ha puesto á contribución ese ar-

título de primera necesidad, que se llama moda.

Nuestros placeres han sufrido tambien su revolucion, y estamos ya en el periodo en que es necesario el sistema del terror.

El hombre no se toma ya el trabajo de asistir á los espectáculos públicos por la insulsa complacencia de divertirse; su corazon necesita emociones fuertes, y solo acude á donde pueda aterrarse.

Estamos en el romanticismo de los espectáculos públicos. Aquellos dramas en que moria hasta el apuntador tuvieron boga mientras no se averiguó que todo ello era pura farsa, y que el monton de cadáveres que dejaba tras sí cada una de aquellas obras se levantaban muy tranquilamente detrás del telon, y continuaban viviendo como si tal cosa.

Este descubrimiento habia de acabar naturalmente con el pavoroso interés de aquella literatura de puñal y veneno, y el drama romántico acabó.

Pero aficionados á divertirnos en el teatro con la ficcion de terribles luchas entre fieras humanas, empezamos á sentir un vacío que no llenaban ni los más trágicos accidentes de las corridas de toros.

Era preciso inventar un nuevo espectáculo capaz de conmovernos profundamente sin que fuera una farsa, pues ya no estábamos en el caso de dejarnos comulgar con ruedas de molino.

## IV.

En este estado poco más ó ménos se ocurrió el gran proyecto de las luchas de fieras, y España se despobló para acudir á este foco de civilizacion á ver como en medio de la plaza de toros de esta culta capital se las componia un toro de Veragua con un tigre de Bengala.

La prueba salió mal, porque el tigre, que no habia aprendido tauromaquia, prefirió dejarse matar por el toro á servir de diversion á los espectadores.

Entonces la fiera que estaba fuera del circo, se indignó de tal manera que, acometiendo furiosamente á la plaza, no la dejó asiento sano.

Este hecho memorable en los fastos de las barbaridades de este siglo civilizado, hizo pensar seriamente á los filósofos en la necesidad de no engañar al público dándole gato por tigre, y se abandonaron las fieras para echar mano del hombre.

Aquí empieza esa série de espectáculos, conocida en el mundo moderno con los nombres de la *escalera aérea*, el *salto mortal*, la *percha maravillosa*, los *doce trapecios*, etc., etc., en que el hombre, la mujer ó el niño que ejecuta el admirable ejercicio, está por espacio de media hora constantemente espuesto á romperse el bautismo en presencia de un público entusiasmado y atónito.

En esto no hay nada de farsa; y habríamos llegado ya al complemento de nuestra civilización si hubiéramos podido traer de la civilizada Inglaterra ó de los envidiables Estados-Unidos el gran espectáculo filosófico, moral y bursátil de los tiempos presentes.

Ese espectáculo en que dos yankees ó dos ingleses se desuellan vivos á puñada limpia.

Pero todavía no hemos encontrado en España dos hombres que quieran deshacerse el cuerpo á puñada limpia en medio de un gran concurso de espectadores que se juegan su dinero á la puñada más tremenda ó á la coz más formidable. Juego en el que el concurso, dividido en dos bandos, desea recíprocamente, la muerte, ya de uno, ya de otro, con el afán que los ingleses de Europa y de Ame-

rica desean las cosas cuando hay por medio unas cuantas guineas.

Hé aquí nuestro verdadero atraso; más debemos consolarnos, porque según el camino que esto lleva, todo se andará.

Ahora estamos en los leones; pronto llegaremos á los ingleses.

---

The first part of the work is devoted to a general survey of the history of the world, from the beginning of time to the present day. It is divided into three main periods: the pre-historic period, the classical period, and the modern period. The pre-historic period is characterized by the discovery of the first tools and the development of agriculture and domestication of animals. The classical period is marked by the rise of the great empires of the East and the West, and the development of the sciences and arts. The modern period is characterized by the discovery of the New World and the development of the modern world.

The second part of the work is devoted to a detailed account of the history of the world, from the beginning of time to the present day. It is divided into three main periods: the pre-historic period, the classical period, and the modern period. The pre-historic period is characterized by the discovery of the first tools and the development of agriculture and domestication of animals. The classical period is marked by the rise of the great empires of the East and the West, and the development of the sciences and arts. The modern period is characterized by the discovery of the New World and the development of the modern world.

The third part of the work is devoted to a detailed account of the history of the world, from the beginning of time to the present day. It is divided into three main periods: the pre-historic period, the classical period, and the modern period. The pre-historic period is characterized by the discovery of the first tools and the development of agriculture and domestication of animals. The classical period is marked by the rise of the great empires of the East and the West, and the development of the sciences and arts. The modern period is characterized by the discovery of the New World and the development of the modern world.

---

---

## SABER MORIR.

### I.

Todos los que son ó se consideran inteligentes han decidido casi por unanimidad que la señorita Civili es una actriz que sabe morir admirablemente.

Respecto á los demás puntos concernientes al mérito y cualidades artísticas de esta bella italiana, cada uno sale por su registro. Hay quien la pone en las nubes, hay quien la baja á lo más hondo del suelo, y hay, en fin, quien pretende dividirla en dos mitades para declararla á un mismo tiempo inimitable é insufrible.

La Civili, pues, es un problema que cada

cual resuelve á su gusto, quedando por consiguiente sin solucion.

Con estos antecedentes, los que se encuentren á bastante distancia de Madrid y no puedan acercarse buenamente al teatro del Príncipe y cerciorarse por el testimonio de sus propios sentidos del mérito artístico de la señorita Civili, están condenados á no saber á qué carta quedarse, y por lo tanto á ignorar si esta actriz es todo un demonio, ó simplemente una mujer, ó algo más que un ángel.

Y hé aquí nada ménos que á la reina del mundo, á la opinion pública, rompiéndose la cabeza contra la esquina de todos los periódicos y dando palos de ciego en asunto de tamaña importancia.

Pero sea como quiera, en este particular hay al fin y al cabo un punto en que todos los pareceres están conformes. La Civili sabe morir.

Esto tiene dos sentidos.

Por una parte es saber tanto como cualquiera, porque no hay nadie que no sepa morir con toda la perfeccion necesaria para quedar perfectamente muerto.

Y vean ustedes lo que son las cosas: si no

supiéramos morir llegaríamos á ser eternos, y resultaria el absurdo de que la ignorancia viniera á ser el camino de la inmortalidad.

Saber morir! ¿Dónde hemos adquirido este terrible conocimiento? ¿Quién nos ha enseñado á doblar la cabeza y á cerrar los ojos para siempre? ¿Qué arte nos ha dicho á todos: «así se muere»? ¿Qué ciencia nos ha descubierto el secreto profundo por medio del cual todos sabemos morir?

La Civili, bajo este punto de vista, no se distingue absolutamente en nada de los demás mortales; su génio no la levanta ni una línea siquiera de las demás mujeres; no pasa de ser una simple mortal; muere como un árbol que se seca, como una luz que se apaga, como un perro que acaba, como un hombre que espira.

Pero no es esto: la Civili lo que sabe es fingir la muerte; sabe tejer el artificio de una enfermedad, sabe retratar todas las angustias de la agonía, sabe, en fin, desplomarse sobre la escena como un cadáver.

¿Y esto es verdaderamente un mérito extraordinario? Vamos á verlo.

## II.

La Civili es mujer; nadie se atreverá á poner en duda esta afirmacion. Estamos en el principio del verano, esto es, en la estacion de los viajes de recreo, en la época precisamente de las expediciones de buen gusto, de las correrías de buen tono. Esto me parece tan innegable como que la Civili es mujer.

Ahora bien; elegid á la más vulgar de esas actrices que diariamente representan la comedia del lujo y de la moda en el teatro del gran mundo, y decidle que vuestro bolsillo ha menguado como la luna, que vuestros negocios están hechos un lio, que los baños pueden ahogaros, que un viaje puede arruinaros; en fin, que es preciso quedarse en Madrid ó tronar. Pues tronareis, porque inmediatamente vereis desplegarse como una nube la sombra de la enfermedad más oportuna, acompañada de esos inagotables torrentes de lágrimas, que las mujeres guardan

no se sabe dónde para poner á los hombres con el agua al cuello.

Vereis sobre el bello semblante la palidez incontestable de una oculta dolencia, vereis como se enturbia la mirada de una mujer que sabe estar enferma, escuchareis la tos más pertinaz que ha conocido el pecho humano, sorprenderéis estremecimientos nerviosos inútilmente comprimidos, y acabará por desplegar ante vuestros ojos asustados todo el lujo de las convulsiones conocidas con perfiles y pormenores que la ciencia no ha podido apreciar bien todavía.

Vereis, en fin, á la muerte, invadir poco á poco á aquella hermosa criatura llena de salud ocho dias antes.

Llamareis al médico, y el médico vendrá, consultará el pulso de la enferma, y lo encontrará nervioso, desigual, extraño, y arrugará las cejas, indagará todos los pormenores, estudiará atentamente el cuadro de síntomas, y os declarará formalmente que allí hay algo.

Lleno de zozobra preguntareis : «¿Es grave?» Y el médico lleno de ciencia, os contestará : «Quién sabe.»

A los dos dias de observacion científica,

el médico, con todos los rodeos necesarios y las salvedades del caso, os declara que la enfermedad es ésta ó aquella, ó la otra, ó la de más allá.

Hay varias medicinas con que acudir al socorro de aquella pobre moribunda, pero nada puede ser tan eficaz como los aires de este punto ó las aguas de este otro, ó los baños de una parte ó de otra.

Qué se ha de hacer! la salud es antes que todo.

## III.

La Civili no llega á tanto. Impresiona por un momento al público que la ve y la aplaude, pero nadie cree su muerte; todo el mundo está en el secreto, todo el mundo sabe que aquello no es más que una bella mentira.

La actriz del gran teatro, del gran mundo, es muy superior, engaña á su padre ó á su marido, ó á su amante, finge una enfermedad ante la que la ciencia se quita el sombrero y el médico receta.

La superioridad del genio se destaca incontestablemente en favor de la última; la primera lo hace por un aplauso, la segunda por un capricho.

Sabiendo enfermar, sabiendo morir, la Civili no hace nada que no sepa hacer la actriz más vulgar del gran mundo.

Hé aquí á lo que queda reducido el mérito de saber morir, que todos unánimemente concedemos á la actriz italiana. Muere bien,

muy bien, no se puede morir con más perfeccion sobre las tablas de la escena, y bajo el cielo de las bambalinas; pero digámoslo en nombre de la justicia, en los salones hay quien sabe ponerse á morir mucho mejor.

---

---

## UN CASTILLO EN EL AIRE.

Una de aquellas tres probabilidades con que contábamos para la construcción del teatro Nacional ha fracasado, porque ahora resulta que el solar de las Vallecas, sobre el que habíamos tenido la inocencia de tirar nuestras líneas, con la misma facilidad que hubiéramos podido deslizarlas por la dócil superficie de un plano inclinado, es incapaz para el caso.

Bien medido este solar que habíamos sumado con otras cantidades para obtener el total líquido del teatro, nos acaba de decir por conducto de los arquitectos, que la idea

es tan grande, que no cabe en aquel sitio.

Hétenos aquí obligados por la estrechez del solar, á irnos á otra parte con la música del teatro.

Nuestro proyecto, por consiguiente, no teniendo un palmo de tierra donde poner el pié, se ha de resignar por fuerza á ser uno de los grandes prodigios de la arquitectura moderna; esto es, un castillo en el aire.

Bien examinado el caso, nos encontramos conque nuestro proyecto ha sido plantado en medio del arroyo, ó lo que es enteramente igual, se le ha enviado á paseo.

Este proyecto es ya un vago más añadido á los innumerables vagos que se pasean por Madrid, quedando la comision como el verdadero solar del teatro.

Las comisiones suelen ser, mejor dicho, son siempre las sepulturas donde se encierran los proyectos. Cuatro nada ménos se han perdido en el laberinto de la comision nombrada con el fin de que examine los proyectos que se presenten para la construccion de una biblioteca nacional. Seis años hace que fué sepultado en el seno de una alta comision el gran pensamiento de una catedral.

Aunque por el órden establecido en los

tiempos presentes, el teatro va naturalmente delante de la biblioteca y de la catedral, una vez confiado al celo y á la actividad de una comision, será eternamente proyecto, como el de la catedral y el de la biblioteca.

---



---

---

## LA COMISION.

---

Comision es una palabra castellana, cuya verdadera significacion solo se encuentra traduciéndola al latin, pues así es como se percibe todo lo fúnebre de su sentido.

Decir comision, equivale á decir : *requiescat in pace.*

Entregar un proyecto á una comision es lo mismo que echarle tierra, es tanto como ponerle una cruz.

En la puerta de [la casa del salon ó del gabinete donde digan que se reúne una comision, debe escribirse : «aquí yace éste ó el otro proyecto.»

Sin duda los proyectos grandes y útiles han caido en la cuenta de que no deben ir

tan á escape como vamos nosotros, y han sugerido la idea de las comisiones para poder dormir á pierna suelta.

Probablemente habrá cierto fondo de prudencia en este propósito vago y superficial de los proyectos, porque averiguado que en los tiempos corrientes, nada bueno se hace bien por lo atropellados que caminamos, no llegando á hacerse nunca las cosas buenas, es absolutamente imposible que puedan hacerse mal.

Esto es lo que resulta aplicando la filosofía de la historia á las comisiones.

Claro es que, siguiendo el curso precipitado de la carrera que hemos emprendido, el proyecto del teatro, lo mismo que el de la biblioteca y que el de la catedral, nos los dejaremos á la espalda como señales, para que los que vengan detrás de nosotros puedan decir con toda certidumbre: «por aquí pasaron aquellos.»

---

## LOS HEREDEROS DE NUESTROS NIETOS.

---

Y aquí se me ocurre la duda de si las futuras generaciones vendrán detrás de nosotros ó irán delante; porque yo no sé aun á punto cierto si en el órden de cosas establecido voy yo detrás de mi padre, ó es mi padre el que viene detrás de mí.

Convendrá mucho aclarar esta duda, para que sepamos de una vez dónde está la cabeza y dónde está la cola de esta procesion; de otro modo nos encontramos perplejos, sin saber qué decidir entre los dos extremos de una cuestion que no tiene salida; esto es, que no tiene término medio.

Averígüese, pues, si procedemos de nuestros abuelos, ó por el contrario, venimos de-

rechamente de nuestros nietos. Y entiéndase que esta es una gran cuestion de órden público, de sucesion y de progreso.

Algo debe haber en favor de la idea de que procedemos de nuestros nietos, pues nos hemos declarado sus herederos, y estamos derrochando con la mayor tranquilidad toda la riqueza futura que podemos alcanzar con las largas manos del crédito.

De las generaciones que vienen hemos hecho, digámoslo así, nuestros prestamistas, y tomamos de sus cajas con toda libertad millones y millones, seguros de que la deuda que nosotros levantamos, son ellos los que la llevarán sobre sus hombros.

Un estadista sábio y curioso, y español, por más señas, reuniendo todas las noticias y datos necesarios, los ha sujetado al tormento inquisitorial de una operacion aritmética, obligándolos á cantar de plano; y le han dicho, sin encargarle el secreto, razon por la cual yo puedo repetirlo, que la riqueza actual del mundo civilizado viene á estar en esta proporcion: por cada real de vellon en efectivo hay... poca cosa, ocho millones de reales y pico en papel.

Parece que no se puede pedir más; pero

desengañense ustedes, que todavía seguirémos pidiendo.

Antes el mayorazgo derrochador, y aun sucederá probablemente lo mismo, firmaba *pagarés* cuyo vencimiento aplazaba hasta la fecha de la muerte de su padre, época en que habia de entrar de lleno en el goce de la herencia. Su garantía, pues, ante el usurero, era la muerte de su padre.

Nosotros hemos aprovechado el mismo procedimiento, haciéndolo universal é invirtiendo el órden de los términos. Esos hijos hacian la operacion sobre la sepultura de sus padres; nosotros la hacemos sobre la cuna de nuestros nietos. Antes la cosa era particular yendo de hijos á padres; ahora se ha hecho general, y va de hijos á nietos; antes eso era un despilfarro y una inmoralidad; ahora esto es ciencia y economía.

En honor de la verdad, aquel hijo era á la vez infame y tonto; infame porque negociaba con el cadáver de su padre, y tonto porque al fin él era el que tenia que pagar el capital y los intereses. Pero nosotros hemos atado mejor los cabos, y no somos ni tontos ni infames.

No somos tontos, porque realizamos la

operacion dejando á nuestros nietos el compromiso de pagar la deuda; y no somos infames, porque giramos contra las cajas de una generacion que todavía no ha nacido. ¿Qué daño se le puede hacer en esta vida al que aun no está en ella?

Véase cómo, siguiendo el orden moderno establecido para esta herencia universal, nos encontramos casi con un orden de sucesion enteramente nuevo, viniendo, por la accion lógica é inevitable de las cosas, á ser nuestros nietos poco ménos que nuestros ascendientes.

Mas todo esto puede ser el resultado natural de la velocidad con que marchamos, pues empujados por la fuerza irresistible de nuestro propio impulso, vamos tomando dinero y dejando proyectos.

No tenemos tiempo para otra cosa.

Vamos á escape, vivimos huyendo como si fuéramos criminales perseguidos que intentáramos librarnos de la justicia de la vida.

Nuestros relojes van siempre adelantados como si quisieran darnos tiempo para todo; pero, cosa singular, nosotros no tenemos tiempo para nada.

Conforme vamos adelantando, el curso del

tiempo va siendo más rápido; por eso son tan breves los últimos años de la vida, tan fugitivos los días, tan cortas las noches.

Estamos siempre tan de prisa, que no tenemos tiempo para pensar las cosas que hacemos, y así salen ellas.

Este correr en que estamos empeñados, como en la casa de un prestamista la única alhaja de un pobre, es un modo abreviado de vivir que nosotros hemos descubierto, pásese el mundo! para inmortalizarnos.

Los caminos de hierro acortan las distancias, y nosotros hemos acortado la vida.

Digan lo que quieran las fechas que trazamos al pie de lo que escribimos, como el testigo presencial del momento en que lo hacemos, la verdad es que tal *hoy* no existe, pues no hay hombre que á estas horas no esté viviendo en el día de *mañana*.

Ya estamos en ese punto desde el cual la rapidez de la carrera nos pone en el caso de empezar á vernos las espaldas.

---



---

!!! !!!

---

¿Querrán ustedes creer que anoche fueron sorprendidas en la calle más principal de Madrid tres ó cuatro casas de juego?

¡Admirémonos pensando como debieron admirarse estos garitos al verse sorprendidos por los agentes de la autoridad!

Treinta ó cuarenta tahures con la boca abierta, sorprendidos, admirados de encontrarse al volver la baraja con la autoridad en la puerta, es un cuadro igual, por el asombro, al mismo Pasma de Sicilia.

No se rian los espíritus elevados que han tomado esas alturas desde las cuales todo se ve; porque este juego no podia ser visto.

En el orden de las cosas futuras ésta no

tenia casilla; los mismos que pasan su vida viéndolas venir, están ahí con la boca abierta dando testimonio de que no esperaban semejante sorpresa.

Esa carta estaba fuera de la baraja.

Para comprender el asombro de los circunstantes al ver aparecer en medio del garito la figura de la autoridad, es preciso imaginarse un hecho inverosímil pintado con los colores de la realidad.

Nada de extraño habria, ninguna novedad encontraríamos en que hubieran sido los garitos los que hubieran sorprendido á la autoridad.

Hay casos, hay muchos casos en que la autoridad entrando en una casa tras la averiguacion de un delito ó en busca de un criminal se ha encontrado sorprendida con el espectáculo del juego; pero el garito sorprendido por la autoridad es admirable por lo absurdo.

A los que vivimos aquí nos parece increíble. Cuando la noticia llegue á oídos de los que no tienen idea de lo que son los garitos de Madrid, tomarán el caso al pié de la letra.

Supondrán que los tahures encerrados en el sótano de alguna casa cuya discreta apa-

riencia no descubre nada de lo que pasa dentro, tomadas todas las precauciones contra la sospecha; dispuestas las cosas de modo que la evasión sea fácil, se han visto á pesar de todo esto sorprendidos con las manos en la masa por los ojos de la autoridad.

El infeliz que esto crea, se equivoca; los garitos hace mucho tiempo que, digámoslo así, se pasean por la población con libertad completa.

Las casas de juego se ostentan como los cafés, como las fondas, como cualquiera de los establecimientos públicos de que Madrid está lleno.

Viven con las puertas abiertas de día y de noche, los jugadores entran y salen como Pedro por su casa; el ruido del dinero asoma de vez en cuando á los balcones, y llega hasta sonar en los oídos del transeunte.

Ese transeunte es amenudo la autoridad misma.

La luz que alumbra el tapete se escapa todas las noches por entre las persianas de los balcones, y se refleja en la pared de enfrente como un letrero que dice: «Allí se juega.»

Decir que ha sido sorprendida una casa de

juego es tanto como suponer que se ha sorprendido al guardacanton que impide la entrada de los coches en la calle de Sevilla.

Equivale á decir que se ha descubierto que el alumbrado de gas contratado por el ayuntamiento, para que los vecinos vean de noche las calles por donde pasan, no alumbraba.

Es lo mismo que si se dijera :

Ayer fueron sorprendidos por la autoridad dos ó tres ó cuatro teatros, cuyas funciones estaban anunciadas desde por la mañana.

No debemos admirarnos de esta sorpresa?

Además deben ocurrirse otras muchas reflexiones para que nuestra admiracion llegue á su colmo.

La primera que debe presentarse es esta :

¿Cómo la autoridad, que de suyo ha de ser grave y seria, se mete en una casa é interviene de una manera inmediata y activa en un asunto de puro juego?

Por otra parte, de qué se trata? Examinémoslo con imparcialidad y con mesura.

Se trata de unos cuantos hombres que al rededor de una mesa se comunican sus pensamientos y sus intereses por medio de unas cuantas cartas que van y vienen y traen y

llevan, y en cada una de las que hay siempre una letra en favor ó en contra, y generalmente á la vista.

¿Qué se diría si la autoridad asaltando una mañana la casa de correos penetrára en sus oficinas y violara el secreto de la correspondencia pública?

¿Cómo, pues, se ha permitido detener el curso de esta correspondencia particular?

Sorprender una casa de juego! Mi asombro es más grande que si me hubieran dicho: ayer fué sorprendida la Bolsa.

Y digo más grande, porque la bolsa se ve varias veces sorprendida en el bolsillo del que atraviesa ciertas calles de Madrid á las altas horas de la noche.

Sorprendido un garito! Ah! eso no puede ser más que un juego de palabras.

---



---

## LA MULTITUD.

### I.

Continúan las corridas de toros en el Teatro Real ó mejor dicho las butacas, los palcos y todas las localidades de abajo y de arriba del teatro de la plaza de Oriente se han transformado en los tendidos de la plaza de toros.

Ya sé yo que poco más ó menos el público es siempre el mismo, pero suele tener cierta semejanza con los cuerpos liquidos en virtud de que toma la figura de la vasija en que se deposita.

Por eso no parecia extraño que al mismo tiempo que era por la tarde un público es-

candaloso y feroz en la plaza de toros, apareciera culto y decente por la noche en el Teatro Real.

En el orden de las cosas parecia esto natural y lógico, porque cada espectáculo necesita un público propio y á propósito.

Una mesa redonda, por ejemplo, sobre la que hay una baraja llama necesariamente alrededor de su circunferencia á un público, digámoslo así particular, en el que cada individuo busca la llave del bolsillo ajeno en cualquiera de los naipes que forman el conjunto de la baraja.

No hay derecho para exigir á esta reunion de seres humanos ninguna de esas condiciones y circunstancias que se exigen á los hombres en la comunicacion ordinaria en que todos estamos obligados á vivir.

Jugador es una palabra, es un nombre que el diccionario definirá como quiera, pero que su verdadero sentido será siempre el mismo.

Jugador es el hombre que no tiene nada que perder.

Por más vueltas que se le dé al asunto y ya sea en el salon de un palacio ó en el desvan de una buhardilla, donde quiera que se

coloque esa mesa y esa baraja, surge inmediatamente el garito.

Esto es claro para todo el que haya llegado á comprender que el garito está en la baraja, como el ratero está en la ganzúa, como el pensamiento está en la palabra.

Pero acontece que desde el momento en que el jugador abandona la mesa del juego, suele convertirse en otro hombre.

Parece como que al cambiar de sitio cambia de sér.

Viene á ser como una traduccion que hace de sí mismo conservando el fondo y variando la forma.

Esta trasformacion convierte muy á menudo al tahir en caballero y aun me atrevo á decir que al jugador en hombre.

Así, el público es segun donde está.

Público es la reunion de gente que forma la sociedad de las plazuelas, pues no hay razon ninguna para que se le prive de ese nombre respetable.

Pues bien, elevad ese público al teatro de un salon y lo vereis inmediatamente cambiar de aspecto.

Es cuestion de forma.

Si os parece que es más difícil subir que

bajar, subvertid el orden del experimento.

Colocad en una plazuela al público de un salon y observareis el mismo fenómeno en sentido contrario.

Ya sabeis que media vuelta á la derecha es lo mismo que media vuelta á la izquierda, sin perjuicio de ser entre sí dos actos opuestos.

Si lo que estoy demostrando no fuera una verdad evidente, habria en el orden humano una inmensa injusticia.

El hombre se veria condenado á una prision perpétua y viviria constantemente encerrado dentro del estrecho calabozo de su propio sér, viéndose tan poderosamente sujeto al trabajo forzado de ser siempre el mismo.

Habria además una paralización completa de todos los miembros del cuerpo social en que cada individuo veria cerrado el paso por todas partes y renunciaria á todo movimiento como el hilo preso en la cárcel de la urdimbre.

## II.

Días atrás anduvimos buscando al público por los rincones de Madrid sin poder encontrarlo, pero hoy podemos decir con toda seguridad : ya pareció aquello.

El público tal y como Dios lo ha hecho, queriendo sin duda dar un testimonio auténtico de su existencia y no pudiendo por lo visto decir como Descartes : yo pienso, luego existo, ha formulado su prueba por medio de una soberana barbaridad.

Todo espectáculo requiere un teatro donde desenvolverse, y cuando el público determina hacer alguna de las suyas, no ha de ser ménos que el último de los autores dramáticos, ni ménos que cualquier saltimbanco, y eligió para que la función fuera más lucida el mejor de los teatros.

La acción del espectáculo merecía indudablemente que hubiera sido ejecutada en la espaciosa circunferencia de la plaza de Toros; pero á falta de este teatro, único digno de la

grandeza del suceso, se eligió para la fiesta el Teatro Real.

La empresa de este teatro ignoraba sin duda que el domingo en la noche el público se había encargado de dar la función y tuvo la imprudencia de anunciar por medio de los carteles la ópera en cuatro actos del maestro Verdi, titulada *Rigoletto*; como si una empresa por grandes que sean los sacrificios que haga en obsequio del arte y de la escena tuviese derecho á dar función ninguna cuando es el público el que quiere darla.

Habia aquí cuando ménos una usurpacion de potestad, porque el teatro, échese por donde se quiera, es del público, escepto en los casos en que no hay empresa que lo abra, pues entonces no es más que un edificio que pertenece al dominio particular; una casa desalquilada.

Ciertamente el empresario adquiere el peligroso derecho de dar funciones teatrales á costa de grandes desembolsos y en cambio de inmensos compromisos, resultando un contrato en el que la empresa se compromete á todo sin que el público se obligue á nada.

Muchas veces esta especulacion queda reducida á abrir de par en par los balcones

de la casa y arrojar á la calle las tres cosas que el hombre más estima ; su estimacion , su salud y su dinero.

Mas el público adquiere el bereço de disponer á su antojo de la salud , de la estimacion y del dinero de la empresa , en cambio de unos cuantos reales , en virtud de los que se hace dueño absoluto del teatro , decidiendo siempre con esa equidad y con esa justicia con que han fallado siempre las partes interesadas cuando han podido erigirse en jueces.

Con la razon suprema conque el rey de los animales decidió el litigio de aquella caza memorable de que nos dejó noticia Esopo.

El empresario del Teatro Real procedió, pues, con evidente ligereza disponiendo del local en una noche en que el público iba dispuesto á poner en escena la obra más ruidosa de su conocido repertorio.

El público es un resultado , una suma , una masa , que se realiza como todo conjunto , perdiendo cada una de las partes que la componen su modo de ser particular, sus circunstancias , digámoslo así , individuales ; desapareciendo la parte en el todo , como el real desaparece en el duro , como la gota de agua se pierde en el mar.

De aquí el que contribuyendo á ese conjunto que se llama público una coleccion más ó ménos numerosa de séres racionales, dé por resultado una masa cuyos actos son casi siempre irracionales.

Cuando esta masa tiene una cabeza que la dirija, una voluntad que la mande, una razon que la ordene, da por resultado un ejército con el que se llevan á cabo empresas gloriosas ó empresas infames.

Cuando esa masa tiene un gobierno que la ordene, una religion que la ilumine, una moral que la obligue, da por resultado un pueblo.

La multitud por sí misma y abandonada á sí propia no es más que la fuerza, y ni aun eso; porque muchas veces no es más que la apariencia de la fuerza.

Llenad un teatro ó un templo con esa multitud que se llama público y gritad de repente: «fuego» y vereis á ese conjunto de séres racionales lanzarse á las puertas y despedazarse con brutal empeño, obstinado en que un elefante pase por el ojo de una aguja.

Ella misma se cierra la puerta por donde quiere huir del incendio.

Esto sucede siempre, porque la multitud

no discurre nunca y está por lo tanto dispensada de todo sentido común.

Individualmente no vereis á nadie que se obstine en entrar en una casa por el agujero de la cerradura, pero toda multitud se despedazará mil veces antes que convencerse de que cien personas no pueden salir al mismo tiempo por el espacio de una puerta en que solo caben cuatro.

Tal es esa masa humana que llamamos público, y este público fué el domingo último el dueño del Teatro Real.

Comenzó la ópera y pasó el primer acto sin que ese soberano sin cabeza hiciera demostracion alguna de su soberanía; pero cayó el telon y apareció en el escenario un hombre, ese hombre sobre el que descarga siempre el público los rayos de sus silbidos.

Este hombre perpétuamente silbado anunció que la Rey Balla se habia indispuerto repentinamente y que la funcion no podia continuarse.

En este momento fué cuando el público dijo: «aquí estoy yo,» y comenzó la funcion, que parecia muy bien ensayada por la perfeccion conque fué puesta en escena.

La indignacion pública estalló en una tempestad de voces, de murmullos, de gritos y de silbidos.

Aquel tumulto, doblemos la cabeza, era un acto de justicia.

¿Acaso la empresa de un teatro puede tener la salud de un cantante á disposicion de la primera enfermedad que se le ocurra apoderarse de ella?

Además ¿cómo se atreve la empresa á anunciar una funcion, convocando á un público que se toma la molestia de ir al teatro, sin enterarse antes de si hay ó no algun accidente repentino que en la hora crítica invada la salud de la *prima donna* y haga imposible el espectáculo?

¿Puede darse un motivo más justo de indignacion?

¿Hay razon en el mundo para llevar al público al teatro y hacerle oír *de valde* un acto de una ópera, sin más motivo que la causa vulgar de una enfermedad repentina?

Es cierto que en aquellos instantes era absolutamente imposible preparar otra funcion que sustituyera á la anunciada.

Es verdad que no pudiéndose hacer eso, la empresa perdía todo el dinero que el pú-

blico recobraba; pero á la multitud ¿qué le importaba eso?

¿Acaso el público ha contraído con alguien la obligacion de respetar algo?

¿Dónde está la escritura en que por sí ó por medio de otro se haya comprometido jamás á discernir la razon de las cosas?

¿Por ventura seria público si no pudiera atropellar todo lo que se pone delante de su capricho ó de su instinto?

Y qué es una empresa ante un público?

O de otro modo:

Qué es la razon ante la fuerza?

---



---

## OPORTUNIDAD.

No se puede decir que España es una nación en la cual se atan los perros con longanizas, porque ni disponemos de los grandes tesoros que proporciona á la vieja Inglaterra su feudalismo mercantil, ni tenemos á la mano el pingüe mayorazgo del imperio en que está vinculada la hermosa Francia.

Es verdad que en nuestra pobreza no podemos disfrutar el fastuoso beneficio de las grandes miserias que se agitan en medio de la gran civilacion de esas dos grandes naciones...

Aquí por un atraso vergonzoso, conservamos aun los pobres, para los que, digámoslo

con cierta pena, todavía bastan los hospitales, las casas de misericordia, los hospicios y todos los asilos de caridad que nuestros atrasados abuelos nos dejaron como una pia memoria.

Pero no debemos afligirnos, porque la fórmula sustancial del progreso es esta: «todo se andará.»

Todavía no hemos podido recurrir á la fastuosa necesidad de abrir en nuestro presupuesto de gastos el gran capítulo del hambre pública; todavía estamos detenidos en la pobreza de la caridad sin haber podido llegar á desenvolver los grandes recursos de la filantropía.

Aun no hay en España un millon de obreros que lanzándose á la calle como una inundacion pongan el grito en el Gobierno pidiendo trabajo, ó lo que es lo mismo, pidiendo jornal.

Jornal es una palabra cuyo sentido ha alcanzado cierta extension; ántes no pasaba de ser esa cantidad diaria con que podia vivir una familia; pero por el engrandecimiento natural que han adquirido todas las cosas en esta grande época, el jornal es una suma que no solo comprende el valor de

todas las necesidades de la vida sino el importe de todos los vicios del mundo.

El pobre quiere tener tambien su prosperidad, quiere tener tambien su fausto, quiere, digámoslo así, corresponder al espíritu de su tiempo siendo millonario en pequeño.

No le bastan, y esto es natural, una comida sana, una cama limpia; quiere tabaco, quiere café, quiere billar, quiere banquetes, quiere queridas, quiere todos los placeres de la civilizacion, porque es claro, quiere vivir en su tiempo.

Pero se encuentra con un enemigo formidable, inflexible, que se llama capital.

El capital y el trabajo se encuentran frente á frente empujados por una misma necesidad.

Para el capitalista nada es bastante.

Para el obrero todo es poco.

El capital tiene derecho á la ganancia.

El hombre tiene derecho al trabajo.

Estos dos derechos se encuentran y luchan; toda máquina que le ahorre al capital el trabajo de cien hombres es un robo hecho á cien obreros; todo jornal que se pague pudiéndolo ahorrar una máquina es un robo que se hace al capital.

Eso es mi sudor, dice el trabajo.

Ese es mi dinero, dice el capital.

¿Quién pone límites á la creciente insaciabilidad de los capitales? ¿Quién contiene las necesidades crecientes de los obreros?

¿Quién no tiene derecho á ganar mucho? ¿Quién no quiere ganar más?

Estos dos llamados derechos no se limitan, ántes por el contrario, se invaden y no hay manera económica de armonizarlos, ni ley humana que los regule.

Por eso la vieja Inglaterra ha apelado al expediente de subvencionar su gran miseria como si quisiera perpetuarla; tiene su ley de pobres.

Por eso la jóven Francia ha recurrido al expediente de adular al trabajo bajo la forma de un bolsillo perpétuamente abierto sobre millares de cabezas de jornaleros.

El dia que la ley de pobres no alcance á toda la extension de la miseria que crece en la vieja Inglaterra, reventará como una caldera hirviente en que el vapor no tiene salida.

El dia que la nube del imperio no pueda derramar sobre la mesa de sus obreros, creciente en número y en necesidades, su lluvia

de oro, Francia reventará como Inglaterra.

Esto se vé con poco que se mire; pero ¿no son dos grandes pueblos, dos grandes naciones, dos grandes Estados?

Nosotros no hemos podido llegar todavía á semejantes grandezas; aun en España se entienden el capital y el trabajo; todavía el obrero tiene bastantes virtudes para no necesitar la mina inagotable de un jornal creciente; aun el capital es bastante humano para no ejercer en todo su imperio la crueldad de la ganancia; todavía el pobre puede vivir aquí de la caridad del rico; aun, en fin, no hemos llegado á esa formidable prosperidad que es en la historia de todos los pueblos la víspera del día de las grandes ruinas.

Confesémoslo ingénuamente; somos pobres, pero ya lo hemos dicho, todo se andará; estamos indudablemente en el camino, vamos detrás, pero al fin vamos.

Nuestro lujo crece, nuestros pobres se multiplican, nuestra deuda se aumenta; y nos es imposible vivir con lo que tenemos; el capital empieza á tener la sed insaciable de la ganancia, el trabajo empieza á sentir la sed ardiente del dinero.

*Más* : hé aquí el grito que empieza á salir

de todas las bocas : *ménos* ; hé ahí la voz que empieza á salir de todas las cosas.

Hemos comenzado á engrandecernos ; la medida de este engrandecimiento dirán algunos que es terrible ; pero yo digo que es exacta.

Hemos crecido tanto que empezamos á no caber dentro de nosotros mismos.

Sumad lo que hay , y ved lo que falta ; la diferencia es la medida de lo que nos hemos engrandecido.

Es una cuenta trivial , pero profunda ; es la simple comparacion entre lo que hay y lo que se necesita ; la diferencia entre lo que tenemos y lo que gastamos.

¡ Oh absurdo sublime concebido en las entrañas de la misma lógica ! Todo lo que tenemos de ménos es precisamente lo que tenemos de más.

Somos pobres , pero ah ! en cambio no queremos serlo ; nuestra riqueza es pequeña , pero Dios mio , ¿ por qué no ha de ser grande nuestro lujo ?

Hay poco dinero ? pues bien , añadámosle mucho fausto y la cuenta es redonda.

No es España tampoco un país del cual pueda decirse que está ciegamente enamora-

do de las letras y de las artes, y sin embargo, por un capricho muy tenaz en nuestros abuelos, España está llena de monumentos artísticos, y hay en su literatura obras verdaderamente monumentales.

No hay en estos tiempos más arte que el arte de hacer dinero, ni más letras que las letras de cambio; el monumento clásico de nuestros días es el camino de hierro; la lengua propia de nuestros tiempos es la lengua del telégrafo, lengua libre en que se han suprimido todas las partes de la oración que sirven para encadenar las palabras; el gran libro de nuestra época es el libro de la deuda.

Todavía sin embargo conserva el pueblo de España cierta veneración silenciosa hacia las letras y hacia las artes; todavía cree, espera y ama; todavía Cervantes es su gloria, Colón su orgullo, Hernán Cortés su héroe; aún los Reyes Católicos llenan con su nombre el ámbito de la Monarquía.

Este es un dique en que se detiene la corriente del siglo.

Hé aquí el obstáculo que nos sale al paso en el camino de las grandezas modernas.

Era, pues, preciso inventar algo en mayor

ó menor escala para que las letras y las artes empezáran á ser para los pueblos motivo de disgusto.

La oportunidad es el gran secreto de todas las cosas; porque hay en el tiempo un momento y en el espacio un lugar que deciden del éxito de todas las empresas.

Un paso más es mucho, un paso ménos es poco; un minuto más es ántes, un minuto ménos es tarde.

Todo el mérito de un reloj consiste en que la aguja llegue á las cuatro, á las cuatro en punto.

Pues bien, hace doce años lo ménos que la aguja de nuestra grandeza, encargada de ir señalando las horas bien contadas de nuestra prosperidad, corria en la esfera de Madrid buscando el sitio endonde habiamos de encontrarnos con el grandioso edificio de una gran Biblioteca y de un gran Museo.

La hora en que la aguja se ha parado es la hora presente, hora en que todo se debe por la sencilla razon de que no hay nada con que pagarlo.

Y aquí tenemos el *más* y el *ménos* de antes elevados al cubo, esto es, á *todo* y á *nada*.

El sitio donde la aguja se ha detenido es

el solar de la Veterinaria, precisamente junto á la casa de la Moneda.

La oportunidad es completa en el tiempo y en el espacio, en la ocasion y en el lugar.

Una Biblioteca y un Museo son dos cosas que han podido hacerse antes; por ejemplo, cuando se hizo el cuartel de la Montaña del Príncipe Pio, pero francamente eso hubiera sido interrumpir el órden lógico de las cosas.

El soldado es antes que el libro; más aun; los soldados se multiplican en razon de los libros; cuantos más libros inundan el mundo, más soldados necesitan los pueblos.

La sabiduría moderna parece un criminal que se pasea por el mundo rodeada de bayonetas.

Pudo hacerse entonces la gran Biblioteca, pero no se hizo porque no era aquella su oportunidad; entonces habia muchos millones y ahora no hay ninguno; esta es la cuestion.

Tratándose de un edificio monumental, como si dijéramos, del palacio de las letras y de las artes en la feliz ocasion en que no hay un cuarto, échese usted á buscar sitio para esta grande obra por toda la redondez de la tierra, y no es posible encontrar otro

más á propósito, esto es, más oportuno que allí precisamente junto á la casa de la Moneda.

Los que tienen la manía de ver todas las cosas oscuras, quizás digan que esto es triste.

Triste! y se ha colocado la primera piedra de esos treinta ó cuarenta millones que van á convertirse en Biblioteca y en Museo en medio de una fiesta nacional.

Triste! No lo debemos todo? pues si todo lo debemos ¿quien duda que tambien debemos alegrarnos?

Y aquí está la cuestion, esto es, la oportunidad.

¿Con qué ojos mirarán los pueblos esa gran fiesta celebrada en honor de las letras y de las artes?

Con los tristes ojos de sus bolsillos vacíos.

Hay dinero? pues hagamos cuarteles, hagamos una guerra, deshagámoslo todo, hagamos deuda.

No hay un cuarto? pues hagamos una Biblioteca, hagamos un Museo.

Hay miseria? pues hagamos una fiesta nacional.

---

---

---

## EL GRAN PODER.

---

Un publicista inglés, de cuyo nombre no me acordaría aunque lo supiera, ha dicho que los Parlamentos pueden hacerlo todo, escepto convertir en mujer á un hombre.

Como se vé, según esta autoridad, que no debe ser recusable, la omnipotencia parlamentaria extiende sus límites hasta ese punto en que la naturaleza ha depositado en una division permanente la perpetuidad del género humano.

Parece, pues, que en efecto el poder de los Parlamentos se detiene vencido ante esa ley imperiosa que obliga á las mujeres á ser mujeres y á los hombres á ser hombres, sin que el más hábil libre-cambista haya podido

dar con el secreto de una transaccion por medio de la cual pueda verificarse en el mercado de la especie humana el cambio mútuo de esos dos artículos.

Hacer de un hombre una mujer: hé aquí el extremo ante el que cae desfallecida la accion poderosa de la fuerza parlamentaria.

Si esto es así, hay que reconocer en la naturaleza una prevision admirable, pues sólo sospechando la posibilidad de que apareciera un poder humano tan formidable, capaz por la estension de su fuerza de conmoverlo todo, de confundirlo todo, de trastornarlo todo, pudo sentir la necesidad de guarecer el secreto activo de las generaciones en la inflexibilidad de la ley inmutable que hace á la mujer, mujer, y al hombre, hombre.

Un Parlamento, en virtud del múltiple poder que resulta de la mayoría, tiene facultades legales, y por consiguiente legítimas, para trasformarlo blanco en negro, para convertir la luz en sombra, para hacer, en fin, que tres y dos no sean cinco.

Es la fuerza del número elevada á las decisiones de la razon; es la cantidad triunfante; es la masa victoriosa; es la verdad vencida por la suma.

Tener razon, no es tener nada ; tener número es tenerlo todo ; la mitad más uno ; hé aquí el gran molde en que se funde la razon moderna.

Todo aquello que no se funde en el numeroso argumento de una mayoría, es cosa averiguada que no tiene derecho á ser verdad.

La naturaleza por lo visto previó este caso y consideró allá á su manera que dejando al arbitrio de los poderes parlamentarios la facultad de poder convertir los hombres en mujeres , podria llegar un momento en que el reloj de la humanidad se parara , so pretesto de que se le habia acabado la cuerda.

Ya sabemos que la naturaleza tiene un vivísimo interés en que el mundo marche , en que la sucesion de las especies no se interrumpa, en que los ocultos resortes de su elaboracion continúa no se gasten.

Esto se comprende con solo observar el cuidado que ha puesto al esconder á las miradas de los hombres el secreto de todas sus operaciones, sin que la más vigilante policia de las ciencias humanas haya podido descubrirlo.

Y en verdad que hubiera sido muy grave falta construir la magnífica armonía del uni-

verso para ponerla en manos del hombre; hubiera sido tanto como construir la curiosa máquina de un reloj perfecto y entregarla á las manos inquietas de un niño.

Hubiera sido pues realizar una obra y condenarla en el acto mismo de ser realizada á una destruccion completa.

Calculemos lo que el hombre haria con el universo, si lo tuviera en su mano, por lo que hace consigo mismo.

La naturaleza, digámoslo así, quiso prevenirse sin duda contra la última usurpacion parlamentaria, poniendo fuera del alcance de las mayorías la facultad de hacer una mujer de un hombre, persistiendo con una tenacidad que parece invencible en que la mujer sea mujer y el hombre hombre.

Observando esto, sin duda alguna el estadista inglés ha señalado como límite insuperable, puesto á la accion del poder parlamentario, la imposibilidad de convertir á un hombre en mujer; y claro está que como no sea en mujer, tiene facultades amplias para convertir al hombre en todo lo que quiera.

Acercas del uso que suele hacer de estas facultades, hay tan numerosos ejemplos, que constituyen verdadera mayoría.

Pero por muy largo que sea el publicista inglés, me parece á mí que en esta ocasion se ha quedado corto; pues el poder parlamentario no tiene ni ese último límite siquiera.

La naturaleza no ha hecho más que esconder el secreto de la forma y ha dejado al arbitrio de los poderes parlamentarios la trasformacion de la esencia.

En efecto; de un niño recién nacido la naturaleza hace evidentemente un hombre, labra con lenta seguridad aquella materia delicada hasta que completa su obra; pero yo pregunto, ¿no puede la accion poderosa y activa del parlamentarismo hacer una mujer de ese hombre?

Concédaseme siquiera que el punto es discutible.

Yo confieso ingénuamente que las mujeres no pueden ser más que de un modo segun la naturaleza, pero ¿las mujeres y los hombres no pueden ser de distintas maneras segun la civilizacion?

¿No concebís una cara de hombre, un cuerpo de hombre, una voz de hombre con alma de mujer?

¿No habeis visto nunca hombres que por sus costumbres y por su carácter debieron

ser mujeres y que solo son hombres por una simple atasquería de la naturaleza?

Decidme: ¿hay algo que *afemine* tanto como el lujo en toda la estension de su poder y de su atractivo?

Vosotros no sabeis á dónde vá á parar esa pregunta y me contestareis al golpe: nada.

Pues bien, vuelvo á preguntar:

¿No es el parlamentarismo el gran lujo de la palabra?

Decidlo con franqueza: ¿conoceis algun lujo más caro que ese lujo?

Yo supongo que alguna vez, por interés ó por curiosidad, os habreis asomado á la ventana de algun Parlamento y que, ó por curiosidad ó por interés, habreis aplicado al ruido y al espectáculo los oidos y los ojos.

Pues bien, respondedme:

¿Qué habeis oido?

Con alguna que otra escepcion habreis oido siempre voces de hombres.

Y qué habeis visto?

Yo os lo diré: Casi siempre habeis visto luchas de mujeres.

Ahora bien: ¿puede la omnipotencia parlamentaria hacer una mujer de un hombre?

¿No empezais á sospechar que el publicista

inglés se ha quedado corto por más largo que él sea?

Pues ahora volved la cara hácia otro lado de la cuestion.

Decidme: ¿qué es lo que todo español echa de menos todos los dias?

O de otro modo :

¿Qué es lo que todos buscamos como la solucion de tantas angustias, como el término de tantas agitaciones, como la única esperanza de tantos temores, como la X, en fin, de este problema?

Un hombre.

Esto es lo que buscamos ; un hombre , un hombre que no parece por ninguna parte.

Como Diógenes, ¡ y qué exacta es la comparacion ! con nuestra linterna en la mano escudriñamos los rincones de la plaza pública buscando un hombre, pero ese hombre no lo encontramos.

Descendamos de la historia á la fábula.

Aquí hay un gato y un cascabel; ¿pero quién pone el cascabel al gato?

Para esta operacion necesitamos un hombre.

Sí, exclamamos todos, un hombre; pero nosotros mismos nos replicamos diciendo : Ese hombre donde está?

Pues bueno; en una sociedad, en una nacion, en un pueblo donde no se encuentra *un hombre* ni para un remedio, ¿no se puede decir que en ese pueblo, en esa nacion ó en esa sociedad todos son mujeres?

Riámonos de la naturaleza porque en rigor ha ocultado inútilmente su receta; hemos adquirido y perfeccionado un poder verdaderamente moderno, por medio del cual todo podemos hacerlo, incluso una mujer de un hombre.

---

## UNA COMEDIA.

---

El derecho, la razon... hé aquí las dos grandes palabras del siglo, las dos grandes invocaciones de la edad presente.

El derecho ante el que parece que todo el mundo se descubre; la razon ante la que parece que todo el mundo se arrodilla.

En nombre del derecho se intenta todo, en nombre de la razon todo se acomete.

Pero qué es eso que llamamos derecho?

Una cosa muy sencilla; es todo lo que se quiere y principalmente todo lo que se puede.

En una palabra, el derecho es la fuerza.

El derecho es esta razon que voy á decir en latin para mayor claridad: *quia nominor leo.*

El derecho es un puñado de oro, la punta

de una espada , el resultado feliz de una intriga hábil , una infamia triunfante , una iniquidad victoriosa , una combinacion irresistible de la fuerza y de la fortuna.

Derecho es una palabra cuyo sentido es este : *Exito*.

El derecho tiene una apelacion suprema , última , definitiva , concluyente ; la apelacion á la fuerza.

Los estudiantes de *Derecho* al salir de las aulas de la Universidad tendrán probablemente la candidez de creer que se llevan , digámoslo así , en la cabeza el gran secreto de la armonía humana.

Es una ilusion como otra cualquiera.

Puede que algunos , muy pocos , hayan comprendido en toda su estension la fuerza del derecho ; pero si hay alguno que haya penetrado en la profundidad del asunto verá que no lleva en sustancia más que una idea vuelta del revés , un principio cuyos términos están invertidos.

La fuerza del derecho no tiene en el mundo más que una dificultad , que consiste en una inversion profunda del orden de las palabras.

Contra la fuerza del derecho , el derecho de la fuerza.

Y qué cosa es la razon?

La razon, hemos averiguado que no puede ser en sustancia más que la mitad más uno.

La razon es la cantidad, el número, la masa.

De quién es la razon?

De los más.

Es decir, de quien no ha sido nunca; y permítaseme que me adelante y rasgue el velo de lo que está por venir, y añada: y de quien no será jamás.

Una votacion; hé aquí el último paso de la razon humana.

Una guerra; hé aquí la última demostracion del derecho humano.

Es derecho lo que se puede, es razon lo que se quiere.

¿Quién me tose á mí con una mayoria cualquiera?

¿Quien se atreve á mi derecho teniendo yo delante un ejército formidable?

Mi razon se compone de doscientos votos.

Mi derecho se apoya en la razon suprema de cuatrocientas mil bayonetas.

Aquí se nos presenta nuestra majestuosa civilizacion desnuda como un gladiador del circo romano.

Aquí estoy yo, dice, y enseña los puños. Voy á discutir á cachete limpio, voy á convencerlos á cañonazo seco.

El derecho será del que venza, la razon del que triunfe.

Convencer, es un verbo que se rie de sí mismo; vencer, esa es la gran palabra.

La guerra es la gran demostracion, no se ha encontrado otra.

Hace cinco siglos que salimos de la edad media, la historia lo dice; pero la historia miente. La verdadera edad media es esta.

No se puede vivir sin tener la mano puesta sobre la empuñadura de la espada.

Estamos en ese momento en que la razon va á hacer fuego y en que el derecho va á desenvainarse como una espada.

La guerra es el gran suceso; el dinero está aterrado sin saber á qué carta quedarse; todos los intereses tiemblan; cada uno echa sus cuentas y suma y resta segun sus cálculos; pero en medio de todo la civilizacion está satisfecha.

Se habla de la guerra en todas partes, es verdad, y se habla con interés, con inquietud, con miedo, pero se considera como una calamidad y no como una barbarie.

Esto ya es algo ; sigamos adelante.

Si la guerra no hiciera bajar las bolsas , si no detuviera el activo movimiento del comercio , si no apagara el brillo del lujo , si no detuviera el suntuoso movimiento de nuestros placeres , si , en fin , nada absolutamente tuviéramos que perder en ella , la guerra seria hasta un magnífico espectáculo , un suceso capaz de mantener viva y ansiosa nuestra curiosidad por espacio de un año entero.

La guerra seria para nosotros como la apertura de un gran teatro.

Un millon de hombres devorándose en una série de sangrientas batallas , ¿no seria un asunto verdaderamente digno de nuestro interés teatral , de nuestra curiosidad , de nuestras conversaciones y de nuestra diversion , si pudiéramos obtenerlo completamente de valde ?

Se habla de la guerra , como podia hablarse de un mal negocio.

Se mira como un suceso que puede costar muy caro.

Se suman los millones que pueden perderse , el rio de oro que va á derramarse , las fuentes de riqueza que van á cegarse.

Lo demás qué importa ?

Hé aquí lo que nos tiene verdaderamente afligidos.

Esto va mal, muy mal, soberbiamente mal; todo se vé negro, como si los ojos se hubiesen vestido de luto.

Se experimenta esa tristeza, ese desaliento que produce la soledad... la soledad del dinero.

Yo diria que parece como que no tenemos á dónde volver los ojos, si no me pareciera más propia otra manera de espresar el mismo pensamiento.

La manera es esta : parece como que no tenemos dónde meter la mano.

Todos los bolsillos están consternados.

En este triste estado de los ánimos ha venido una voz que sonando de esquina en esquina por medio de las letras gordas de los carteles ha hecho brillar á nuestros ojos un rayo de esperanza.

Los carteles sériamente pegados á las esquinas, como pobres que piden limosna con permiso de la policía, empezaron á dejar caer en los ojos de los transeuntes estas hermosas palabras :

*« Bienaventurados los que lloran. »*

La oportunidad de esta voz era incontes-

table y la multitud afligida se precipitó hácia el teatro del Príncipe buscando en la escena su bienaventuranza.

Iba buscando, guiada por la promesa del cartel, la felicidad de su propia afliccion.

Pero allí se encontró con una comedia. Una comedia no mal urdida y bien representada, y nada más, porque la voz del cartel no era otra cosa que el título de la comedia.

Se llama así, como yo podia llamarme César.

Es cuestion de nombre.

Bienaventurados los que lloran: es un título cuyo pensamiento no está en la comedia; sin duda alguna no se ha atrevido á salir de los carteles, y por un exceso de temeridad ha llegado á estamparse en la primera página de la obra; pero no ha pasado de allí.

Está en esa primera hoja, como en los rótulos de esos frascos maravillosos que campean en las tiendas de los perfumistas estan estas palabras solemnes: «No más calvos.»

Palabras de gran efecto, indudablemente escritas allí para gente de medio pelo.

Bienaventurados los que lloran: este es el título y nada más que el título, porque la

comedia es un conjunto de personajes que todos ellos son bastante infelices.

Bienaventurados los que lloran: esto es, dichosos aquellos que sufren con piadosa resignacion y con santa alegría la prueba de la desgracia.

En la comedia no hay nada de esto ni por el forro.

Es una comedia que se está burlando de su título.

Digámoslo de una vez: es una verdadera comedia.

---

---

## LA TRAGEDIA.

Ha publicado don Julian Romea un libro cuyo título es *Los héroes en el Teatro*. Reflexiones sobre la manera de representar la tragedia.

Su propósito es hacer ver que el arte se pervierte en cuanto se aparta de la naturaleza, que aquello que no es natural no es verdadero y lo que no es verdadero no es bello.

Se propone demostrar que la tragedia no debe tener una manera especial de representarse, que los héroes son hombres, que las acciones heroicas son hechos humanos y que la hinchazon no es la sublimidad.

Y en tésis general tiene razon el señor Romea y deficiende admirablemente su manera de hacer el papel de Julio César en la tragedia de Ventura de la Vega.

Pero, de la verdad que en tésis general demuestra, se deducen dos verdades particulares, una propia de los tiempos presentes y otra particular de la obra trágica de Vega.

La primera es que la tragedia ha muerto, y la segunda es que *La muerte de Julio César* no es tragedia.

Los defectos que en la representacion del papel de Julio César se le han atribuido á Julian Romea, son precisamente los mismos defectos que Ventura de la Vega ha introducido en su obra, como una reforma del género.

La accion de una tragedia es una cuerda cada vez más tirante, hasta que á fuerza de tirantez se rompe.

Y para que sea completa, ó lo que es lo mismo, verdaderamente trágica, es preciso que la cuerda se rompa por lo más gordo, faltando á la regla universalmente establecida de que la soga se quiebre siempre por lo más delgado.

El género, sin embargo, intentado por Ventura de la Vega en su tragedia *La muerte de Julio César* y seguido por Julian Romea en la representacion del papel principal, no tuvo, digámoslo así, éxito; sin duda ninguna porque la mezcla de lo cómico y de lo trágico se lo reserva la sociedad presente para su gran teatro, para su gran obra, para su género particular y característico.

Lo que Julian Romea demuestra en su libro con atinadas reflexiones, está demostrado en la historia presente por medio de una série de hechos incontestables.

La época en que vivimos no puede ser más trágica, y sin embargo, el género de literatura en que se representa no puede ser más cómico.

Es la catástrofe en sainete.

He dicho que la accion trágica es una cuerda tirante, muy tirante, cada vez más tirante, hasta que llega el momento supremo, y, *paf*, se rompe.

Y he añadido que para que la accion trágica sea completa, es preciso que se rompa por lo más gordo.

Pues bien; hace muchos años que se está representando en el teatro moderno la gran

tragedia titulada «La Bolsa», cuya accion, semejante á la cuerda de que he hablado, y siguiendo el género misto cómico-trágico, ha ido presentando á la faz de los espectadores sus alternadas peripecias, por medio del recurso dramático conocido con el nombre de tira y afloja.

La Bolsa, para que lo entendamos bien, es el gran nudo de la cuerda, el lazo cómico en que todo, impulsado por la fuerza de la accion trágica, habia de caer más tarde ó más temprano, segun el movimiento artístico de los sucesos.

Un lazo, aunque se vea en los hermosos cabellos de una mujer rubia, es siempre una trampa, y una trampa es siempre una broma, una gracia, un chiste.

Engañar es divertirse.

Mas caer en la trampa es una cosa seria, inevitablemente grave, verdaderamente trágica.

La trampa es el epígrama, la burla; caer en la trampa es la catástrofe.

Hasta ahora ha marchado la accion de la tragedia cambiando papeles segun el caso y las circunstancias del momento, subiendo y bajando el interés, ya de un papel, ya

de otro, según las exigencias de la acción principal; y hoy por tí y mañana por mí, la cosa ha seguido adelante cayendo y levantando.

Unos reían otros lloraban, saboreando unos las delicias de la comedia, y espantados otros ante los sublimes horrores de la tragedia.

Los dos géneros marchaban hábilmente unidos por la mano de los sucesos, que es la mano más diestra y más fecunda para eso de hilvanar y tejer acciones dramáticas.

Unos caían y otros se levantaban; las narraciones eran siempre entretenidas; unos contaban sus desgracias, otros contaban su dinero.

Entre tanto con una progresión artística envidiable la acción dominante se iba condensando en el fondo de la obra; el pensamiento iba deshaciéndose de todos los pormenores inútiles y adquiriendo su forma precisa y definitiva.

La Bolsa es la parte más gorda de la cuerda y al llegar el momento culminante de la tragedia, *paf!* la cuerda se rompe por donde debía romperse, esto es, la Bolsa revienta.

Y para que el suceso llegue por lo estra-

ordinario á los últimos límites de lo trágico y de lo cómico, de lo sublime y de lo ridículo, la Bolsa revienta de vacía.

Esta es la perfeccion del género intentado por Ventura de la Vega y seguido por Julian Romea.

Es la comedia en las entrañas mismas de la tragedia, el chiste en la catástrofe.

Y todo esto llevado á cabo con una sencillez admirable, con una naturalidad encantadora.

Es una cosa que sucede con esa facilidad, con esa sencillez con que tres y dos son cinco.

La Bolsa: hé aquí el gran pensamiento, la gran fórmula donde estaba encerrada la tragedia, donde se ocultaba con ese instinto artístico que dispone las grandes sorpresas, la catástrofe, la majestad del trueno gordo.

Y qué es la Bolsa?

La cosa más sencilla, más natural, más pueril, más alegre del mundo.

La Bolsa es un juego.

Jugar á la Bolsa, hé ahí la comedia.

La Bolsa, hé ahí la tragedia.

Lo que Ventura de la Vega intentó en *La muerte de Julio César*, lo que Julian Romea

ha querido demostrar en su libro, estaba ya hecho.

¿Quién no se ríe del espectáculo que se agita ante sus ojos? ¿Quién no se aterra de lo que ve?

¿Sucede algo que no sea verdaderamente cómico? y sin embargo, ¿todo lo que sucede no es terrible, no es trágico?

Ahora mismo ocurre una cosa que hace reír y que hace llorar al mismo tiempo.

Es un chiste que el ánimo no sabe como recibirlo.

La Bolsa baja, esto es natural, pero ignorábamos que tubiera una compensación.

Creíamos que bajando la Bolsa todo bajaría.

La Bolsa es la cabeza de la humanidad presente y esa cabeza ha caído: ¿quién había de levantarse sobre la humanidad decapitada?

Ni siquiera nos quedaba el recurso de poder levantar los ojos al cielo.

Pues bien la Bolsa baja y... parece mentira, el pan sube.

El pan por las nubes y la Bolsa por los suelos.

¿Se puede imaginar nadie una cosa más cómica y más trágica al mismo tiempo?

¿Quién ante este inesperado movimiento de la Bolsa que baja y del pan que sube no se quedará con la boca abierta de admiración ó de hambre?—

FIN DEL LIBRO DE MEMORIAS.

---

# ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Cuestion luminosa. . . . .	5
Fausto. . . . .	9
Cuenta de una semana. . . . .	17
Mr. Pietrópolis. . . . .	25
El carnabal de 1866. . . . .	31
La Academia de Medicina. . . . .	41
La Homeopatía. . . . .	47
Adelina Patti y Mario. . . . .	55
Har-hee y San-hung. . . . .	67
Alcalá Galiano. . . . .	75
El duque de Rivas. . . . .	77
Pacheco. . . . .	85
Ventura de la Vega. . . . .	85
Qué hay? . . . . .	89
Lo bueno y lo nuevo. . . . .	97
9 de Agosto de 1865. . . . .	105
El Café. . . . .	113

	<u>Págs.</u>
Viaje en cuatro cartas.. . . . .	125
• Carta primera. . . . .	Id.
Carta 2. <sup>a</sup> . . . . .	133
Carta 3. <sup>a</sup> . . . . .	140
Carta 4. <sup>a</sup> . . . . .	146
Cinco leones! . . . . .	153
Saber morir. . . . .	167
Un castillo en el aire. . . . .	175
La comision. . . . .	179
Los herederos de nuestros nietos. . . . .	181
i i i ! ! ! . . . . .	187
La multitud. . . . .	193
Oportunidad. . . . .	205
El gran poder. . . . .	215
Una comedia.. . . . .	223
La tragedia. . . . .	231

FIN DEL ÍNDICE.

2499(2)

49363

# CATÁLOGO

DEL

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION

## OBRAS CIENTIFICAS.

- AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)—*El matrimonio*, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas, 6 rs. en Madrid y 7 en provincias.
- ALCUBILLA.—*Código penal*. Edicion enciclopédica, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.
- ALONSO Y RUBIO (F.)—*Clinica tocológica*, hechos de distocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 págs. Obra de texto, 16 rs. en Madrid y 20 en provincias.
- ANAYA.—*Elocuencia forense*. Cuatro tomos en 4.º, 80 rs. en Madrid y 88 en provincias.
- ARAGO.—*Astronomía*. Un tomo en 8.º, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

- BADIOLI. — *Método teórico-práctico de la lengua italiana*. Un tomo en 4.º, 30 rs. en Madrid y 32 en provincias.
- BALAGUER (V.) — *Historia de Cataluña*. Cinco tomos en folio, 350 rs.
- BARROSO. — *Ensayo sobre declamacion*, 16 rs. en Madrid y 18 en provincias.
- BELADIEZ (J. M.) — *Manual de contabilidad de establecimientos penales*. Contiene además todas las Reales órdenes, órdenes de Direccion é instrucciones vigentes en la materia: un tomo en 4.º, 19 rs.
- CÁMARA. — *Espíritu moderno*. Un tomo en 8.º, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.
- CAMUS. — *Preceptistas latinos*. Un tomo en 8.º mayor, 15 reales en Madrid y 18 en provincias.
- CAPMANY Y MONTPALAU (A.) — *Efemérides ó Museo histórico*, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales países: dos tomos en 8.º prolongado, 24 reales en Madrid y 28 en provincias.
- CASAS. — *Diccionario del notariado*, 320 rs. en Madrid y 350 en provincias.
- CASTELAR. — *Discursos*. Un tomo en 8.º, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.
- CASTELLANOS. — *Arqueología*. Tres tomos en 8.º, 34 reales en Madrid y 40 en provincias.
- CASTRO Y SERRANO (J. de) — *España en Londres*. Correspondencia universal de 1862. Un tomo en 8.º, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.
- *Animales célebres*. Un tomo en 4.º, con láminas, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.
- CATALINA. — *La mujer*, apuntes para un libro, tercera edición: un tomo en 8.º mayor, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

GAUME.— *Manual de confesores*. Un tomo en 8.º mayor, 20 reales en Madrid y 22 en provincias.

HENRION.— *Historia general de las misiones*. Cuatro tomos en 4.º con láminas, 226 rs. en Madrid.

HUMBOLDT BERGENNE.— *Tratado de las enfermedades de los ojos*, traducido por D. Manuel de la Mata y Alvarez, un opúsculo en 8.º, 16 rs. en Madrid y 18 en provincias.

LAMARTINE.— *Historia de los Girondinos*. Cuatro tomos en 4.º con láminas, 80 rs. en Madrid y 88 en provincias.

LEAL (F. R.)— *Filosofía social*, discursos pronunciados en el Ateneo: un tomo, 22 rs. en Madrid y 24 en provincias.

LOMBIA (J.)— *El Teatro*. Su origen, índole é importancia: un tomo en 4.º prolongado, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

LUNA.— *Historia de la filosofía*. Un tomo en 4.º, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

MANJARRES.— *Museo europeo de pintura y escultura*. Catorce tomos con láminas, en 8.º, 508 rs. en Madrid y 600 en provincias.

MATA Y ALVAREZ (M. de la)— *Primera parte del Exámen crítico de la medicina alopática desde su origen hasta nuestros dias*. Exposición de los principios dogmáticos de la medicina homeopática.

— *Segunda parte del Exámen crítico de la medicina alopática*. Profilaxis de las enfermedades epidémicas y el de las crónicas hereditarias por el principio de los semejantes. Dos tomos en 8.º, 30 rs. en Madrid y 34 en provincias.

MOSQUERA Y LOSADA (R.)— *Manual de anatomía práctica*. Un tomo en 8.º prolongado, 20 rs. en Madrid y 22 en provincias.

PRESCOT.— *Conquista de Méjico*. Cuatro tomos en 4.º, 76 rs. en Madrid y 84 en provincias.

— *Historia del Perú*. Dos tomos en 4.º, 60 rs. en Madrid y 66 en provincias.

— *Historia de los reyes católicos*. Cuatro tomos en 4.º, 100 reales en Madrid y 110 en provincias.

RUBÍ. — *Economía política* Un tomo en 8.º, 10 rs.

SINERI. — *El cristiano instruido*. Cuatro tomos en 4.º, 64 reales en Madrid y 72 en provincias.

TORRECILLA (G.) — *Guía de jefes de familia*, ó cuantas noticias pueden desear acerca de unas sesenta carreras que hay en España, para dirigir bien á sus hijos, 5.ª edición, en prensa.

TRIGO. — *Indice general de la moderna legislacion de hacienda*. Un tomo en 4.º, 50 rs. en Madrid y 56 en provincias.

## OBRAS DE EDUCACION.

- ALONSO Y RUBIO (J.) — *Breves páginas* dedicadas á la educacion moral de los hijos. Un tomo en 4.º de 278 páginas, 14 rs. en rústica en Madrid y 16 encartonado, en provincias 18 y 22.
- BELADIEZ (A. M.) — *Catecismo* en verso con estricta sujecion al texto del P. Ripalda. Dedicado á S. A. R. el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias, 3 rs.  
— *El ayo de los niños*. Cartilla en verso que contiene las principales reglas de urbanidad y buena educacion, 1 1/2 rs.
- HARTZENBUSCH (J. E.) — *Cuentos y fábulas*. Segunda edicion corregida y aumentada: dos tomos en 12.º, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.  
— *Tardes de la granja*. Un tomo en 4.º con láminas, 45 rs. en Madrid y 48 en provincias.
- LANA. — *Aritmética decimal*, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.
- MOLINS. — *La tierra santa*, con láminas, 63 rs.
- PACHECO. — *Historia, literatura y política*. Tomo 1.º, 14 reales en Madrid y 16 en provincias.
- TORRECILLA (G.) — *Aritmética de niños*, señalada en primer lugar por el Real Consejo de Instruccion pública, entre las seis que con arreglo á la ley deben servir de texto en todas las escuelas del reino, 2 rs. en Madrid y 2 y 1/2 en provincias.  
— *Elementos de aritmética*. Obra muy estensa, y señalada de texto para las escuelas, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.
-

## OBRAS LITERARIAS.

- ALARCON (P. A. de).—*Novelas*; un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.  
—*Más novelas*; un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid 16 en provincias.
- ALVAREZ (M. de los SANTOS).—*Tentativas literarias*. Cuentos en prosa, un tomo en 8.º, 10 rs.
- ANGELON —*Misterios del pueblo español*. Tres tomos en 4.º con láminas, 133 rs.  
—*Espinas de una flor*. Un tomo en 4.º con láminas, 24 rs.  
—*Flor de un día*. Un tomo en 4.º con láminas, 24 rs.
- ASQUERINO (E.) —*Ensayos poéticos* con la oda en loor de S. M. la Reina, con motivo del monumento mandado levantar á Don Agustín Argüelles, premiada en el certámen público; un tomo en 8.º prolongado de lujosa impresion, 12 rs. en Madrid y 15 en provincias.
- BALAGUER. —*D. Juan de Serrallonga*. Un tomo en 4.º con láminas, 42 rs.  
—*La bandera de la muerte*, segunda parte, 42 rs.  
—*Italia*. Un tomo en 4.º, 20 rs.
- BARRANTES —*D. Juan de Padilla*. Dos tomos en 4.º con láminas, 40 rs. en Madrid y 44 en provincias.  
—*Viuda de Padilla*. Un tomo en 4.º con láminas, 30 rs. en Madrid y 32 en provincias.
- BERTRAN Y SOLER. —*Los ingleses*. Un tomo en 4.º, 12 reales en Madrid y 14 en provincias.
- BLASCO.—*Los curas en camisa*; un tomo en 8.º. 12 rs.  
—*Arpegios*. Páginas en verso; un tomo en 8.º, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.
- CABALLERO (FERNAN.) —*La Farisea. Las dos gracias*. Un tomo en 8.º, 12 rs.

- CAMPOAMOR.—*Polémica con la democracia*, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.  
— *Colon*. Poema : un tomo en 8.º, 6 rs. en Madrid y 7 en provincias.  
— *Doloras y cantares*. Un tomo en 8.º, 16 rs. en Madrid y 18 en provincias.  
— *Lo absoluto*. Un tomo en 8.º francés, 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.
- CASTELAR.—*La hermana de la caridad*. Un tomo en 8.º, 12 reales en Madrid y 14 en provincias.  
— *Discursos*. Un tomo en 8.º, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.
- CASTILLO.—*Madrid riendo y Madrid llorando*. Un tomo en 4.º con láminas, 40 rs. en Madrid y 44 en provincias.
- CASTRO Y SERRANO (J. de.)—*Cartas trascendentales escritas á un amigo de confianza*. Primera série, segunda edicion: un tomo en 8.º, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.  
— *Cartas trascendentales*, segunda série, segunda edicion. Un tomo en 8.º, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.  
— *Recuerdos de Inglaterra*: cartas familiares. Un vol (En prensa.)  
— *Los cuartetos del Conservatorio*. Un tomo 16.º, con 4 láminas, en Madrid 8 rs. en rústica y 12 encuadernado, en provincias 9 y 15.
- CATALINA.—*La verdad del progreso*. Un tomo en 4.º, 24 reales en Madrid y 28 en provincias.
- CERVANTES.—*D. Quijote de la Mancha*. Un tomo en 4.º con 20 láminas, 50 rs. en en Madrid y 60 en provincias.
- CONSTANZO.—*Opúsculos literarios*. Un tomo en 4.º, 20 reales en Madrid y 24 en provincias.
- CROISSET.—*Año cristiano*: 21 tomos en 4.º, 200 rs. en Madrid y 240 en provincias.

DIANA (M. J.)—*Un prisionero en el Riff*. Memorias del Ayudante Alvarez : obra geográfica, descriptiva, de costumbres y con un vocabulario del dialecto rifeño, segunda edicion : un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, 4 rs.  
— *Cien Españoles célebres*. Obra aprobada de texto para la lectura en las Escuelas Elementales y Superiores de instruccion primaria, por real orden de 25 de Marzo de 1865. Al referirse las vidas de

tantos españoles célebres, se ameniza la lectura con multitud de noticias sobre artes, milicia, bibliografía, enseñanza, historia, biografía, etc., etc., de modo, que este libro que cuesta 4 rs. en Madrid y 4 1/2 remitiendo á provincias, cumple con el precepto de Horacio : *enseñar deleitando*.

DUMAS (PADRE.)—*Sus memorias*, 40 rs.

— *Blak, El capitán Richard, el Salteador*. Un tomo en fólío con láminas, 34 rs.

— *La condesa de Charny*. Tres tomos en 4.º con láminas, 60 rs.

— *Los Mohicanos de París*. Tres tomos, 70 rs. (La misma obra con láminas, 129.)

— *La mano de muerto*. Un t, 30 rs. en Madrid y 34 en provincias.

— *La reina Margarita*, 42 rs. en Madrid y 46 en provincias.

— *Los tres mosqueteros*, 30 rs. en Madrid y 34 en provincias.

— *Wanisk*. Dos tomos en 8.º, 5 rs. en Madrid y 6 en provincias.

— *El paje del duque de Saboya*, 32 rs.

— *Las lobas de Machecul*, 34 rs.

DUMAS (HIJO.)—*La dama de las camelias*, 18 rs. en Madrid y 20 en provincias.

— *Genoveva*. Segunda parte, 32 rs. en Madrid y 34 en provincias.

— *Justicia de Dios*, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

— *Cuatro historias de amor*. Con láminas, 28 rs. en Madrid y 32 en provincias.

EGUILAZ (J. A.)—*En serio y en broma*. Un tomo en 8.º, 14 reales en Madrid y 16 en provincias.

ESCOSURA. — *El patriarca del valle*. Un tomo en 4.º con láminas, 68 rs.

FERNANDEZ DE LOS RIOS. — *Olózaga*. Estudio político y biográfico, 50 rs. en Madrid y 60 en provincias.

GARCÍA QUEVEDO (J. H.) — *Delirium*. Leyenda fantástica: un tomo en 8.º prolongado, edicion de lujo con grabados y láminas, 22 rs. en Madrid y 26 en provincias.

GARRIDO. — *Biografía de Sixto Cámara*. Un tomo en 4.º, 4 reales en Madrid y 5 en provincias.

GOIZUETA. — *Aventuras de Damian el monaguillo*. Un tomo en 4.º con láminas, 58 rs. en Madrid y 62 en provincias.

GAUTIER.—*Espirita*. Novela fantástica; un tomo en 8.º, 14 reales en Madrid y 16 en provincias.

HARTZENBUSCH (J. E.)—*Obras de encargo*. Un tomo en 12.º, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

KARR.—*Las mujeres*, primera y segunda parte: un tomo en 8.º, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

KOCK.—*Las mujeres, el vino y el juego*. Un tomo en 8.º, 14 reales en Madrid y 16 en provincias.

—*El prado de amapolas*. Un tomo en 8.º, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

—*Un buen mozo*. Un tomo en 4.º, 15 rs. en Madrid y 18 en provincias.

—*Mi vecino Raimundo*. Un tomo en 4.º, 19 rs. en Madrid y 22 en provincias.

—*Los amores de Adolfinia*. Dos tomos en 8.º, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

LABOULAYE (EDUARDO.)—*Paris en América*. Un tomo en 8.º, de cerca de 400 páginas, 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.

LAMARTINE.—*Las confidencias*. Un tomo en 8.º, 10 reales en Madrid y 12 en provincias.

—*Las nuevas confidencias*. Un tomo en 8.º, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

—*Últimas confidencias*. Un tomo en 8.º, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

LARRA.—*Obras completas de Figaro*. Dos tomos en 8.º, 28 rs. en Madrid y 32 en provincias.

LOPEZ DE AYALA.—*Concilio de Trento*, 18 rs. en Madrid y 20 en provincias.

LUIS DE LEON (Fráy.)—*La perfecta casada*, con un prólogo de D. Antonio Ferrer del Rio, un tomo en 8.º, en Madrid 8 reales en rústica y 12 encuadernado, en provincias 9 y 15.

LLANOS Y ALCARÁZ.—*La mujer del siglo XIX*. Un tomo en 8.º mayor, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

MAQUET.—*El conde de Lavernie*. Un tomo en 8.º mayor, con láminas, 57 rs.

MERCEY.—*La mujer cristiana*, desde su nacimiento hasta su muerte. Estudios y consejos: obra de educación moral, interesantísima para todas las clases de la sociedad, especialmente recomendado por el episcopado: un tomo en 8.º, con cuatro láminas en acero, 20 rs.

ORELLANA.—*Cristóbal Colon*. Un tomo en 8.º, con láminas, 45 rs.

—*Flor de oro*, segunda parte. Un tomo en 4.º con láminas, 33 rs.

—*Quevedo*. Un tomo en 4.º, con láminas, 54 rs.

ORTEGA Y FRIAS.—*El duende de la corte ó memorias de un fraile*. Novela histórica original. Un tomo en 4.º mayor, de 750 páginas con 12 láminas litografiadas, 40 rs.

PALACIO (M. del)—*Funcion de desagravios* que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras. Folleto en 12.º, 4 rs.

—*Doce reales de prosa y algunos versos gratis*. Un tomo en 8.º mayor, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.

—*El amor, las mujeres y el matrimonio*. Cuentos, pensamientos y reflexiones coleccionados, compuestos, traducidos y empergilados, segunda edición: un tomo en 8.º, 16 rs.

—*De Tetuan á Valencia, haciendo noche en Miraflores*. Viaje cómico al interior de la política, un tomo en 8.º, 16 rs.

PEREDA.—*Escenas montañesas*. Un tomo en 8.º mayor, 14 reales en Madrid y 16 en provincias.

PRÍNCIPE.—*Fábulas*. Un tomo en 8.º mayor, 24 rs. en Madrid y 28 en provincias.

RAMIREZ (J.)—*La caja de Pandora*, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos de costumbres y viajes: un tomo 19 rs.

SALGADO.—*Alfredo ó la unidad católica en España*. Un tomo en 8.º, con seis preciosas láminas grabadas en boj, por tomos en rústica, 15 rs.

SALUSTIO.—*Carta á un jóven sobre lo que debe saber antes de casarse*. Un tomo en 16.º, 4 rs.

— *Carta á una jóven, etc., etc.*, 4 rs.

SAND (G.).—*Tamarís*. Novela; dos tomos en 16.º, 8 rs. en Madrid y 10 en provlncias.

— *La familia de Germandre*. Novela; dos tomos en 16.º, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

— *Valvedre*; tres tomos en 16.º, 12 rs. en Madrid 15 en provincias.

SELGAS Y CARRASCO (J.).—*Hojas sueltas*, viajes ligeros alrededor de varios asuntos: un tomo en 8.º prolongado, 8 reales en Madrid y 9 en provincias.

— *Más hojas sueltas*, nueva coleccion de viajes ligeros alrededor de varios asuntos. Tercera edicion, corregida y aumentada: un tomo en 8.º prolongado, 10 rs.

— *Nuevas páginas*. Secretos íntimos que con el mayor sigilo se confían á todo el que quiera saberlos: un tomo en 8.º prolongado, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

— *Libro de memorias*. Apuntes que pueden muy bien servirle al lector para escribir muchos libros; un tomo en 8.º, 10 rs.

SINUÉS DE MARCO.—*Ley de Dios*. Un tomo en 4.º con láminas, 28 rs. en Madrid y 32 en provincias.

SOULIÉ.—*La leona*. Un tomo en 4.º con láminas, 20 rs.

— *La condesa de Monrion*. Un tomo en 4.º con láminas, 29 reales.

— *El magnetizador*. Cuatro tomos en 16.º, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

STURM.—*Compendio de las reflexiones sobre la naturaleza*, con cuatro magnificas láminas grabadas en acero, que representan las cuatro estaciones del año. Obra escrita para los padres de familia y encargados en la educacion de la juventud, 12 rs.

SUÉ.—*Hijos del pueblo*. Seis tomos en 4.º con láminas, 193. rs.

TRESERRA.—*Misterios del Saladero*. Un tomo en 4.º con láminas, 61 rs.

— *La judía errante*. Un tomo en 4.º con láminas, 42 rs.

— *El poder negro*. Un tomo en 4.º con láminas, 53 rs.

- TRUEBA.** — *Capitulos de un libro*, un tomo en 8.º prolongado, 12 reales.
- *Cuentos campesinos*, tercera edicion: un tomo, 12 rs.
  - *Cuentos populares*, tercera edicion, 12 rs.
  - *El libro de los cantares*, sexta edicion, 12 rs.
  - *Cuentos de color de rosa*, tercera edicion, 12 rs.
  - *La paloma y los halcones*. Novela: un tomo en 8.º, 12 rs.
  - *Cuentos de vivos y muertos*, un tomo en 8.º, 12 rs.
  - *Cuentos de varios colores*, un tomo en 8.º, 12 rs.

- WEIS.** — *Mil y una noches*. Cuatro tomos en 4.º mayor con láminas, 133 rs.
- *Mil y un dias*, un tomo en 4.º mayor con láminas, 57 rs.

- WISEMAN.** — *Fabiola ó la iglesia de las catacumbas*. Tercera edicion, notablemente corregida y revisada. Además de las ocho láminas grabadas en acero, lleva la biografia del Emmo. Cardenal, y su retrato abierto tambien en acero, 20 rs.
- *La hechicera del monte Melton*. Novela correspondiente á la Biblioteca católica, dirigida en Lóndres por Su Eminencia, con cuatro preciosas láminas grabadas en acero, 12 rs.

- ZORRILLA.** — *Alhamar el Nazarita*, un tomo en 8.º mayor, 10 reales en Madrid y 12 en provincias.
- *Cantos del trovador*, un tomo en 8.º mayor, 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.
  - *Granada*. Poema: Dos tomos en 4.º, 60 rs. en Madrid y 66 en provincias.

- Historia de las misiones en el Japon y Paraguay*, con aprobacion del Excmo. Sr. arzobispo de Cuba, con seis láminas en acero, 16 rs.
- Hipatia ó los últimos esfuerzos del paganismo en Alejandria*, novela histórica del siglo v, con siete láminas en acero, 22 rs.
- Los incendiarios*, interesantísima novela con seis bonitas láminas litografiadas, traducida de la quinta edicion, 16 rs.

*Calista*, bosquejo de la iglesia en el siglo III, novela histórica con cuatro láminas en acero, dedicada al Excmo. é Ilmo. señor D. Juan Ignacio Moreno, obispo de Oviedo, 15 rs.

*Monte San Lorenzo*, novela histórica y del género de Fabiola, con aprobacion de la censura eclesiástica; consta de dos tomos, con diez preciosas láminas grabadas en acero, 30 rs.

*Los amantes de Teruel*, novela original histórica, por un literato de reputacion y con un prólogo por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, ilustrada con doce magníficas láminas. Edicion de lujo, en 4.º, 38 rs.

---

### **Puntos de venta.**

MADRID: Librerías de *Durán*, carrera de San Gerónimo, 2; *Escribano*, Príncipe, 25; *Bailly-Bailliere*, plaza del Príncipe Alfonso, 8; *Lopez*, Carmen, 13; *Cuesta*, Carretas, 9; *Moya y Plaza*, Carretas, 8; *Publicidad*, pasaje de Matheu; y *San Martin*, Puerta del Sol, 6.

En Provincias, en las principales librerías, ó por medio de carta franca, remitiendo su importe á esta Administracion, Torres, 4 duplicado.